





EL RETORNO DE LA  
DIOSA



EL RETORNO DE LA  
**DIOSA**

RODRIGO RESTREPO ÁNGEL



intermedio

*El retorno de la Diosa*

© 2015, Rodrigo Restrepo Ángel

© 2015, Intermedio Editores S.A.S.

**Edición, diseño y diagramación**

Equipo editorial Intermedio Editores

**Diseño de portada**

Lisandro Moreno Rojas

**Fotos**

Archivo Intermedio Editores

Creative Commons

**Foto de portada**

Shutterstock

Intermedio Editores S.A.S.

Av Jiménez No. 6A-29, piso sexto

[www.circulodelectores.com.co](http://www.circulodelectores.com.co)

[www.circulodigital.com.co](http://www.circulodigital.com.co)

Bogotá, Colombia

Primera edición, agosto de 2015

Este libro no podrá ser reproducido  
sin permiso escrito del editor.

ISBN: 978-958-757-465-4

Impresión y encuadernación:

A B C D E F G H I J

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

# Contenido

Prefacio	
<b>El Morro de Cristal, la estrella de la mañana, el abrazo.....</b>	<b>11</b>
Capítulo I	
<b>Una mujer vestida de sol.....</b>	<b>23</b>
Capítulo II	
<b>Arquetipos, las máscaras sagradas .....</b>	<b>89</b>
Capítulo III	
<b>Los mil rostros de la Diosa .....</b>	<b>137</b>
Capítulo IV	
<b>Gaia: propósito, consciencia y la visión profunda.....</b>	<b>187</b>
Epílogo	
<b>El alma del Cosmos.....</b>	<b>229</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>241</b>



*El Cosmos es de hecho un ser viviente dotado de alma e inteligencia... una entidad viva y única que contiene a todas las otras entidades, las cuales, por su naturaleza, están relacionadas.*

PLATÓN

*Mi Madre es el principio de la consciencia. Ella es Akahnda Satchitananda; Realidad indivisible, Conocimiento y Dicha. El cielo nocturno entre las estrellas es perfectamente negro. Las aguas de las profundidades del océano también; el Infinito es siempre misteriosamente oscuro. Esta oscuridad embriagadora es mi amada Kali.*

RAMAKRISHNA

*Hoy por ejemplo hablamos de «materia». Describimos sus propiedades físicas. Realizamos experimentos de laboratorio para demostrar algunos de sus aspectos. Pero la palabra «materia» sigue siendo un concepto seco, inhumano y puramente intelectual, sin ningún significado psíquico para nosotros. Qué distinta era la primitiva imagen de la materia –la Gran Madre– que podía abarcar y expresar el profundo significado emotivo de la Madre Tierra.*

CARL JUNG

*Cuando establecía los fundamentos de la tierra  
Con Él estaba yo ordenándolo todo;  
Y fui su consorte y su delicia todos los días*

PROVERBIOS, VIII, 29-30



Prefacio

# El Morro de Cristal, la estrella de la mañana, el abrazo

Era un día especialmente caluroso para agosto en Brasil. Varios autobuses y algunas decenas de automóviles aparcaron al pie del Morro de Cristal hacia el mediodía, en una carretera destapada y seca del estado de Minas Gerais. Éramos quizás unas seiscientas personas. Estábamos en la zona rural de Minas, una tierra apacible en donde se cultiva café y banano y se extraen piedras semipreciosas. Ese mediodía de agosto de 2011, y los días siguientes, la Virgen se apareció ante nosotros en lo alto del Morro, una colina árida poblada de arbustos silvestres.

Las apariciones siguieron el modelo común: la Virgen se presentó y «habló» a un vidente, quien transmitió luego el mensaje al grupo. Todo se desarrolló en un ambiente tranquilo, en el que se repetían una y otra vez oraciones a la Madre. La gente iba vestida de blanco, y todo estaba bañado en una euforia callada. Sé que no puedo ser «objetivo» en relación a

mi experiencia de la aparición, pero sé también –y lo sé por una certeza interna– que el fenómeno, al menos el que yo experimenté, era verdadero.

Aunque el fenómeno de las apariciones marianas no sea, ni pueda ser, un «hecho» objetivo, literal o científicamente demostrable, es real porque es *psíquicamente real*. Es un acontecimiento arquetípico, numinoso o mitológico, que trasciende con mucho la limitada perspectiva materialista dominante en nuestra cultura, y que nos impulsa hacia una nueva perspectiva de nosotros mismos y del Cosmos. Pues a lo que asistimos es al re-encuentro de la humanidad con la Diosa Madre de los mil nombres.

Nunca estuve en Lourdes o en Fátima. Nunca en mi vida me acerqué a la Virgen. Sin embargo, cuando llegué al Morro de Cristal comprendí con la primera inhalación el aroma la devoción mariana. Allí estaba Ella, sin duda alguna, en algún pliegue sutil de este universo misterioso, allí, en algún lugar de la conciencia, afuera o adentro, pero allí. Hasta ese día mi relación con la Madre había sido distante y abstracta. La veía como un personaje más bien acartonado y en mi mente su figura se asociaba demasiado con la palabra pecado y con una actitud puritana y moralista. Desde luego, no tenía la menor idea de las dimensiones del fenómeno mariofánico, ni de sus implicaciones tan amplias como profundas para la humanidad contemporánea, que trascienden con mucho el ámbito católico cristiano y las interpretaciones puritanas. Ese mediodía de agosto, en el Morro de Cristal, con el picante sol invernal de Minas encima, poco a poco emergía una extraña y olvidada sensación interna, las ropas blancas, el rezo colectivo, el corazón tocado de un sereno dolor dulce, como llenándose de alguna sustancia eléctrica, que a su vez era un impulso y una fe.

El grupo rezó durante un largo rato, pero yo no. Entonces fray Elías, el vidente, descendió de la cima seguido por algunos monjes. Se paró frente a un arbusto perfectamente ordinario. La luz intensa se multiplicaba sobre la ropa blanca. Silencio. «Nuestra señora está con nosotros, sobre este arbusto. Nos mira y nos bendice», dijo el Fray. El Ave María, la misma que apareció en el siglo I al apóstol Santiago, en la Edad Media a indígenas, monjes y pastores de todas las procedencias, en el siglo XVI en México como Guadalupe, en el XVII en Chiquinquirá (Colombia), en el XIX a Santa Bernadette en Lourdes y prácticamente en toda Francia, en el XX en Fátima (Portugal), Bélgica, Alemania e Italia, en Akita (Japón) y Kibeho (Ruanda), en Coromoto y Maracaibo (Venezuela), en Nicaragua, Chile, Ecuador, Irlanda, España y Brasil, y desde hace más de treinta años en Medjugorje (Bosnia)... el Ave María, la Madre de Dios y del mundo, estaba allí, ante nosotros. Desde luego yo no la veía, como tampoco podía hacerlo nadie excepto el Fray. La escena, corta e intensa, me perturbó. No logro recordar qué más pasó ese día.



Hacia las seis de la tarde del día siguiente regresamos al Morro. Éramos quizás unas mil personas, y cada una llevaba una vela. La vista era sobrecogedora: una hilera de humanos en absoluto silencio, peregrinando muy lentamente hacia la cima de una colina, vestidos de blanco, cada uno con una vela en la mano. Al fondo, en medio el crepúsculo, el horizonte se abría en todas las direcciones. De nuevo rezamos, todos de pie, durante un largo rato. El cansancio pesaba en las rodillas. Una vez más la atmósfera se cargó de una intensa devoción colectiva, y la sutil electricidad abría caminos, lentamente, en el centro del pecho. Esperamos un poco más,

y entonces fray Elías anunció, frente al mismo arbusto: «Ha llegado Nuestra Señora». Describió una imagen altamente simbólica: ángeles, estrellas, nubes que se abrían, rayos de colores... La Señora pidió a los niños que se acercaran y habló del perdón y la oración y del amor infinito hacia sus hijos. Más adelante comprendería que ese es siempre, en esencia, su mensaje: un llamado simple y claro de apertura espiritual. Nada más, nada menos.

De repente, el cansancio había desaparecido, seguramente por la sugestión colectiva. Mi concentración era intensa y había una fuerza que me empujaba hacia algún centro inmaterial y desconocido. Hasta ese momento, pocas veces había experimentado ese extraño y contra intuitivo estado interior al que la mente racional tanto teme: la fe. Me invadió una fe que provenía de una fuente muy profunda en mi psique. Casi podría decir que no era mi propia fe. Quizás había estado ahí, al fondo, durante mucho tiempo y no había tenido tiempo de manifestarse. Quizá nació ese mismo día. La Señora dijo entonces las únicas palabras que logro recordar: «Todos ustedes han sido tocados por mi Gracia. Cada uno lo sabe, en el fondo del corazón». Sentí de nuevo el dolor dulce y agudo en el centro del pecho, y no pude contener un llanto en espasmos silenciosos.

Aunque mi centro de comando suela ser la cabeza, no soy una persona excesivamente mental o racional. Tampoco soy católico o budista o ateo; me considero cristiano en un sentido bastante amplio, y un poco pagano. La verdad es que siempre me ha atraído lo que se encuentra más allá de los cinco sentidos, pero nunca he tenido grandes experiencias psíquicas o clarividentes. Creo haber afinado, hasta cierto punto, una moderada intuición, que despierta en circunstancias similares a la narrada. Me gusta mantener, no obstante,

una vigilancia ante mis propias elaboraciones y proyecciones, un sano escepticismo ante lo extravagante y lo claramente ilusorio, herencia quizá de años de academia. Como dicen: la superstición trae mala suerte. Con todo, considero limitada y poco imaginativa la perspectiva del sentido común –o del cientificismo puro y duro– de que nada hay más allá de lo que nuestros sentidos informan. Creo que el universo y la conciencia –acaso sean lo mismo– son campos infinitamente vastos y complejos, en donde con certeza habitan seres cuyas propiedades y dimensiones no alcanzamos a vislumbrar.

No sé cuál sea el aspecto real de la Diosa Madre, pero estoy seguro de que está «allí», o «aquí». Los budistas llaman Avalokiteshvara a una presencia asombrosamente similar a la Virgen católica. Los chinos se dirigen a Ella como Guan Yin, «la que escucha el llanto del mundo». Los hinduístas la conocen con mil y ocho nombres: Kali, Durga, Shakti, Devi... Los gnósticos la veían como Sophia, el aspecto infinitamente creativo de la Mente Divina, que mantiene el contacto entre Dios y los seres humanos. Dudo que exista una «persona» que encarne a la Virgen María, pero una certeza interna y una investigación serena y abierta me indican que Ella existe, como alguna fuerza cósmica, como alguna entidad que acompaña, desde el principio, a la especie humana. Y que hoy retorna con nuevos ropajes.



El taita Floro cantó su canto de pájaro de la selva. Supe, después de algunas horas bajo los efectos del yagé, que había empezado el amanecer. A pesar de que no se percibían aún los rayos del sol, el viento venía cargado de un aroma diferente. Entonces sentí que debía salir de la maloka. Era la luna

nueva de marzo de 2014. La madrugada estaba totalmente estrellada. La Vía Láctea atravesaba el cielo como una mancha luminosa. Caminé por los alrededores, disfrutando de la levedad que trae la ayahuasca luego de pasar por el purgatorio de las primeras horas. Me alejé aún más de la maloka y miré al Oriente. Entonces la vi: una estrella muy luminosa se alargaba y expandía de un modo que nunca había visto. Pensé, claro, que debía tener la pupila dilatada por efecto de la planta, pero sabía que una alucinación de estas características era imposible, incluso bajo los efectos del Yagé —que, valga decir, no es un «alucinógeno» sino una planta de poder.

Observé de nuevo el cielo, con cuidado, para cerciorarme de que las demás estrellas guardaran aún sus proporciones. Entonces volví a mirar al Oriente. La «estrella» seguía allí, quizás un poco más grande. Decidí entonces dejarme llevar por el encuentro, y «conectarme» a un nivel más profundo con el astro. Entonces Ella desplegó unos brazos finos y algo parecido a una túnica se extendió a sus pies. Su cuerpo estaba formado de círculos, semicírculos y medialunas, y de su cabeza brotaba una especie de corona o sombrero apuntando al cenit. Más que una Virgen, la estrella parecía un hada.

La visión duró al menos un cuarto de hora. Desde luego, en todo momento sabía que estaba mirando a Venus, la estrella de la mañana, que en algunas épocas del año anuncia el amanecer por el Oriente con un brillo ambarino y un tamaño superior al de las demás estrellas y planetas. Desde luego, la había visto ya muchas veces, pero jamás de esta manera. Estoy seguro de que mi «visión» se puede explicar según las leyes de la óptica. Sin embargo, una explicación racional no puede ni podrá restarle a la experiencia su entrañable dimensión emocional e intuitiva. Sea como sea, sé que me sentí «llamado» fuera de la maloka, y sin razón alguna miré hacia el

Oriente. Sea como sea, estoy completamente seguro de que vi frente a mí a una presencia femenina que emanaba rayos de luz. Como un hombre primitivo, sin buscar explicaciones, vi a la Diosa, justo frente a mí, y comprendí en un solo instante por qué desde los tiempos más remotos se considera a Venus una presencia sobrenatural, y por qué la Diosa de la mañana, delicada y femenina, es la anunciadora del amanecer.



Es octubre de 2007. Me encuentro en una toma de yagé al aire libre y a pleno día. Luego de beber la insufrible pócima entro en un estado profundo de introversión. Como es usual con el yagé, en mi inconsciente se abren cajones olvidados y una náusea me revuelve las entrañas. Aparecen figuras sinuosas y colores brillantes. El cuerpo adquiere un peso rotundo y siento la necesidad de acostarme. No sé cuánto tiempo transcurre, pero en algún momento, en lo profundo de mi pozo interior, tumbado en el suelo al lado de un riachuelo, escucho un susurro lejano. Imposible moverme, pero presto atención. Son voces aparentemente humanas, que se acercan. Sí, es un coro que canta –o vibra– al unísono una palabra mántrica. La palabra se hace progresivamente más clara. Siento el impulso de unirme al canto sagrado. Desde el fondo de mi pozo sale un hilo de voz tenue y quebradizo. Debo esforzarme pero puedo mantenerme en el mantra. Lentamente me incorporo, como si subiera una montaña, a medida que repito con más firmeza la letanía. Me pongo en pie y siento que el mantra mismo me llena de impulso. Camino por los alrededores, lentamente, a veces recitando mentalmente, a veces en voz alta. Camino al ritmo del mantra. Con cada repetición siento un impulso nuevo. Con cada repetición penetro un poco más en su campo, en su sentido y en su ritmo.

Comprendo desde las entrañas, de un sólo foganazo, por qué todas las tradiciones espirituales cantan mantras y letanías. En algún momento me detengo y observo las montañas verdes en el horizonte. Detengo el mantra en mi mente –o quizás es él el que se detiene–. Me siento lleno de energía, con la cabeza en alto y los pies firmemente establecidos en la tierra. Un pájaro atraviesa el cielo a lo lejos. Puedo ver cómo mueve las alas y se impulsa sereno en el viento invisible. Siento un impulso de unirme a él. Entonces *veo* –aunque ver no es la palabra– unos brazos enormes que lo sostienen y lo abrazan. No los veo literalmente, pero están allí. Y no sólo abrazan al pájaro, sino a *todo*: a las montañas, a los árboles, al cielo y a las nubes. Tengo una certeza simple y extática: unos brazos inconmensurables abrazan a *todo*, todo el tiempo. Y entonces siento que me abrazan a mí también, y lloro de alegría y me pierdo en ese abrazo infinitamente íntimo y vasto.



Con el tiempo he aprendido a discernir que los encuentros con la Madre no necesitan estar rodeados de un ambiente devoto, y menos aún de plantas de poder. He podido sentir su presencia en la luna creciente apareciendo detrás de los cerros orientales de Bogotá, tarde en la noche, en momentos de angustia intensa y de tristeza, como un signo de esperanza. La he «visto» en las flores de Guatavita, en el aura de las mujeres embarazadas, en el nacimiento de mi hija. Ahora sé que nuestra relación con Ella es simple y ancestral, y que sólo hace falta un mínimo de apertura interna y de imaginación inocente para darnos cuenta de que se trata de una presencia cercana e íntima. Quizás, al fin y al cabo, sólo se trate de un aspecto profundo de nuestra propia psique, de nuestra

alma, que no está separada del Alma del Cosmos —o *Psyché Tou Kosmou*, como la llamó Platón.

La Iglesia católica considera las apariciones de la Virgen como revelaciones privadas. No tengo duda de que mis experiencias con el arquetipo de la Madre son de esta naturaleza. Sin embargo, puedo afirmar que el retorno de la Diosa es uno de los acontecimientos más relevantes de la historia reciente, y que no es un asunto privado. Creo que es un fenómeno que se puede rastrear en muchos lugares y niveles: desde las mismas apariciones marianas hasta el surgimiento de la teoría de sistemas, pasando por la emergencia del neo-paganismo o el concepto de Gaia. Sin embargo, se trata de un «suceso» que trasciende todos estos campos. A lo que asistimos hoy es a un encuentro de dimensiones bíblicas o, mejor, míticas. Pues nuestra relación con la Gran Madre va más allá de la perspectiva científica o del dogma católico: se remonta a la noche de los tiempos, cuando los primeros humanos, en su rica interacción con la naturaleza y lo sobrenatural, veneraban a multitud de diosas femeninas.

La tesis de este libro es simple y no tiene nada de pretencioso. No soy el primero que la sostiene y seguramente no seré el último: la Diosa Madre ha retornado y nos encontramos ya «dentro» de ella, bajo su influjo. Qué significa y qué implica este renovado contacto de la especie con un arquetipo de semejantes dimensiones son asuntos cuyo alcance aún no logramos abarcar. Pero tenemos algunas pistas, que intentaremos rastrear a lo largo del libro. Este rastreo será más una exploración que un intento de explicación, más una conversación con la Diosa que una voluntad de apresarla en conceptos y teorías, más una aventura intuitiva que un ensayo intelectual. Este libro operará más con un pensamiento metafórico y analógico que con un rigor lógico. Pues no se tra-

ta de «demostrar» un hecho o un descubrimiento, sino más bien de constatar una intuición que, a estas alturas, muchos ya habrán tenido, y de abrir dicha intuición hacia nuevos significados y posibilidades.

En el primer capítulo nos adentraremos en el mito contemporáneo de las apariciones marianas. Veremos el caso de Medjugorje, un pequeño pueblo de Bosnia en donde la Virgen se aparece desde hace más de treinta y tres años; de allí nos internaremos en el fascinante símbolo de la Virgen y de sus apariciones a lo largo de la historia reciente. Constataremos que la misma Virgen ha establecido una estrecha relación con antiguos símbolos paganos de la Diosa, como el agua, el sol o el árbol. Y veremos cómo el mito contemporáneo de las mariofanías guarda un paralelismo sorprendente con el antiguo mito de la hierogamia divina –el matrimonio celestial de la Diosa con su Hijo–, que anuncia el nacimiento de un nuevo estado de conciencia.

En el segundo capítulo exploraremos los aspectos más importantes de la teoría de los arquetipos del inconsciente colectivo, formulada por Jung a mediados del siglo pasado. Buscaremos, así mismo, entender la perspectiva jungiana del desarrollo psicológico como un camino iniciático, que implica pruebas y nuevos modos de conciencia. Comprenderemos que para alcanzar un estado psicológico más completo e integrado, el mito del héroe –o el ego heroico– debe morir en nosotros –o al menos ser trascendido hasta un cierto punto–, con el fin de dar cabida a una comprensión mayor de la Vida.

En el tercer capítulo haremos un viaje por algunos de los más importantes símbolos sobre la Diosa a lo largo de la historia humana. Veremos los mitos del Océano primordial, la idea del Cosmos como un organismo viviente, la figura de la Madre Oscura de los hindúes, el símbolo de la serpiente y las

diversas imágenes de la Señora compasiva, «la que conduce felizmente al otro lado». Buscaremos entender cómo esta trama de símbolos e intuiciones nos hablan del arquetipo de la *transformación espiritual*.

En el cuarto capítulo examinaremos el concepto de Gaia como un gran sistema u organismo que se autoregula y que busca mantener las condiciones para la vida en la Tierra. Exploraremos la idea de los *atractores* –un concepto reciente de las matemáticas contemporáneas– y observaremos cómo desde la ciencia se abre campo, poco a poco, una visión holística de la realidad, que se relaciona íntimamente con la idea budista del inter-ser y con el concepto neoplatónico del Alma del mundo.

Al final, buscaremos relacionar estos cuatro temas míticos –la hierogamia, la muerte del héroe, la transformación espiritual y el Alma del mundo– a fin de comprender el mensaje, a la vez simple y profundo, que la Diosa nos está transmitiendo en estos tiempos.



Estoy consciente de que asuntos como éste no hacen parte de la cultura intelectual oficial, la de académicos y científicos universitarios. La exploración que se presenta aquí tampoco saciará la visión dogmática de un católico cerrado, y mucho menos la perspectiva pagana o *New Age*, que tiende con demasiada frecuencia al facilismo intelectual y a la superstición. Y con certeza algunas ideas aquí expuestas incomodarán a humanistas liberales e intelectuales de oficio. Pero este no es un libro que busque complacer a ningún dogma o ideología, sea científica, religiosa o cultural. Su intención tampoco es la de moralizar o convencer. Es más bien la de tejer una red,

comprender poco a poco –desde una mente abierta y una disposición espiritual genuina– una matriz de relaciones simbólicas y analogías. Se trata de entrar en contacto con la energía del arquetipo de la Madre, que ya nos permea con una nueva visión de nosotros mismos y de los sistemas en los que estamos inmersos. Se trata de unir puntos, ver conexiones, intuir enlaces. Los arquetipos, al fin y al cabo, son redes de experiencias y sentimientos, tejidos de pensamientos, intuiciones y fenómenos.

Si algo podemos comprender desde ya es que el retorno de la Diosa representa, ante todo, un cambio de perspectiva. Nos invita a pasar de un modo literal de relación con el mundo, a un modo imaginativo o metafórico. De un paradigma científico o religioso cerrado y dogmático, nos encamina hacia un paradigma interconectado, abierto y creativo. De un conocimiento materialista, lucrativo y analítico, nos llama hacia un modo de ver más espiritual y sintético, en el que la conciencia juega un papel fundamental y en el cual, antes que agredir o explotar al Otro, se trata ante todo de cooperar pacíficamente con él, de tejer nuevas relaciones con todo Otro que viene a nuestro encuentro. Se trata de devolverle el Alma al mundo y a nosotros mismos. Se trata, en el fondo, de estar dispuestos a cambiar nuestro punto de vista y dar un giro en nuestra conciencia.

Capítulo I

# Una mujer vestida de sol

*Luego apareció en el cielo una gran señal: era una mujer  
vestida de sol, con la luna bajo sus pies y sobre la cabeza  
una corona de doce estrellas.*

APOCALIPSIS, 12:1



Si observamos serenamente y sin prejuicios anti-religiosos el fenómeno de las apariciones marianas, si nos permitimos verlo como un fenómeno histórico, religioso y psicológico, aparecerá como uno de los acontecimientos más interesantes de la cultura cristiana, de la cual, querámoslo o no, hacemos parte. Sólo entre 1928 y 1975 la Iglesia católica registró 230 apariciones de la Virgen<sup>1</sup>. De éstas ha aprobado como verdaderas apenas nueve. Podemos imaginar, sin embargo, cuántas más han tenido lugar, antes y después, y cuántas han quedado por fuera de los cálculos oficiales de la Iglesia. Hay quienes estiman que las visiones de María podrían llegar a 21.000<sup>2</sup>. Estos datos nos dan una perspectiva de las dimensiones del fenómeno mariofánico, sin duda uno de los eventos religiosos más importantes de los últimos siglos, incluso a pesar de la misma Iglesia. Pues si bien el Vaticano sólo ha aprobado una pequeñísima minoría de apariciones,

---

1 CORNU, Gilbert, «Pour une politique de la porte ouverte», citado en HARPUR, Patrick, *Realidad daimónica*, Atalanta, Gerona, 2007, p. 164.

2 BARING, Anne y CASHFORD, Jules, *El mito de la Diosa. Evolución de una imagen*, Siruela, 2005, p. 630.

más de doscientos puntos en donde tuvieron lugar mariofanías se han convertido en centros de peregrinaje masivo, con millones de visitantes al año. La devoción a la Madre ha devenido, sin duda, una de las más fuertes y vitales en el mundo católico en el último siglo<sup>3</sup>.

El psicólogo Carl Jung comprendió que la Virgen había «venido» desde el inconsciente colectivo a suplir un anhelo antiguo de la psique cristiana por una madre e intercesora. Esto es verdad desde un punto de vista católico, tradicionalmente patriarcal. Sin embargo creo, con Jung, que la aparición –o mejor, la reaparición– de la Madre en la psique de nuestros tiempos, entendida desde una perspectiva mitológica, trasciende ese anhelo católico y apunta a una transformación psicológica más amplia.

Si observamos la frecuencia de las mariofanías durante los últimos dos a tres siglos, nos daremos cuenta de que la Virgen ha aparecido más cuanto más arraigada se ha hecho la actitud heroica del yo moderno, fuertemente dominante, materialista y centrado en sí mismo. La Virgen, en efecto, ha aumentado sus apariciones desde la segunda mitad del siglo XIX y durante todo el siglo XX. Y sigue apareciendo en nuestros días con pleno vigor, incluso más allá de los límites occidentales, en África, Japón, el mundo musulmán y todos los meses en el pueblo bosnio de Medjugorje. Creo que la reaparición de la Madre, como fenómeno mítico de nuestros tiempos, está compensando o transformando nuestro venerado arquetipo del héroe, y preparando así un nuevo modo de conciencia humana, como ya lo ha hecho bajo otros ropajes en la historia humana. Pues quien retorna, vestida de Virgen, es la Diosa Madre de los antiguos. Ella es la mensajera y el mensaje de una dimensión muy profunda de nuestro inconsciente colectivo.

---

3 *Ibidem.*

Ahora bien: el hecho de ser un fenómeno mítico o psíquico colectivo, no hace a las apariciones menos «reales». Las visiones de la Virgen son reales porque son psíquicamente reales. No olvidemos que todo lo que llamamos «real» es ya, antes, psíquico o mítico, pues es a través de o gracias a las imágenes de la psique que «vemos» el mundo. No podemos salirnos de los temas míticos o arquetípicos que dominan nuestro inconsciente, ya que son ellos los que determinan y condicionan nuestra manera de «ver» la «realidad». Pero sí podemos –y hemos de– tomar consciencia y entablar una relación con ellos, si es que queremos transformar realmente nuestro estado actual. Recordemos que los arquetipos son más parecidos a seres vivientes que a máquinas o a meros conceptos: son los dioses o los poderes del Cosmos, que aún viven en lo profundo de nuestro inconsciente y en el alma del mundo.

Sé que hay personas para las que la terminología cristiana o espiritual suscita una especie de náusea intelectual. Yo era así. Y cuando se es así uno suele dar por sentado que entiende las palabras culto religioso, o que no necesita hacer el esfuerzo de entenderlas. Es difícil darse cuenta de que –por razones inconscientes– hay una resistencia a una ponderación serena y abierta de los acontecimientos de orden anímico y espiritual. Si este es el caso, le pido al lector que vea este relato de las apariciones como si fuera una fábula, un simple reportaje de la mitología o la imaginación colectiva contemporánea. Pero le pido también que no olvide que todo relato –sea literario, mítico, histórico o científico– es una metáfora para intentar comprender un Cosmos que nos sobrepasa. Y que las metáforas son los recursos primordiales a través de los cuales vemos el mundo.

Mi esfuerzo, en este capítulo, es el de esbozar un mapa de las principales apariciones marianas, relacionar sus caracterís-

ticas sobresalientes, enmarcar su mensaje cristiano en una perspectiva interreligiosa y mitológica más amplia, y observar cómo la Virgen establece una clara continuidad con las tradiciones paganas anteriores al cristianismo. Lo que intento es comprender qué nos quiere decir la psique colectiva en el símbolo de María, y comprenderlo explorando, conectando y extendiendo su red de símbolos. Empezaremos por el final, por las mariofanías de Medjugorje, las más recientes y populares, y aún en curso. Luego intentaremos trazar el mapa histórico y simbólico de las apariciones, para más tarde proponer una perspectiva mitológica del fenómeno.

## La Gospa de Medjugorje<sup>4</sup>

Las apariciones de la Virgen en el pequeño pueblo bosnio de Medjugorje empezaron el 24 de junio de 1981, y se mantienen hasta el momento en que se escriben estas líneas. Se trata de las más recientes mariofanías de que se tenga noticia, y son sin duda las que más peregrinos han atraído en la historia. Se calcula que más de 35 millones de personas de todas partes del mundo han pasado por Medjugorje, y año tras año las peregrinaciones baten récords. Cuando terminen, se

---

4 El relato que sigue a continuación, que trata de las primeras apariciones de la Virgen a los seis jóvenes videntes en Bosnia, está basado en el libro *Is the Virgin Mary Appearing at Medjugorje? An Urgent Message for the World Given in a Marxist Country* (¿Está la Virgen María apareciendo en Medjugorje? Un mensaje urgente para el mundo en un país marxista), The World Among Us Press, Gaithersburg (MD), 1988. Este libro es un riguroso y sintético reportaje de primera mano, realizado por los sacerdotes jesuitas René Laurentin y Ljudevit Rupčić y publicado en 1984, cuando apenas habían transcurrido tres años desde el inicio de las apariciones. Es uno de los reportajes más serios sobre el tema de la Virgen de Medjugorje, y sobre todo uno que presenta los hechos y testimonios de los videntes con claridad y precisión.

convertirán en unas de las más importantes, al lado de Fátima y Lourdes. De momento, la *Gospa* –que en croata significa Señora– se sigue presentando ante algunos de los videntes: fenómeno que sigue vivo y en crecimiento. Nos encontramos, pues, ante un mito viviente de nuestros tiempos.

Según Laurentin y Rupčić, en su libro *¿Está la Virgen María apareciendo en Medjugorje?*, ese miércoles 24 de junio de 1981, a las 6:15pm,

dos jóvenes niñas, Ivanka Ivanković y Mirjana Dragicević, cuyas familias vivían en el pueblo de Bijakovići en la parroquia de Medjugorje, fueron a dar un paseo a la montaña. De repente, Ivanka vio delante suyo una silueta luminosa. Era la forma indistinta de una joven niña en un hábito gris, y cuyo rostro iluminaba con un ligero resplandor. Flotaba aproximadamente a una yarda del suelo.

Ivanka murmuró como si se lo dijera a sí misma, «¡Mira, es la Virgen María!». Mirjana se encogió de hombros, «No, no puede ser la Virgen María».

Ambas se asustaron. Dejaron el lugar y les dijeron a otros lo que habían visto. Dejaron un mensaje en casa de Vicka Ivanković, que estaba tomando una siesta después de la escuela: «Cuando te despiertes ve a la casa de Jakov».

En el camino Vicka encontró a Ivan Ivanlović (el más viejo del grupo, con veinte años de edad), y a Ivan Dragicević, de dieciséis, quienes estaban recogiendo manzanas. Fueron con ella. También lo hizo Milka Pavlović, de trece años.

Tal como la primera vez, Ivanka fue la primera en ver algo: «¡Ahí está!» Mirjana estaba con ella. Los seis jóvenes quedaron tan abrumados que no fueron capaces de decir nada a la aparición. Temerosos, bajaron de nuevo la montaña hacia sus casas y le contaron a la gente lo que habían visto. Nadie les creyó.<sup>5</sup>

---

5 LAURENTIN, René y RUPČIĆ, Ljudevit, *op. cit.*, p. 24. Traducción propia.

Al día siguiente, a la misma hora –6:15 pm–, los seis jóvenes sintieron un incontenible impulso de volver al monte de las apariciones, el Podbrdo. Sin embargo, sólo cuatro de ellos consiguieron llegar: Ivanka, Vicka, Mirjana e Ivan. Milka permaneció en casa haciendo las tareas. A Ivan Ivanković le había parecido infantil la aventura del día anterior. Los cuatro adolescentes estaban acompañados por dos adultos.

A medida que caminaban [hacia el monte de las apariciones], algunos de ellos captaron un destello de la aparición por un instante. Se llenaron de júbilo. Un impulso se apoderó de ellos, y subieron la colina corriendo, «como si tuvieran alas», sin pensar en las piedras duras y afiladas o en las zarzas. Vicka iba descalza. En cinco minutos estaban en la cima, un viaje que usualmente toma veinte. La aparición los estaba esperando allí. Una fuerza interior los hizo arrodillarse. Empezaron a rezar. Fueron los únicos que vieron algo; los dos adultos no vieron nada<sup>6</sup>.

A las 6:15 p.m. del tercer día, la voz de las apariciones ya había corrido por toda la región, en las aldeas de Bijakovići, Medjugorje, Miletina y en la ciudad de Čitluk. Así que, cuando una luz se encendió tres veces en el horizonte, en el mismo lugar en donde habían tenido lugar las apariciones de los días anteriores, llegó al Podbrdo una multitud de dos a tres mil personas. Los adolescentes se adelantaron a la gente y corrieron hacia la cima. Esta vez llegaron más lejos que los días anteriores. Se encontraban un poco separados los unos de los otros, pero de repente todos se acercaron y miraron al noroeste. A un mismo tiempo cayeron de rodillas.

De nuevo fueron únicamente ellos, los jóvenes, quienes vieron a la Gospa. De nuevo se sintieron abrumados de emo-

---

6 *Ibidum.*

ciones. Pero pronto se calmaron y empezaron a cantar. Le preguntaron a la Virgen si vendría al día siguiente, a lo cual asintió levemente con la cabeza. Vicka, la más vivaz, había traído una botella de agua bendita. La roció en dirección a la aparición mientras decía: «Si eres realmente Nuestra Señora, entonces quédate con nosotros. Si no, vete». La Virgen, en respuesta, sonrió.

Los niños preguntaron a la aparición: «¿Quién eres tú?» Ella respondió sin ambigüedad: «Yo soy la Bendita Virgen María»... Aquel día la Virgen empezó a pronunciar la palabra clave de su mensaje, que sería repetida en las apariciones a seguir: «¡Paz! ¡Paz! ¡Paz! ¡Reconciliense!». Sus últimas palabras les confirmaron el mensaje: «Ahora vayan en paz».<sup>7</sup>

La multitud que había presenciado la aparición bajó de la colina después de las siete de la noche. Hacía mucho calor. La presión de la gente había ahogado a Ivanka y a Mirjana, que se desmayaron entre las fuertes emociones y la falta de oxígeno. Todos tenían sed y pedían agua. Los habitantes del pueblo sacaron de sus casas todo lo que tenían de beber y lo ofrecieron gratuitamente a la multitud.



Medjugorje significa «entre montañas». Es un pueblo de aproximadamente cuatro mil habitantes, al suroeste de Bosnia-Herzegovina, no muy lejos de Sarajevo y separado de Italia por apenas unos kilómetros del mar Adriático. Allí, entre las colinas del Podbrdo —el monte de las apariciones— y el Kricevac —o el monte de la cruz—, las familias campesinas

---

7 *Ibíd.*, p. 26.

aún viven de cultivar vino y tabaco. Yugoslavia era entonces un territorio azotado por la violencia étnica y los bombardeos. Recuerdo de niño ver muchos noticieros exhibiendo unas ciudades derruidas y polvorientas y unas mujeres con pañolones y arrugas mirando al piso. Una de las leyendas de Medjugorje asegura que, a lo largo de décadas de enfrentamientos y persecuciones étnicas y religiosas, milagrosamente el pueblo nunca fue bombardeado. Esto a pesar de ser un enclave católico, no muy bien visto por el régimen del general Tito, gobernante de la desaparecida Yugoslavia. Todos los pueblos alrededor suyo aún muestran las huellas de la guerra: hoyos de bala en paredes caídas de edificios sin techo por las bombas de los aviones. Los bombarderos, sin embargo, nunca pudieron descargar un solo cargamento de dinamita sobre el pueblo de la *Gospa*.

Fue en el monte Kricevac donde las mujeres del pueblo clavaron una cruz, en 1933, para conmemorar los mil novecientos años de la muerte de Cristo y para pedir por el regreso de sus hombres, que por entonces buscaban trabajo en una Alemania devastada por la guerra. Desde que empezaron las apariciones, en 1981, la cruz ha sido vista muchas veces por los habitantes de Medjugorje cubierta por la silueta de la Virgen, o iluminada en la noche, o girando y dando vueltas en distintas direcciones.<sup>8</sup> Y no sólo se ha visto girar a la cruz, también al sol. En una búsqueda rápida se pueden encontrar en Youtube videos de 1994, 2006, 2010, 2011 y 2013 que muestran fenómenos solares registrados con cámaras digitales y teléfonos celulares. Tal y como ocurrió en Fátima ante millones de personas, en Medjugorje aparece con frecuencia

---

8 Tomado de <http://www.medjugorje.es/medjugorje.php>, en julio 3 de 2014.

un sol que gira, un sol que «parpadea», un sol que se hincha hasta una dimensión descomunal, un sol que danza...

Todas estas señales sobrenaturales no son, sin embargo, lo más impresionante de Medjugorje, y tampoco lo más importante. Para quien tenga un mínimo de sensibilidad cultural y se demore un par de horas viendo el material publicado en Internet, el fenómeno aparecerá como algo, cuando menos, digno de atención. Pues se trata de un fenómeno no sólo activo, sino en crecimiento. Los videntes, adolescentes al inicio de las apariciones y ahora adultos en plena madurez, se siguen comunicando con la *Gospa*, aunque con una frecuencia mucho menor. La solidez del mensaje y de los hechos son indicios más que suficientes para considerar a las revelaciones como auténticas dentro de la doctrina católica, equiparables o incluso más importantes que las apariciones de Fátima y Lourdes. Muchos grandes teólogos y personalidades de la Iglesia católica se han mostrado muy a favor de las apariciones a lo largo de tres décadas. Juan Pablo II dijo en su momento: «Si no fuera Papa, ya habría ido a Medjugorje y lo habría hecho sobre todo para confesarme»<sup>9</sup>. La iglesia, de momento, guarda un silencio prudente, pues sólo inicia las investigaciones oficiales de estos casos una vez las manifestaciones han concluido. Y en Medjugorje el fenómeno continúa.



Pero sigamos con el relato de las primeras apariciones. El sábado 27 de junio, cuarto día desde la primera aparición, la policía se llevó en la mañana a los niños a la ciudad de Čitluk, la capital de la región. Los interrogaron severamente y duran-

---

9 *Ibidem.*

te varias horas. Luego los sometieron a un examen psiquiátrico, tras el cual el doctor los declaró «normales, balanceados y con buena salud». <sup>10</sup> Hacia las 6:30 pm se encontraban ya en el lugar de las apariciones donde la Virgen, como en los días anteriores, los esperaba.

El domingo la multitud alcanzó las 15 mil personas. En cuanto llegaron a la cima, los jóvenes se arrodillaron: la Virgen estaba allí. Rezaron el rosario y cantaron. A pesar de la presión de la multitud, todo transcurrió en calma. Los jóvenes, como era ya costumbre, hablaron con la *Gospa* en susurros silenciosos –inaudibles para las demás personas–. Entraban –y aún entran– en estado de éxtasis místico, todos con el rostro levantado mirando a un mismo punto fijo algunos metros por encima del suelo, todos con una misma expresión perpleja y a la vez muy tranquila. Al finalizar la aparición, la gente regresó al pueblo, sedienta. Los habitantes de Medjurogje habrían podido vender miles de refrescos, pero de nuevo ofrecieron toda el agua que tenían en sus casas.

El lunes la policía regresó y se llevó de nuevo a los jóvenes para otro examen médico. Una vez más el dictamen concluyó que se encontraban en perfecto balance psicológico. A la hora habitual regresaron al Podbrdo para su cita con la Señora. La multitud crecía. Al igual que todos los días anteriores, los seis la vieron y hablaron con ella, rezaron y cantaron.

Le pidieron a la Virgen que curara al pequeño Danijel, que estaba mudo y paralizado. Sus padres estaban tristes por su condición. «Dejen que crean firmemente, y él será curado», dijo. Y esto sucedió. María concluyó: «Vayan en la paz de

---

10 *Ibíd.*

Dios». Desapareció. La luz permaneció por un instante después de Ella. Prometió regresar.<sup>11</sup>



El martes 30, que sería el día de la séptima aparición, dos mujeres vinieron por los seis jóvenes para llevarlos de paseo. Su intención era alejarlos lo más posible de Medjugorje para el momento de la aparición. Y así fue. Las mujeres pasaron de largo la ciudad de Čitluk y se encaminaron hacia otros pueblos. En la tarde, cuando ya había pasado la hora usual de la aparición, emprendieron el regreso. Algunos kilómetros después los jóvenes les pidieron que pararan el auto. Las mujeres rehusaron, pero ellos insistieron con firmeza. Las mujeres sabían lo que sucedería. Se encontraban en un paraje llamado Cerno, desde el cual podía avistarse el monte de las apariciones. Los jóvenes salieron del auto y se arrodillaron. Ella estaba allí. Mirjana le preguntó si estaba molesta por no haberlos encontrado en el Podbrdo. «No es nada», respondió la Virgen. Mirjana le preguntó entonces si le molestaría que ellos no regresaran al monte y la esperaran en la iglesia.

En efecto, la policía había prohibido a la gente ir al Podbrdo. Y para entonces, los jóvenes videntes –que hubieran preferido estar a solas con la Virgen– ya se habían dado cuenta que la Señora no aparecía sólo para ellos, sino para todos. De manera que, luego de unos días en que las apariciones tuvieron lugar en casa de un vecino que contaba con una sala grande, la Virgen siguió apareciéndose en la iglesia del pueblo, que era el único lugar en donde el régimen comunista autorizaba el culto religioso.

---

11 *Ibidem.*

## La Mensajera y el mensaje

«¿Cómo luce Nuestra Señora?», les preguntó dos veces el padre René Laurentin a cada uno de los videntes por separado. Como investigador oficial de la Iglesia, Laurentin debía seguir el método de comprobación «a ciegas», una herramienta altamente difundida y aceptada tanto por la comunidad científica como por la Iglesia, en la que realiza una misma entrevista a los seis jóvenes videntes, cada uno por separado y sin conocimiento previo de las preguntas. Todos, sin excepción, respondieron que tenía un hábito gris azulado y muy brillante, un velo blanco, una corona de estrellas, ojos azules, mejillas rosadas y cabello negro, y que lucía como una mujer muy joven, entre los diecinueve y los veinte años. Todos estaban perfectamente de acuerdo en que su belleza era maravillosa y que su rostro era hermoso y feliz. Y todos aseguraron, por separado, que la veían como una persona de carne y hueso. No había nada fantasmagórico en ella, pero sí un resplandor (ver figura 1).<sup>12</sup>

Según contaron en las entrevistas, antes de la aparición siempre surge una luz, una especie de flash o relámpago que usualmente parpadea tres veces. Entonces Ella aparece y dice: «Alabado sea Jesús». Durante la aparición los jóvenes rezan junto a la Virgen y luego Ella les transmite un mensaje y responde a sus preguntas. Las apariciones pueden durar de dos a cuarenta minutos, pero por lo general no duran menos de ocho ni más de quince.

Durante el primer año y medio de las apariciones, la Virgen fue progresivamente revelando diez secretos a los videntes. No todos conocen el décimo secreto, pues cuando la Virgen

---

12 LAURENTIN R. y RUPČIĆ, L., *op. cit.*, p. 44-57.



*Figura 1. Nuestra Señora de Medjugorje. Foto Llorenzi, Creative Commons.*

se los revela –y lo hace a cada uno por separado– dejan de verla diariamente. Hoy solamente tres de los seis videntes la siguen viendo a diario –Vicka, Marija e Iván–, mientras los otros tres la ven mensualmente –Mirjana– o anualmente –Ivanka y Jacob–. Todo este asunto de los secretos, aparte del aspecto que según los videntes tiene la Virgen, la asemejan

mucho a la aparición de Fátima, en donde los pastorcitos videntes también guardaban tres profecías. De todos los secretos, que conciernen al estado actual y futuro del mundo, solo uno ha sido revelado: cuando las apariciones terminen, la Virgen dejará «un gran signo» que será visible por todos, y que probará la autenticidad del fenómeno. Nadie sabe cuándo ocurrirá esto, a excepción de los videntes.<sup>13</sup>

Pero, a fin de cuentas, ¿qué dice la Virgen? Su mensaje, según han dicho los propios videntes, puede resumirse en cinco palabras que son a la vez peticiones y estímulos: paz, fe, conversión, oración y ayuno. Veámoslas una por una, intentando enmarcarlas en una perspectiva ecuménica o interreligiosa, a fin de entender en un sentido amplio –y no cerrado– cuál es el mensaje de la Virgen de Medjugorje.



Si hay una palabra para sintetizar el mensaje de la *Gospa* es *paz*. En una ocasión, durante una de las apariciones, el Fr. Petar Ljubičić le pidió a los jóvenes que le preguntasen a la Virgen cuál era su nombre, o el título con el que se presentaba. La Virgen respondió: «Yo soy la Reina de la Paz». En otra, en agosto 6 de 1981 –cuando las apariciones llevaban poco más de un mes de empezar–, el Fr. Zerno, que venía de Chicago, antes de dar la misa de aquel día, preguntó al fray asistente si la Virgen había revelado algo de sí misma, tal como lo había hecho en Lourdes. El fray asistente no tenía la menor idea. Esto ocurrió unos minutos antes de las seis de la tarde. Justo después de la misa, el joven Jakov –uno de los seis videntes– vino corriendo y les entregó un pequeño trozo de papel a los

---

13 *Ibid.*

frailes. El papel decía: «Muchos han preguntado mi nombre: yo soy la Reina de la Paz». Se dice que en ese mismo instante la palabra *Mir* (*Paz*) apareció escrita en el cielo en letras brillantes. El milagro fue visto por cientos de personas que se encontraban al aire libre, no solo en Medjugorje, sino también en las poblaciones vecinas de Gradnic y Bijakovići<sup>14</sup>.

Treinta y cuatro años después de la primera aparición, el mensaje sigue siendo el mismo: *paz*. No en vano, fueron éstas sus primeras palabras a los videntes: «Paz, paz y paz». La palabra *paz* tiene muchos significados, pero quisiera interpretarla aquí desde una perspectiva interreligiosa amplia. La paz es un valor espiritual universal, y un concepto que aparece tanto en la tradición occidental como en la oriental. Hace referencia a un estado psicológico en el que la mente y las emociones no pueden ser perturbadas por las situaciones externas. Patanjali, el padre del Yoga, define a este como «el cese [de la identificación con] las fluctuaciones [que surgen dentro de la] de la consciencia».<sup>15</sup> Por su parte, el Buda decía: «La paz viene de adentro, no la busques afuera». Gandhi, como seguidor de la religión jainista, estaba consagrado al principio espiritual de *ahimsa*, la no-violencia: «No hay camino para la paz –decía–. La paz es el camino». Como fenómeno místico, se trata

---

14 LAURENTIN R. y RUPCIĆ, L., *op. cit.*, p. 79. Apenas un año antes de empezar las apariciones en Medjugorje, en plena guerra civil en Nicaragua, la Señora se apareció ante un sacristán de San Francisco de Cuapa, una población rural de esa nación centroamericana. Bernardo Martínez, ese era su nombre, vio una luz emanar de la estatua de la Virgen que había en la iglesia. Un mes después de esto, en mayo de 1980, Bernardo aseguró que la Virgen se le apareció mientras caminaba por el campo. Su llamado era, como en Medjugorje, un llamado a la paz: «Haz la paz. No pidas a Nuestro Señor por paz, porque si tú no la haces, no habrá paz».

15 MARSHALL GOVINDAN, *Kriya Yoga Sutras de Patanjali y los Siddhas*, Kriya Yoga Publications, Saint-Etienne-de-Bolton, Quebec, Canadá, 2002, p. 2.

de un estado que trasciende la conciencia ordinaria y toda explicación racional. Ya san Pablo, tras su conversión, decía: «Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús»<sup>16</sup>.

Todas las tradiciones espirituales hablan, de una u otra forma, de este estado interior de paz como una consecuencia o como una condición del camino interior. Desde el punto de vista cristiano sería una gracia o un don, pues es de Dios –no del ego humano– y está más allá de todo entendimiento. No se trata de una simple ausencia de conflictos, un estado inerte y más bien aburrido. No. La paz es una condición interna de un tremendo dinamismo, hermana del júbilo –o *ananda*, como dirían en India– y del éxtasis. Si en algún lugar de nuestra mente resuena la idea de una evolución de la conciencia, entonces la Virgen Madre, la «Madre de Dios» –la mensajera y el mensaje– vendría a ser un símbolo de la psique colectiva humana que *anuncia* un próximo estado de paz. En términos jungianos: la Virgen anuncia al Cristo, siendo el Cristo uno de los símbolos de la totalidad psicológica del ser humano: el estado de integración o plenitud del que hablan los místicos. Quizá ya estemos preparados, como especie, para dar un paso hacia nuevos estados psicológicos.



El segundo mensaje de la Virgen es la *fe*. Ya desde el cuarto día de las apariciones, la Virgen pidió a todos tener una fe más fuerte. «Crean firmemente, tengan confianza», les dijo<sup>17</sup>.

---

16 SAN PABLO, *Epístola a los Filipenses*, 4:7, versión Reina-Varela, 1960.

17 LAURENTIN, *op. cit.* p. 28.

Este es un tema quizá más espinoso que el de la paz, pues no sólo trasciende sino que parece ir en contra del sano entendimiento. ¿Fe en qué? ¿En lo que no se ve? ¿En lo que no se comprende? ¿Fe en un supuesto Dios todopoderoso que permite el mal y el sufrimiento? ¿Por qué? Dicen los católicos que la fe es otro don de Dios, y es verdad que es misteriosa, como la paz. Atestiguan algunos místicos cristianos, como san Juan de la Cruz, que la prueba más fuerte para el alma, la que pone en jaque hasta lo más hondo las fuerzas morales del hombre, es la prueba de la fe. Y es tanto más misteriosa cuanto que no equivale a la mera creencia. De ella dice Thomas Merton:

Ante todo, no es una emoción, no es un sentimiento. No es un ciego impulso subconsciente hacia algo vagamente sobrenatural. No es simplemente una necesidad elemental del espíritu del hombre. No es el sentimiento de la existencia de Dios. No es la convicción de estar salvado o «justificado» sin razón especial alguna, excepto la de que uno así lo siente. No es algo enteramente interior y subjetivo, sin referencia a ningún motivo externo. No es algo que suba burbujeando de los recodos de tu alma y te llene de un indefinible «sentimiento» de que todo está muy bien. No es algo tan puramente tuyo que su contenido sea incomunicable... Pero tampoco es una opinión. No es una convicción fundada en el análisis racional. No es fruto de una prueba científica.<sup>18</sup>

Es simple, pero la razón no la comprende, pues la fe encarna a la paradoja –y nuestra mente literal y lineal tiende a huir de las paradojas–. La fe se parece más a una honda y simple certeza que, sin embargo, no es una certeza racional: la certeza de hacer parte de algo más grande que uno mismo. En sus orígenes psicológicos está relacionada con la idea de que el Cosmos es un organismo vivo, una Vida mayor de la que todos,

---

18 Merton, Thomas, *Semillas de contemplación*, Viaceli, 2009, pág. 32.

como pequeñas células, somos parte –una idea que, como veremos, pertenece al arquetipo de la Gran Madre–. No tenemos por qué ver o comprender esa Vida mayor. *Simplemente, sabemos que ella es*. Asentimos, y sin embargo esa Vida sigue siendo un misterio, *el* misterio. La fe, dice Merton, no contradice la sana razón, sino que la purifica y la perfecciona en el misterio, si es que tenemos el valor de penetrarlo, o de dejarnos permear por él, permitiendo no obstante que siga siendo misterio.

El tercer mensaje es la *conversión*, otro concepto que puede ser fácilmente malentendido desde un punto de vista cerradamente católico. Conversión no quiere decir que uno tenga que volverse cristiano –aunque en Medjugorje millones de personas lo hagan espontánea y libremente–. A mi juicio, tiene que ver más con un *cambio de perspectiva* que con un cambio de costumbres. La conversión necesita a la fe, pues hemos de tener la certeza –o al menos una mínima vislumbre– de que una Conciencia mayor existe, antes de que el corazón «se convierta». La conversión es una actitud, un *modo de estar* que es consecuente con la fe. Valga decir que tanto la *certeza* de la fe como la *actitud* de la conversión son experiencias altamente subjetivas, y que resulta imposible juzgarlas desde afuera. Son estados internos que se retroalimentan y que se nutren, a su vez, de esa experiencia de la que es casi imposible hablar. ¿Cómo se llega a dicha experiencia? Con la *oración*, el cuarto punto sobre el que insiste la Virgen de Medjugorje.

Una vez más, es necesario hacer un par de salvedades: la oración no significa –literalmente– rezar el Rosario, o el Padre Nuestro, o el Ave María. Ni siquiera es necesario pronunciar palabras para orar. Sí es necesario, de nuevo, un mínimo de *fe*, y apreciar la *paz* como valor espiritual. Es necesaria, también, la *voluntad* de entrar en contacto con un nivel mayor de conciencia, o mejor, la *disposición* a que se opere en nosotros

un cambio de perspectiva— pues la oración es el puente entre nuestro estado de conciencia actual —generalmente egoísta y limitado— y un estado más profundo y amplio que —intuimos— reposa en el fondo del corazón, o del alma. Y es necesario, sobre todo, habernos dado cuenta que con nuestros propios recursos no podemos caminar el camino interior, que necesitamos ayuda. A esta actitud se le llama *entrega*, y es hermana de la *humildad*. Significa que entregamos nuestra propia cabeza —que es el lugar de donde provienen casi todas las respuestas y soluciones que damos a nuestros imaginados problemas— para escuchar una *voz* más profunda y con mejores respuestas. La oración modifica nuestro estado de conciencia y abre el canal que nos comunica con una dimensión psíquica mucho más amplia y profunda. De ella dice Gandhi:

La oración es o bien petición, o bien, en su sentido más amplio, comunión interior. En ambos casos, el resultado final es el mismo... Por lo tanto, el que ansía que se produzca en él el despertar de lo Divino, debe recurrir a la oración. Pero la oración no es un mero ejercicio de palabras o de los oídos, no es una mera repetición de una fórmula vacía. Por mucho que uno repita el *Ramanama*, esa repetición es inútil si no consigue poner en movimiento al alma. En la oración es mejor poner el corazón sin palabras que palabras sin el corazón. Debe hacerse en clara respuesta al espíritu que tiene hambre de ella. Y al igual que un hombre hambriento disfruta con una comida abundante, el alma hambrienta disfrutará con una oración sentida. Y os hablo por experiencia propia y de mis compañeros si os digo que aquel que ha experimentado la magia de la oración puede prescindir de comida durante días, pero ni por un momento puede prescindir de la oración. Pues sin la oración no hay paz interior.<sup>19</sup>

---

19 GANDHI, Mahatma, *El alimento del alma*, José J. de Olañeta (Editor) e Índica Books, Barcelona, 2002, pp. 8-9.

La última instrucción de la Virgen en Medjugorje es el *ayuno*, hermano del silencio y el recogimiento. Ayunar no es no comer. Es, justamente, abrir las condiciones –incluso a nivel físico– para alimentarse de un alimento más real que la comida. No solo es aprender a conocer y trascender nuestros impulsos animales básicos, no. No es una cuestión de control. Se parece más a una ebriedad: un hambre de no comer comida física, sino anímica. Ayunar, como orar, es afirmar interiormente una realidad más sutil. Y al mismo tiempo es una purificación. La filosofía yóguica compilada por Patanjali la llama *sáuca* –comúnmente entendida como purificación–, pero también *tapas* –disciplina–. El ayuno necesita de un fuego y una determinación. O mejor, de una *disposición* a que una energía más potente sutilice nuestra materia, sea ésta una materia física, emocional o mental.

Las peticiones de la Virgen –su mensaje– no son otra cosa que valores espirituales universales, expuestos, claro, dentro de un marco católico. Porque la Virgen aparece bajo un paradigma cristiano, así como el Buda se aparece sólo a los budistas. Curiosamente la Iglesia –sobre todo en los inicios del fenómeno– solía denunciar las apariciones, para luego tener que corregir y aceptar las más contundentes. Hasta hace relativamente poco –en la primera mitad del siglo XX– la jerarquía católica era más bien escéptica del fenómeno mariano, y la línea oficial aún considera la apariciones como revelaciones privadas, y no públicas u oficiales. Pero si algo hace la Virgen con la Iglesia católica es revitalizarla y dinamizarla desde las bases. Invita constantemente a sus devotos a asistir a misa y a rezar por los sacerdotes, y honra explícitamente a la Madre Iglesia –que arquetípicamente es ella misma–, inyectándole un potente impulso devocional, que no deja de ser un tanto subversivo para con la jerarquía patriarcal. La Virgen habla a

las muchedumbres, consuela directamente a los desposeídos y los sufrientes, a los pastores y campesinos, a los niños y a las personas comunes. ¿Desde cuándo? ¿Cómo?

## Una breve historia de las apariciones

### ***Las claves de la Biblia***

Si queremos hacer un recuento histórico, o más bien un esbozo, de la imagen arquetípica de la Virgen María y sus apariciones, nuestra primera referencia es, desde luego, la Biblia. Como veremos en el capítulo III, hay en el *Génesis* una referencia oculta a la antigua Diosa precristiana, que en la mitología babilónica representó el orden cósmico en los ciclos de los astros, o el Gran organismo viviente del Cosmos. Pero su principal ropaje en el Antiguo Testamento es el de la Sabiduría de Dios, la *Sophia* o *Sapientia Dei*, que aparece en los *Proverbios* como «la consorte» de Dios, que lo ordenaba todo incluso antes de la Creación, «cuando [Dios] establecía los fundamentos de la tierra»<sup>20</sup>. La *Sabiduría* es pues, para los antiguos hebreos, el aspecto creativo de Dios. Pero también es su aspecto guía, tanto de la materia como de los hombres. Como dice el libro que lleva su nombre: «La Sabiduría es un espíritu amigo de los hombres... [que] llena la tierra [y] conoce cada voz»<sup>21</sup>. Este aspecto guía de la tierra y de la humanidad, como veremos, será tomado por la mitología gnóstica para ampliar la imagen de la *Sophia* y es un aspecto fundamental de Dios en la teología hebrea.

---

20 *Proverbios*, 8: 29, 30.

21 *Sabiduría*, 1: 6, 7.

El tema de la virgen-madre se anuncia ya en el libro del profeta Isaías: «...el Señor mismo os dará señal: he aquí que la virgen concebirá, y dará a luz a un hijo, y llamará su nombre Emmanuel»<sup>22</sup>. Vale la pena recordar aquí que la virgen-madre es un tema arquetípico ligado a la figura de la Diosa Madre, y se puede rastrear claramente en algunas de las más importantes mitologías antiguas. Aparece ya en la egipcia, cuando Isis –la «Gran Diosa Madre» y «Reina de los Dioses»– concibe a Horus –heredero del reino de Egipto– de manera milagrosa, sin la intervención carnal de su padre. También Atis, un antiguo dios frigio que luego se casaría con su madre Cibele, fue engendrado de manera «mágica», sin contacto viril. Cibele, valga recordar, es una versión griega de la Madre Tierra, diosa de la fertilidad, la naturaleza y los animales, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos paleolíticos.

Es curioso que los evangelios del Nuevo Testamento apenas hablen de María. Aparte del encuentro con el arcángel Gabriel, la Madre de Dios se pasea de vez en cuando con los apóstoles como un personaje más bien secundario en las escrituras. Hay, sin embargo, algunos fragmentos relevantes, que a lo largo de la historia servirán de «claves» en las apariciones de la Virgen. Son los guiños con los que la Señora construirá su propio mito contemporáneo.

Una de las claves más importantes del mito es el encuentro de María con el arcángel Gabriel. Este es un fragmento fundamental para el ulterior desarrollo mítico de la Virgen, pues en él María, humana, es «llenada» con la Gracia del Espíritu, para engendrar el misterio del hombre-Dios. Es en este punto que se tocan lo divino y lo humano y Dios se hace hombre:

---

22 *Isaías*, 7: 14. Emmanuel, como señala la misma Biblia, significa «Dios con nosotros».

Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo. Bendita eres entre las mujeres (...). María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz a un hijo, y lo llamarás Jesús (...)». Entonces María dijo al ángel: «¿Cómo será esto? Pues no conozco varón». Respondiendo el ángel, le dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado hijo de Dios...»<sup>23</sup>.

Más adelante, también en el libro de Lucas, en la escena en que María se encuentra con su pariente Isabel, dice: *Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada, porque ha hecho en mi maravillas el Poderoso*<sup>24</sup>. Y en el libro de Juan, en la escena de la cruz, se resalta este parlamento como uno de los más importantes: *Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien amaba, que estaba presente, dijo a su madre: mujer, he ahí a tu hijo. Después dijo al discípulo: he ahí a tu madre*<sup>25</sup>.

María es pues, según las mismas escrituras, la siempre Virgen, la Inmaculada –o sin mancha–, la Bienaventurada, la Llena de gracia, la Madre de Dios... En sus apariciones usa Ella todos estos apelativos. Son sus claves, como dije, para entrar en el paradigma católico, aunque ella misma, como arquetipo, trascienda su propia imagen cristianizada y evoque también sus antiquísimas imágenes paganas precristianas.

Pero sin duda la más poética y misteriosa de las afirmaciones bíblicas sobre María es la que aparece en el *Apocalipsis*:

---

23 Lucas, 1: 26-38.

24 Lucas 1: 48-49

25 Juan, 19: 26, 27.

Luego apareció en el cielo una gran señal: era una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y sobre la cabeza una corona de doce estrellas.<sup>26</sup>

Esta es la clave de las claves, la profecía que será cumplida una y otra vez a lo largo de la historia de las apariciones de la Virgen. Pero es también el guiño que la conecta mitológicamente con algunas de las deidades femeninas más antiguas de la humanidad. Así, la Gran Diosa Madre sumeria, conocida con los nombres de Inanna o Ishtar, era la Diosa Luna, que «llevaba por corona las doce constelaciones a través de las cuales el sol, su hijo, hacía su recorrido»<sup>27</sup>. La profecía, al fin y al cabo, es una vislumbre de la imagen arquetípica de la Diosa, que siempre ha existido y que ahora retorna para renovar su relación con la humanidad.

### ***La Virgen indígena: Candelaria, Guadalupe y Coromoto***

La primera aparición de la Virgen fue la del Pilar, ante el apóstol Santiago en Zaragoza, en el año 40 d.C. A ésta la siguieron algunas más, entre las que destaca especialmente la aparición a san Simón Stock, superior de la Orden de los carmelitas, en Cambridge, Inglaterra, en 1251. Sin embargo, mucho más sugestivas en cuanto a su simbolismo son las primeras apariciones ante los indígenas, en particular las de la Virgen de la Candelaria y de Guadalupe. Aparte de pertenecer a las primerísimas apariciones, se evidencian ya en ellas, muy claramente, las relaciones de la Virgen con la simbología de la

---

26 *Apocalipsis*, 12:1, Versión Reina Valera, 1960.

27 BARING, A, y CASHFORD, J., *op. cit.*, p. 640.



*Figura 2. La virgen de la Candelaria en una procesión en Tenerife.*

Diosa precristiana, simbología que, como veremos, se mantendrá a lo largo de toda la historia de las mariofanías.

Cuenta la historia canónica que hacia el año 1392 dos pastores de la etnia guanche –pueblo nativo de la isla canaria de Tenerife– se disponían a guardar su ganado en unas cuevas. Pero el ganado se arremolinaba y se negaba a entrar. Los indígenas, extrañados, miraron hacia la desembocadura del barranco que cercaba las cuevas y vieron a una mujer sobre una piedra cerca del mar. Uno de ellos le hizo señas para que se fuera, pero en el acto su brazo quedó inmovilizado. El otro se dirigió hacia ella para herirla con un cuchillo, pero inexplicablemente fue él mismo quien quedó herido. Corrieron entonces hacia la cueva del jefe –o *mencey*– del territorio, un hombre conocido como Acaymo, quien acudió al lugar con sus consejeros. La mujer seguía allí. Los miraba sin hablar, y nadie se atrevía a acercársele. El *mencey* Acaymo decidió que los mismos dos pastores eran quienes debían establecer contacto con ella. Así lo hicieron, y al tocarla quedaron sanados. Acaymo entendió que la mujer, que llevaba un niño en brazos, no era humana, y decidió él mismo llevarla en sus hombros, pero a los pocos pasos se vio obligado a pedir ayuda pues pesaba demasiado. La llevaron a una cueva cerca de la gruta de Acaymo. Algún tiempo después un guanche llamado Antón, que había sido tomado esclavo por los castellanos y bautizado, al regresar a Tenerife reconoció en la imagen a la Virgen. Antón le contó al *mencey* quién era realmente la mujer, y desde entonces se le conoce como «La Madre del sustentador del cielo y la tierra», o la Virgen de la Candelaria. Su imagen tiene la piel oscura y de su rostro ovalado emana un resplandor dorado, como su túnica. La cubre, como en tantas de sus sucesivas imágenes, un manto azul.

En esta aparición vemos ya la unión de símbolos que efectúa la Virgen: por un lado, de las imágenes precristianas ligadas a la Diosa Madre del Mundo, y por el otro, de su imagen católica. La Virgen, como veremos una y otra vez, es a la vez cristiana y pagana. Como símbolos paganos encontramos en este relato a los animales –pues la Diosa es la Señora de las Bestias, así como más adelante será la Virgen la pastora del rebaño–. Pero también a la cueva –que representaba para los neolíticos el retorno a la Tierra Madre, el paso necesario para el renacimiento–, y el mar –que en los principales mitos de creación significa la fuente de toda la vida y que está íntimamente ligada a la Madre del Mundo–. En cuanto a su simbología cristiana, aparte del niño que carga en el brazo derecho y de la larga vela que sostiene en el izquierdo, la imagen es muy similar a la Virgen de Guadalupe en México: tiene la piel oscura, una túnica dorada y el manto azul (ver figura 2).<sup>28</sup>

---

28 El hecho de ser negra, así como la época y ubicación geográfica de la aparición, la emparentan también con la Virgen de Lluç –patrona de la isla de Mallorca y aparecida aproximadamente en 1250 a un niño pastor, hijo de musulmanes conversos al catolicismo– y con la Virgen, también negra, de Montserrat –aparecida hacia el año 880 a unos niños pastores en Catalunya–, ambas coronadas canónicamente por la iglesia. El fenómeno de las vírgenes negras es bien conocido en Europa desde hace muchos siglos. Entre las más famosas se encuentra la Virgen de Rocamadour, la de Toulouse y la de Le Puy en Francia; Nuestra Señora de Dublín en Irlanda; la Virgen de Częstochowa en Polonia; la Madonna de Tindari, la María Reina de Monte Oropa en Piamonte y la Madonna di Crea en Italia; y la Virgen de Ujué, Nuestra Señora de Argeme, la Virgen de la Cabeza, la Virgen de la Encina, la de Herrera, la de las Cruces, la de la Luz, Nuestra Señora de Carrasca, la de los Milagros, la de la Sierra, o la Virgen de Guadalupe (en Cáceres), entre muchas otras en España. Estas vírgenes son una muestra de la transición al cristianismo que vivieron las antiguas deidades de la fertilidad, la agricultura y la maternidad, como Cibele, Ceres, Isis y Artemisa durante el Imperio Romano tardío. No deja de ser fascinante, sin embargo, que también se encuentren multitud de vírgenes negras en el Nuevo Mundo, como la Virgen del Valle y la de Itati en Argentina; Nuestra Señora Apareci-



Sin duda alguna, en cuanto a su continuidad con creencias pre-cristianas, la más interesante aparición es la de Guadalupe, en México. Cuenta la historia que el sábado 9 de diciembre de 1531, a pocos kilómetros al norte de la Ciudad de México, caminaba hacia la misa un azteca recién convertido al catolicismo. Le llamaban Cuauhtlatoatzin, que en lengua nahua significa «Águila que canta», pero tras su bautismo su nombre cambió al de Juan Diego. En el camino lo detuvo un extraño sonido, potente y a la vez muy similar a un canto de pájaros. El sonido provenía de una pequeña colina –conocida como Tepeyac– en donde los aztecas, mucho tiempo atrás, habían construido un templo a su Diosa Madre, Tonantzin. El Tepeyac, de hecho, era un monte en el cual, según creían los aztecas, habitaba la Diosa. Vale la pena detenernos un momento en la figura de Tonantzin, ya que aquí se encarna de una manera asombrosa la continuidad de la Virgen María con la Diosa precristiana.

*Tonantzin* es en realidad un apelativo para referirse a distintas diosas. En nahua significa «Nuestra Madre» o «Nuestra Madrecita», y era usado por muchas etnias mexicanas para nombrar a deidades femeninas como Toci –o Temazcalteci–, diosa de la maternidad y de las hierbas medicinales; Chicomecóatl, diosa de la agricultura y de la fecundidad; Coatlicue, diosa de la vida y de la muerte y guía de las almas; u Omecíhuatl, diosa o sustancia primigenia, deidad del orden

---

da en Brasil; Nuestra Señora de los Ángeles –o la Negrita– en Costa Rica; Nuestra Señora de la Monserrate en Puerto Rico o la Virgen de Regla en la Habana, Cuba. La Virgen no tiene problema alguno en presentarse como negra o indígena y parece, de hecho, querer asumir, con este gesto, el papel y las devociones que las diosas indígenas y pre-católicas de la Tierra tenían desde tiempos remotos.



*Figura 3. Imagen milagrosa de la Virgen de Guadalupe.*

y el caos y regente del ciclo de la vida. Muchas diosas, pues, se superponen o se anudan en la figura de Tonantzin. Y los roles de dichas diosas (la maternidad, la agricultura, la vida y la muerte y la sustancia primigenia), como veremos, son típicas características de todas las Diosas paganas. Es claro, pues, que para los indígenas y campesinos de México nunca

hubo problema alguno en ver a la Virgen de Guadalupe como una figura más de Tonantzin, o viceversa. De hecho, la Virgen misma –con su apariencia indígena y la luna creciente bajo sus pies– parece alimentar esta continuidad con la Diosa indígena (ver figura 3). ¿Por qué, si no es para dar continuidad a la Diosa Madre, apareció la Virgen en la montaña dedicada a la pagana Tonantzin?

Pero los paralelismos no paran ahí. Algunas versiones del mito nahua consideran a Tonantzin o bien la madre de Quetzalcóatl –la gran serpiente emplumada de los pueblos mesoamericanos, que rescata los huesos de la humanidad del inframundo–, o bien su esposa. Y en esta ambigua relación con el dios salvador de los aztecas –como su madre y como esposa–, encuentra de nuevo Tonantzin un paralelismo evidente con la Virgen María, que es a un tiempo madre y esposa de Dios...

El sonido cesó y en su lugar oyó Juan Diego la voz de una mujer que lo llamaba desde lo alto del Tepeyac. Como había neblina escaló la loma y vio a una niña mexicana, muy bella, de rasgos indígenas y de unos catorce años, que emanaba una brillante luz solar. La niña se identificó a sí misma como «la siempre virgen María, madre del Dios verdadero»<sup>29</sup>, se-

---

29 HARPUR, Patrick, *op. cit.*, p. 167. Es extremadamente raro que la Virgen se identifique a sí misma de una manera tan clara y directa. El mariólogo Emile Tizané encontró que en treinta apariciones, de cincuenta y siete corroboradas, la Señora ni siquiera se nombró a sí misma. Y en las otras veintisiete indicó Ella, por algún medio casi siempre indirecto o alusivo, que se trataba de la madre de Jesús (tomado de Harpur, *ibíd.*). Una visión arquetípica puede reelaborarse de muchas maneras, ante todo en la memoria del protagonista. El papel de la religión es justamente, como diría Jung, el de ofrecer un marco adecuado para elaborar una experiencia arquetípica directa y proteger así a la consciencia individual de la potencia sobre-humana del inconsciente colectivo. Sin el paradigma religioso, difícilmente podría el indi-

gún cuenta la historia canónica. La Virgen le pidió que, en su nombre, hablara con el obispo de la capital para que se construyera, en ese mismo lugar, una iglesia. El obispo, claro, se negó. Pero la Virgen le pidió a Juan Diego que insistiera. Así que el indígena volvió donde el jesuita, quien le pidió pruebas de la aparición. El martes siguiente, de nuevo caminando hacia la capital, la Virgen se le volvió a aparecer. Le consoló y le dijo que subiera a la colina y recogiera algunas flores para Ella. A pesar del invierno y de la aridez de la tierra, Juan Diego encontró un ramillete de flores muy frescas y hermosas en medio del monte. Las puso en su «tilma» –o manto de algodón– y las ofreció a la Virgen, quien le ordenó que las llevara al obispo como prueba de la aparición. Ante el obispo, Juan Diego abrió la tilma y las flores cayeron al suelo. Entonces la imagen de la Virgen de Guadalupe –la misma que aún se conserva en la iglesia que construyeron allí mismo en su nombre–, se reveló pintada en el manto de algodón.



Hay aún otra historia que vincula directamente a la Virgen con los indígenas. Se trata de la aparición de nuestra Señora de Coromoto, quien se manifestó en medio de un bosque selvático al norte del pueblo de Guanare, en el corazón de Venezuela. Un día simplemente se apareció ante el cacique de los cospes –o coromotos, nativos de esta selva– y le dijo que se bautizara para poder ir al cielo. El cacique le relató lo sucedido a su encomendero, don Juan Sánchez, quien le aconsejó que se alistara para ser bautizado y catequizado. Aunque

---

viduo contextualizar y, en alguna medida, integrar la experiencia arquetípica. Es muy posible entonces que el mismo Juan Diego haya interpretado la visión en términos cristianos por su reciente conversión.

varios indígenas de su grupo obedecieron a la Señora y se convirtieron, el cacique huyó a la selva, pues le disgustaba la idea de no ser más el jefe. Pero la Virgen se le apareció de nuevo en su bohío. Entonces el hombre entró en ira. Levantó la mano contra Ella –alguna versión dice que le apuntó con una flecha– y la Señora desapareció, pero le dejó en la mano una estampilla de fibra vegetal con su figura impresa. El cacique fue luego mordido por una serpiente venenosa y herido de muerte regresó a Guanare pidiendo el bautismo. Milagrosamente se salvó.

### ***La Virgen y los árboles***

En varias ocasiones la Señora se ha aparecido sobre o «dentro» de un árbol, en consonancia con la creencia indígena y pagana según la cual hay ciertos árboles habitados por una diosa o espíritu femenino. El caso más famoso es seguramente el de Fátima, pero existen muchos más. En la aparición a la que asistí, por ejemplo, la Virgen se apareció al vidente sobre la copa de un arbusto nativo.

Otra muy conocida aparición de esta clase es la de la Virgen del Pino, aparecida en la isla Gran Canaria hacia 1481. Se dice que la imagen apareció en el ápice de un enorme y antiguo pino nativo, cerca del pueblo de Teror. Y se cuenta que el pino tenía 41,75 m de alto y 6,72 m de circunferencia, y que se encontraba junto a una fuente de la que brotaban generosas las aguas medicinales. En esta categoría está también la Virgen de Cortes (en Alcaraz, España), que en mayo de 1222 apareció sobre el tronco de un árbol del que salían muchas ramas; o la Virgen de la Aldea, en Tortosa (Catalunya), que se representa con mucha frecuencia rodeada de ramas. Se encuentra también la Virgen del Espino, en Vivar, aparecida, claro está, en un espino, como Nuestra señora de Beauring en Bélgica;

y la Virgen del Amparo (en Huelva, España), que se muestra al pie de una vid.

### ***El vórtice de Fátima***

La historia más bella y potente de esta categoría es, sin embargo, la de Fátima. El domingo 13 de mayo de 1917 tres niños pastores vieron aparecer ante sus ojos a «una mujer más



*Figura 4. Estatua de la Virgen de Fátima. Foto, Johann Jaritz. Creative Commons.*

brillante que el sol»<sup>30</sup> sobre una encina o chaparro, un árbol típico mediterráneo cuyo fruto es la bellota. Lucía dos Santos, Francisca y Jacinto Marto, de diez, seis y nueve años respectivamente (ver figura 5), pastoreaban ovejas en un campo conocido como Cueva de Iria, en la zona rural cercana al pueblo de Fátima, en Portugal, cuando un súbito relámpago los hizo temer una tormenta –aunque el cielo estaba totalmente despejado–. Empezaron a agrupar a los animales para guarecerse de la lluvia cuando un segundo destello los arrodilló directamente en el suelo. Allí, sobre las ramas del pequeño arbusto, estaba Ella. Iba vestida de blanco, tenía un manto con bordes dorados y un rosario (ver figura 4). Durante los siguientes cinco meses, los días trece de cada mes, la Señora se apareció en el mismo lugar a los tres pastores videntes.

---

30 DOS SANTOS, Lucía, y HAFERT, John (colaborador), *Her Own Words to the Nuclear Age: The Memoirs of St. Lucia*, The 101 Foundation, 1993.

Un año antes de las apariciones, los niños pastores habían sido testigos de una presencia angélica, que surgió sobre las copas de los árboles –de nuevo– como una luz, *más blanca que una pila de nieve*. Al acercarse adoptó la forma de un joven, *transparente y resplandeciente de luz*<sup>31</sup>, según testimonio de los niños.



*Figura 5. Lucía, Francisco y Jacinta, los tres pastores de Fátima. Foto, Joshua Benoliel.*

Se anunció como el Ángel de la Paz. En las apariciones, la Virgen invitó a los niños –de una manera muy similar a como lo hizo en Medjugorje– al arrepentimiento, la conversión, la oración y la penitencia. Y también, como en Medjugorje, les

---

31 Tomado de HARPUR, P. *op. cit.*, p. 169.

confió unos «secretos» o misterios en forma de visiones. En la primera de ellas les fue mostrado el infierno: almas en llamas y dolor rodeadas de seres monstruosos. En la segunda vieron una luz desconocida en medio de una noche oscura. También les habló de la conversión de Rusia –una profecía que de nuevo conecta a Fátima con Medjugorje, ubicada en la entonces URSS–. En la tercera visión les «narró» una escena en la que un ángel con una espada de fuego señalaba a la Tierra diciendo: «Penitencia». Muchos religiosos, entre ellos el Papa, ascendían una colina empinada hasta una cruz rústica, en donde eran asesinados por soldados. Dos ángeles, uno a cada lado de la cruz, recogían la sangre en vasijas de cristal, y con ella lavaban a las almas que se acercaban a Dios.<sup>32</sup>

Tras la tercera aparición, el 13 de julio, los pastores fueron tomados prisioneros por el alcalde y duramente interrogados para que revelaran el contenido del tercer secreto. Pero se negaron rotundamente a hacerlo, y fueron liberados. En las siguientes apariciones, las multitudes que los acompañaron crecieron hasta alcanzar los miles de personas, pues la Virgen había anunciado que en su última visita revelaría su nombre, y además realizaría un milagro para probar que era real –tal y como en Medjugorje ha prometido dejar un gran signo–. Como en los otros casos de apariciones públicas, sólo era vista por los videntes. El 13 de septiembre, en la quinta aparición –que era presenciada por cerca de 30.000 personas–, a pleno mediodía y con el cielo totalmente despejado, la luz del sol se oscureció de manera leve pero notoria. Un globo luminoso apareció ante la multitud y se deslizó suavemente desde el Oriente hasta el Occidente. Una nube muy blanca rodeó a la encina y a los pastores. Y una «lluvia» de pétalos

---

32 Tomado de [http://es.wikipedia.org/wiki/Misterios\\_de\\_F%C3%A1tima](http://es.wikipedia.org/wiki/Misterios_de_F%C3%A1tima).

blancos cayó del cielo sobre la gente y se disolvió antes de tocar el suelo.<sup>33</sup>

Se dice que la noche del 12 de octubre, víspera de la última aparición, una fuerte tormenta cayó sobre Europa. A la mañana siguiente continuaba la llovizna, que mojaba las cabezas y las ropas de cerca de 70.000 peregrinos en la Cueva de Iria. Al mediodía la lluvia cesó. Apareció una luz y la Virgen dijo a los pastores: *Yo soy la Señora del Rosario*. Aquí la Virgen alude a otra aparición suya, a santo Domingo –padre de la Orden de los dominicos–, a quien introdujo la práctica del rosario, en Prouille (Francia) en 1208. El mensaje final de Fátima lo resumió Ella misma en estas palabras: *Las personas deben enmendar sus vidas, pedir perdón por sus pecados y no ofender más a nuestro Señor, pues ya lo han ofendido demasiado*. Dicho esto, la Virgen, según los pastores, dispuso las palmas de sus manos hacia el cielo y dirigió a lo alto dos rayos de luz. Lucía dijo: *Miren al sol*. Las nubes se abrieron y mostraron a un sol pálido, plateado. El diario *Ordem* publicó el siguiente testimonio de un oculista que presenció el *Milagro del sol*:

El sol, en un momento rodeado por una llama escarlata, y en otro por una llama amarilla y púrpura, pareció girar en un movimiento extremadamente rápido, y por momentos pareció soltarse del cielo y aproximarse a la tierra, irradiando un fuerte calor.<sup>34</sup>

---

33 Harpur señala que el fenómeno de los pétalos de rosa o «cabellos de ángel», como suelen llamarlos, son bien conocidos por los ufólogos, que han reportado la presencia de esta sustancia sutil en algunas apariciones de ovnis. *Op. cit.*, p. 170.

34 DE MARCHI, John, *The Immaculate Heart*, Farrar, Straus and Young, Nueva York, 1952. Tomado de: [http://en.wikipedia.org/wiki/Our\\_Lady\\_of\\_F%C3%A1tima#CITEREFDe\\_Marchi\\_1952](http://en.wikipedia.org/wiki/Our_Lady_of_F%C3%A1tima#CITEREFDe_Marchi_1952). Traducción propia.



*Figura 6. El milagro del sol, presenciado por 70 mil personas en Cueva de Iria, Fátima, Portugal.*

Otros testigos dicen que el astro emitía rayos de todos los colores, antes de agrandarse hasta alcanzar un tamaño extraordinario. Algunos más cuentan que se tornó totalmente azul, tiñendo el ambiente y los rostros de las personas, que caían arrodilladas con sus miradas fijas en el cielo. El fenómeno debió durar, como mucho, un minuto, pero la noticia le dio la vuelta al mundo durante meses, hasta convertirse en una leyenda del siglo XX. Al final de la «danza solar», la gente, que antes estaba empapada, se encontraba totalmente seca.



También en Medjugorje se han reportado fenómenos solares extraordinarios, en los que el astro gira y danza y aumenta de tamaño por algunos segundos. Muchos de ellos, como vimos más arriba, están registrados en dispositivos móviles y colgados en Internet. En Fátima como en Medjugorje –así como en La Salette y Lourdes, como veremos– la Señora les confió «secretos» a los videntes. Así pues, en el extenso campo de las

mariofanías, Fátima aparece como un vórtice en el que todas las características de una aparición mariana parecen anudarse y sintetizarse. Desde luego, se realiza también la delicada continuidad pagano-cristiana en la figura de la Señora: en el árbol, en la cueva y en los pastores, en el milagro del sol o en la íntima relación que la Virgen tiene con el agua; todas estas características paganas de la Mensajera, decía, están fusionadas con un mensaje claramente cristiano, en la invitación a la práctica del rosario, en la firme llamada a la conversión.

### ***La Virgen y el agua: la leyenda de Lourdes y la Inmaculada Concepción***

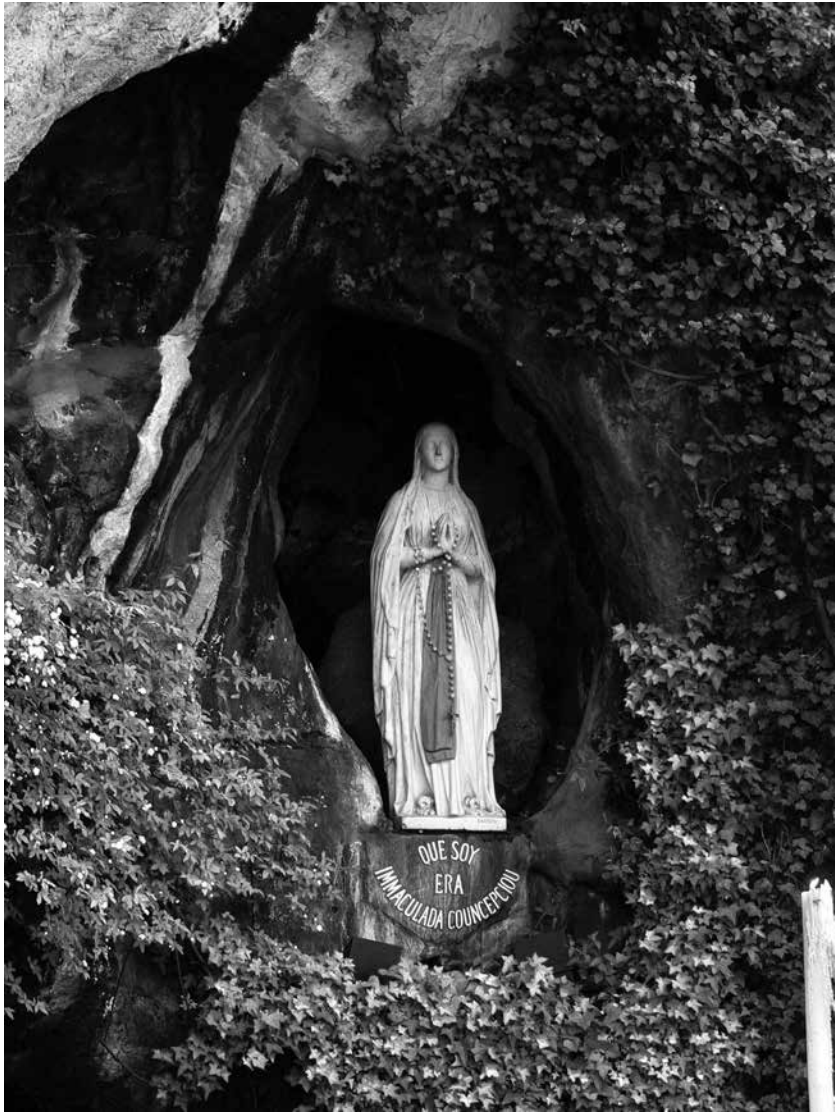
En sus rasgos paganos, la Virgen se relaciona con el agua quizás aún con mayor frecuencia que con los árboles, las flores o el sol. Casi en todas las apariciones llueve, o bien la revelación tiene lugar al lado de un manantial. Algunas veces, en el momento mismo de la aparición, nace una fuente de aguas milagrosas. A este respecto dice Patrick Harpur:

La SVM [Santísima Virgen María] muestra una afinidad con las clásicas ninfas que frecuentan o, quizá mejor aún, representan el espíritu de un manantial o un arroyo. Las sociedades tribales reconocen a estos espíritus naturales, que perduran, cristianizados, en los santuarios que se dedican a la Virgen María en manantiales sagrados y pozos santos por toda la Europa católica.<sup>35</sup>

El relato de Bernadette Soubirous –dice Harpur– bien podría ser el de un encuentro con Mabh, la reina de las hadas de la tradición celta, en algún rincón silvestre de la Europa profunda. Una mañana de febrero de 1858 Bernadette (ver figura 8), una niña campesina de catorce años, se encontraba cerca

---

35 HARPUR, P., *op. cit.*, p. 166.



*Figura 7. La Virgen de Lourdes en la gruta de la aparición. Foto, Manuel González Olaechea y Franco, licencia GNU.*

de una gruta recogiendo leña, cuando escuchó un ruido muy fuerte, como una tormenta. Atónita, se giró hacia el lugar de donde provenía el sonido y vio un único rosal que se mecía de un lado al otro, como si lo moviera una fuerte brisa.

Casi al mismo tiempo salió del interior de la gruta una nube dorada y poco después una Señora, joven y hermosa [...] como yo no había visto ninguna –dice Bernadette–; vino y se paró a la entrada de la abertura, encima del rosal. Me miró inmediatamente, me sonrió y me indicó que avanzara, como si hubiera sido mi madre. Me había abandonado todo temor, pero ya no me parecía saber dónde me encontraba. Me froté los ojos. Los cerré y los abrí, pero la señora seguía estando allí [...] haciéndome entender que no me había confundido.<sup>36</sup>

Bernadette sacó su rosario, pero no fue capaz de darse la bendición. Tenía el brazo inmovilizado. La Señora, a su vez, tomó su rosario, que le pendía del brazo derecho, y solamente cuando la aparición se santiguó pudo Bernadette hacerlo. Dieciocho veces se apareció la Virgen ante Bernadette Soubirous, en una gruta de la zona rural conocida como Massabielle, cerca de Lourdes, desde el 11 de febrero hasta el 16 de julio de 1858. La Virgen vestía de blanco, con un cinturón azul y un rosario dorado colgando de sus brazos. Tenía las manos en oración y de cada uno de sus pies brotaba una rosa dorada (ver figura 7).

Durante su novena aparición, el día 25 de febrero, la Virgen le dio una extraña orden a Bernadette. Le dijo que bebiera de la fuente, que se bañara en ella y que comiera de las plantas que crecían allí. Pero no había ninguna fuente. Bernadette pensó que la Virgen se refería al río Gave, que quedaba cerca, pero la Virgen le señaló la tierra con el dedo, indicándole que escarbara. Bernadette así lo hizo, pero en tres intentos sólo sacó fango. En su cuarto intento encontró algunas gotas claras, y las bebió. La gente quedó entre desconcertada y de-

---

36 DELANEY, John J. (ed.), *A Woman Clothed with the Sun*, Nueva York, 1961, citado en HARPUR, P., *ibíd.*, p. 165.



*Figura 8. Bernadette Soubirous, la vidente de Lourdes, en 1858.*

fraudada al verla con el rostro manchado de lodo. Muchos la acusaron de loca, pero pocos días después brotaron allí mismo las aguas curativas de Lourdes, un manantial que genera cien mil litros de agua por día<sup>37</sup> y del que miles de casos testimonian sus poderes milagrosos. Existen aproximadamente 7 mil casos registrados de curaciones espontáneas por el agua del manantial. Vale decir que solo 67 han sido aprobados por la Iglesia católica, que suele extremar sus medidas de prudencia en estas situaciones.

---

37 Tomado de: [http://es.wikipedia.org/wiki/Nuestra\\_Se%C3%Blora\\_de\\_Lourdes](http://es.wikipedia.org/wiki/Nuestra_Se%C3%Blora_de_Lourdes).

El 25 de marzo de 1858, en su decimosexta aparición y ante la insistencia de Bernadette de que revelara su nombre, la Señora declaró: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Hacía sólo tres años que la iglesia había declarado como nuevo dogma de fe la inmaculada concepción de la Virgen, esto es, que Ella misma –como Jesús– había sido concebida sin pecado. Bernadette, una niña campesina y casi analfabeta, no era capaz de comprender el significado ni la repercusión de semejantes conceptos teológicos. Tal y como los jóvenes videntes de Medjugorje y de Fátima, fue duramente interrogada por las autoridades civiles y eclesiásticas. Y en su paso como novicia y monja entre las Hermanas de la Caridad, fue tratada con especial rigor por su madre superiora, quien no creía en sus visiones. Padebió una dolorosísima tuberculosis ósea y murió a los 35 años. Treinta años después de su muerte fue exhumada y su cadáver fue encontrado en perfecto estado de conservación.<sup>38</sup>



La idea de que la Virgen hubiese sido concebida de manera inmaculada fue de san Agustín, y no necesariamente significa que haya sido concebida sin pecado (sin mancha, o *macula*), como sí lo fue Jesús, según dice el dogma. La palabra «inmaculada» no se refiere únicamente a la gestación o al contacto carnal, sino a una cualidad de pureza semejante a la de Cristo. Es una propiedad que no debe ser entendida de manera literal, y que apunta a que el origen de la Virgen es

---

38 Recuperado de: [http://es.wikipedia.org/wiki/Bernadette\\_Soubirous](http://es.wikipedia.org/wiki/Bernadette_Soubirous), citado de VISENTIN, M.C. (2000). «María Bernarda Soubirous (Bernardita)». En LEONARDI, C.; RICCARDI, A.; ZARRI, G., *Diccionario de los Santos*, San Pablo, pp. 1586–1596.

divino. Simbólicamente quiere decir que su pureza espiritual es equiparable a la de Cristo, y que por lo tanto la Virgen tiene un estatus celestial similar al de Jesús (volveremos sobre esto al final de este capítulo).

Pero si bien la idea de una inmaculada concepción de la Virgen atravesó las mentes de los teólogos, fue la misma Virgen quien se apoderó del apelativo y decidió presentarse a sí misma como la Inmaculada. El apelativo no es, pues, una invención humana, sino que proviene directamente del arquetipo. Apenas dieciocho años antes de la aparición de Lourdes –y catorce antes de la bula papal–, la Virgen María se había manifestado ante una religiosa, también francesa: Catherine Labouré o santa Catalina. Se le presentó como María, sin pecado concebida, o en otras palabras: la Inmaculada. El 18 de julio de 1830, Catalina escuchó la voz de un niño que la llamaba a la capilla del convento. Pero en la capilla no encontró



*Figura 9. La Medalla Milagrosa, que Santa Catherine Labouré recibió en una visión en 1830.*

a ningún niño, sino a la Virgen, que la esperaba para encomendarle una misión especial. Durante los siguientes meses, en las horas de la meditación, la Virgen empezó a mostrarse ante santa Catherine dentro de un óvalo. Vestía muchos anillos, que emitían rayos de diferentes colores. Sobre el borde del óvalo podía leerse: *Oh María, sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti*. El óvalo, además, parecía rotar, y en su rotación dejaba ver doce estrellas en el borde de la figura, así como una letra «M» entrelazada con una cruz en el centro. A este emblema lo acompañaban dos corazones: el Sagrado Corazón de Jesús, coronado de espinas, y el Inmaculado Corazón de María, atravesado por una espada. Este símbolo fue luego convertido, por petición de la Señora, en una medalla (ver figura 9). Desde entonces esta aparición es conocida como Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, y tiene fama de conceder gracias especiales de la Virgen, especialmente a la hora de la muerte.

La Señora también se presentó como la *Inmaculada Virgen* entre 1932 y 1933, cuando apareció 33 veces ante un grupo de niños belgas, en el pueblo de Beauraing. Tal como en Medjugorje y Fátima, su mensaje era simple: *Oren, oren, oren*. Aunque algunos de los cinco niños que presenciaron la aparición la habían visto ya en los alrededores, sus mensajes tuvieron lugar bajo la rama de un espino, en el jardín del convento de Beauring. Tenía un vestido largo y blanco que reflejaba una luz muy intensa de tonalidad azul –muy similar a como describen el reflejo del velo los videntes de Medjugorje. Su cabeza emanaba luz y en una de sus últimas apariciones les reveló a los niños su Corazón Dorado.



Recordemos, de momento, que la pureza es un atributo simbólico del agua. Por eso, no es casual que la Inmaculada esté tan ligada al agua, que haya sido vista en manantiales, o que Ella misma haya dado nacimiento a una fuente. El agua limpia y quita la sed. El agua nutre la vida en todas sus formas; la sustenta. Ella, la Virgen, está comunicando con un simple y profundo simbolismo, que Ella es la Pura, que de alguna misteriosa manera alimenta y sostiene la vida.

El 15 de enero de 1933, la Virgen se presentó en el pueblo de Banneux, en Bélgica. Llamó a Mariette Becco, una niña de doce años que estaba mirando distraída por la ventana de su casa. La guió por un camino y la llevó a un manantial que antes no estaba allí. Después le pidió que sumergiera sus manos en las aguas del nacimiento y le reveló que esas aguas estaban reservadas para todas las naciones, para aliviar la enfermedad. Sólo durante esa década más de veinte curas milagrosas, por intermedio de las aguas, fueron reconocidas por la Iglesia.

Otra muy famosa aparición relacionada con Lourdes y el agua es la de Akita, en Japón, reportada por primera vez en 1973. En ella, la Virgen se presentó ante Agnes Sasagawa, una mujer que había sufrido durante toda su vida graves problemas de salud por una malformación en el apéndice. Además, los médicos la habían diagnosticado con una sordera incurable, cuando se fue a vivir con las monjas de Yuzawadai, una remota región en la prefectura de Akita. Las monjas le dieron de beber agua de la fuente de Lourdes, luego de lo cual su salud aparentemente mejoró. Un día «escuchó» –aunque estaba totalmente sorda– que la estatua de la Virgen en el monasterio la llamaba. La Señora le dio tres mensajes, muy similares en su contenido –y hasta en su tono– a los de Medjugorje y Fátima, y enfatizó, como siempre, la oración y el rezo del rosario. Le

pidió, como lo hace muy a menudo la Virgen de Medjugorje, que rezara por los que no creen. Le prometió que sería curada y le dijo: «Aquellos que depositan su confianza en mí serán salvos». Según los reportes de las monjas, la estatua lloró 101 veces en seis años, y mostró estigmas en sus manos, al igual que la hermana Agnes. Durante una misa de domingo en 1982 Agnes se encontró, de repente, totalmente curada de su sordera. Ahora oía, aun cuando su enfermedad había sido diagnosticada de incurable. El llanto de la Virgen fue transmitido en directo por la Televisión Nacional de Japón.



La imagen de una Diosa que nace de las aguas es mítica (como veremos en detalle en el capítulo III). Nos remite a algunos de los más antiguos y hermosos relatos de creación: la Gran Madre egipcia, Isis, era la «nacida de todo-lo-que-es-agua»<sup>39</sup>; Eurynome, la Diosa pre-helénica, danzaba solitaria sobre las olas del Océano primordial antes de que todo lo demás existiera; Afrodita nació de la espuma del mar... No olvidemos que el mismo nombre «María» proviene del latín *mare*, que significa mar. De manera que la asociación de la Virgen al agua es tan remota como la memoria mítica de la humanidad: la Madre es la Fuente de la vida.

Hay dos apariciones de la Virgen que nos remiten directamente a esta imagen arquetípica. Una de ellas proviene de Venezuela. Se cuenta que una lavandera pobre de quien no se recuerda el nombre lavaba ropa en la laguna de Coquivacoa –hoy el lago Maracaibo–, cuando una tabla de buena madera llegó flotando a sus manos. La mujer la recogió para darle

---

39 BARING, A. y CASHFORD, J., *op. cit.*, p. 63 l.

algún uso, pero al examinarla de cerca se percató de que en la tablilla se esbozaba una silueta. La colgó en la pared de su casa. Unos días después, el martes 18 de noviembre de 1790, la tablilla emanó una luz brillante, mientras la imagen de la Virgen de Chiquinquirá apareció claramente dibujada en el madero.<sup>40</sup>

La otra aparición es muy similar, pero proviene de Brasil. Es la historia de Nuestra Señora Aparecida. Según la leyenda, en el año de 1717 los pescadores Domingos Garcia, Filipe Pedroso y João Alves echaron la red al río Paraíba y sacaron el cuerpo de una pequeña estatua. Era de arcilla cocida y representaba el cuerpo de una mujer de falda indígena, con las manos en oración y los pechos al descubierto. La segunda vez que lanzaron la red pescaron una cabeza de rasgos claramente negros. La tercera vez sacaron tantos peces que tuvieron que volver a la orilla.

Ambas historias nos conectan directamente con Yemayá, la Diosa Madre de la religión yoruba –que proviene de la costa oeste de África y que echó raíces, justamente, en Brasil y Venezuela, además de Cuba–. Yemayá, como Ishtar y Eurynome, es el Océano primigenio, la madre de los Orishas –los dioses o fuerzas naturales de los yoruba– y la patrona de las mujeres, especialmente de las embarazadas. Su nombre es una

---

40 La Virgen de Chiquinquirá es una advocación que se sigue tanto en Colombia como en Venezuela. Cuenta la leyenda que en el siglo XVI la chiquinquireña María Ramos rescató una tela con una pintura de la Virgen del Rosario del monasterio dominico del pueblo. La tela –de algodón indígena, como en Guadalupe– estaba muy deteriorada, pero María se dedicó a arreglar el lienzo tanto como pudo. Le devolvió un lugar privilegiado de la capilla y con seguridad le rezó con fervor; pues el 26 de diciembre de 1586, cuando María salía de la iglesia, un niño indígena y su madre le señalaron el lienzo, que brillaba. La tela estaba completamente restaurada, sin rasguños y como recién pintada.

contracción del apelativo *Yeye emo ja*, que en yoruba significa «Madre cuyos hijos son como los peces».<sup>41</sup>

## ***La Virgen y la noche***

La Señora es también la Dama de la Noche. El 17 de enero de 1871, en el clímax de la guerra franco-prusiana, Eugène y Joseph Barbadette, los dos hijos varones de César Barbadette, se encontraban ayudando a su padre en el establo de su casa. Era una noche totalmente estrellada en el pueblo de Pontmain, Francia, cuando Eugène, el hijo mayor, salió al aire libre y vio en el cielo a una hermosa mujer que le sonreía. Tenía un vestido largo, azul con estrellas doradas, un velo negro y una corona de luz (ver figura 10).

El padre y el hermano menor salieron también. El niño podía ver a la Señora, pero el hombre no. Salió la esposa de César, Victoire, que estaba en la casa, pero ella tampoco podía verla. Llamaron entonces a unas vecinas, la profesora de la escuela y dos niñas más. De nuevo, las niñas veían perfectamente a la Virgen, pero las mujeres adultas no. Pronto hubo una multitud arrodillada, rezándole a la Señora. A medida que recitaban el rosario, los adultos sólo podían ver un triángulo de estrellas más brillantes que las demás. Pero los niños, ante quienes la Señora se mostraba claramente, eran testigos de cómo las estrellas de Su vestido se multiplicaban hasta llenarlo todo de luz. Entonces los niños vieron un estandarte que se desenrolló y reveló el mensaje: *Oren, mis niños. Dios los escuchará a su momento. Mi hijo se deja tocar.*<sup>42</sup>

---

41 Tomado de: <http://es.wikipedia.org/wiki/Yemay%C3%A1>.

42 Cook, Robert, "Our Lady of Pontmain", *Immaculata E-magazine*, 2005, tomado de: <http://www.consecration.com/default.aspx?id=123>.

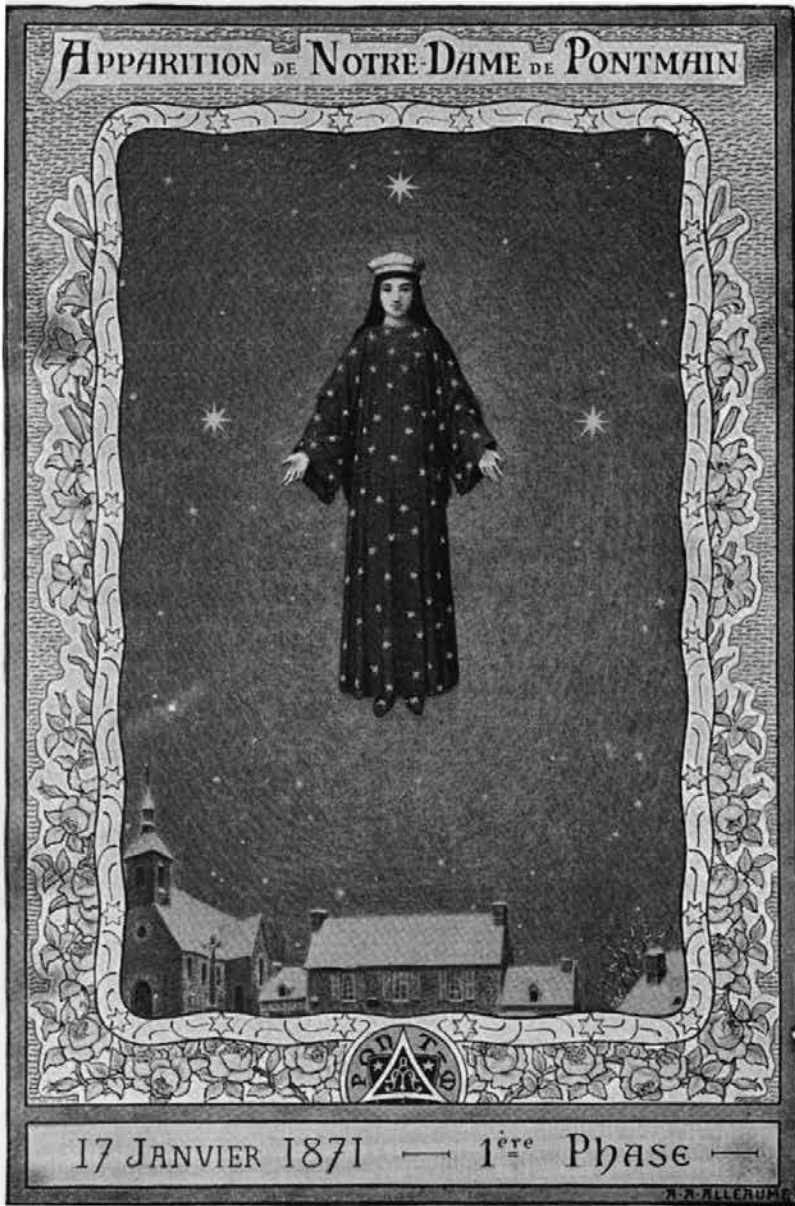


Figura 10. Nuestra Señora de Pontmain, en una postal de la época de su aparición.

Joseph, el hermano pequeño, se convirtió en sacerdote de la congregación de los Oblatos de María Inmaculada. Años después declaró:

Sus manos eran pequeñas y estaban extendidas hacia nosotros como en la Medalla milagrosa. Su rostro tenía la sonrisa más exquisita y delicada, de dulzura inefable. Sus ojos, de indecible ternura, estaban fijos en nosotros. Como una verdadera madre, parecía estar más feliz mirándonos que nosotros en contemplarla.<sup>43</sup>

No deja de llamar la atención la similitud de esta señora con la Diosa Nut de los egipcios, también llamada Nuit, que en francés significa noche. Los egipcios creían que Nut era nada menos que la Madre que parió a los dioses. Cada día paría al sol, que viajaba sobre su cuerpo para terminar en su boca. Y como madre de las criaturas, dejaba caer su leche en forma de lluvia. Como Señora del cielo, su cuerpo mismo era la bóveda celeste y su único vestido, las estrellas.



Hasta aquí hemos visto algunas de las apariciones históricas más importantes para la Iglesia católica, así como casi todas las aprobadas oficialmente por el Vaticano. Algunas han quedado por fuera o al margen, pues el propósito de este esbozo no es ser exhaustivo. Es, sí, el de bosquejar una trama de relaciones entre las diferentes apariciones. Hay, sin embargo, un buen número de apariciones que, aunque aprobadas por las iglesias locales, no son oficialmente válidas ante la Santa Sede. El Vaticano aún las mantiene en proceso de investigación, o bien han tenido lugar en el marco de la iglesia or-

---

43 Cook, *op. cit.*



*Figura 11. Nuestra Señora de Zeitun. El Cairo, Egipto, 1968.*

todoxa. Veremos algunas de estas apariciones extra-oficiales en las próximas páginas.

Está por ejemplo el caso de otra Virgen nocturna: Nuestra Señora de la Luz, que apareció ante los ojos de millones de personas en el distrito de Zeitun, en El Cairo (Egipto), en 1968 y por un lapso de tres años. En la temprana noche del 2 de abril Farouk Mohammed Atwa, un mecánico de buses que trabajaba frente a la iglesia de Santa María en el distrito de Zeitun, se sorprendió al ver a una mujer de blanco en el techo de la iglesia (figura 11). Farouk alcanzó a pensar que se trataba de una suicida y reportó el caso a la policía. Una pequeña multitud que también había visto a la mujer se agolpó frente a la iglesia y aunque la policía intentó dispersarla, no pudo hacerlo. Para la muchedumbre era claro que se trataba de Nuestra Señora. Exactamente una semana después el fenómeno se repitió. Duró apenas unos pocos minutos, pero para los devotos fue la confirmación de que se trataba de

una aparición. Desde entonces, la Virgen se apareció sobre el techo de la iglesia de Santa María de dos a tres veces por semana, hasta 1971.<sup>44</sup>

A no más de cuarenta metros del suelo, sobre el muro frontal de la iglesia o en el techo de la misma, se observa claramente la silueta luminosa de la Señora con una aureola en la cabeza. En ocasiones la aparición era precedida por una bandada de pájaros blancos y muy brillantes que sobrevolaban el techo del templo. Las personas declararon ver el rostro, el cuerpo y las manos de la Virgen, quien a su vez parecía mirar directamente a los ojos de cada uno de los asistentes.<sup>45</sup> Por supuesto –por sugestión o por genuino misterio– un gran número de curaciones y milagros fueron reportados durante los años que duró el fenómeno. El hecho –y quizás el verdadero milagro– es que miles de personas, musulmanes, católicos y ortodoxos por igual, se agolpaban en las calles cerca de la medianoche para ver la figura luminosa, y ante todo silenciosa, que por momentos movía las manos para bendecir a

---

44 Los más importantes sacerdotes de la iglesia copta ortodoxa de Alejandría vieron el fenómeno con sus propios ojos y lo investigaron a fondo. El entonces papa de Alejandría, Kyrillos VI, por consejo de sus ministros, aprobó las apariciones. El padre jesuita Henry Habib Ayroust también confirmó la aparición, al igual que el ministro evangélico protestante Ibrahim Said. Un grupo de monjas de la Sociedad del Sagrado Corazón envió incluso un informe al Vaticano sobre la veracidad de las apariciones. Hasta el presidente egipcio, Gamal Abdel Nasser, fue testigo de primera mano del fenómeno sobrenatural. Ningún equipo tecnológico capaz de proyectar semejante imagen fue encontrado en un radio de treinta kilómetros a la redonda, mientras que la multitud de fotografías tomadas desde distintos ángulos y en diferentes momentos llevan a pensar que no existió ningún tipo de manipulación óptica. De hecho, el gobierno de Nasser reconoció oficialmente las apariciones. Tomado de: [http://en.wikipedia.org/wiki/Our\\_Lady\\_of\\_Zeitoun](http://en.wikipedia.org/wiki/Our_Lady_of_Zeitoun).

45 Testimonio del sacerdote Marcos, tomado el documental *The Virgin Mary's Apparition in Zeitun-1968*, en: <http://www.youtube.com/watch?v=tVU8bhb-Qlnw>.

la multitud. Las imágenes de la aparición le dieron la vuelta al mundo en periódicos y noticieros –y existen decenas de videos de la época colgados en Youtube.

Si Nuestra señora de Pontmain brilla por la poesía de su aparición nocturna, la Virgen de Zeitun es quizá la más dramática de las mariofanías. Al contrario que la mayoría de las apariciones, en Zeitun la Señora se dejó ver de todos los presentes, pero en un rotundo silencio. Y si en las demás apariciones se cuidó muy bien de escoger a sus mensajeros y de dar claramente sus mensajes, en ésta el mensaje no es otro que su sola presencia luminosa en mitad de la noche. La Mensajera es el mensaje. Como en la visión profética de Juan, simplemente apareció, vestida de sol, como un signo en el cielo, una señal que todos pudieran ver.<sup>46</sup>

### ***La Virgen, el tiempo y la profecía***

Se cuenta que la Virgen visitó en un sueño al constructor de la iglesia de Santa María, Khalil Abraham, cuarenta años antes de las apariciones en Zeitun. Khalil Abraham estaba a punto de iniciar la construcción de un hotel, cuando la Virgen le dijo: *Construye una iglesia en mi nombre, y un milagro tendrá lugar en el futuro.* Khalil lo hizo y el milagro ocurrió.

---

46 También en Egipto está la Virgen de Assiut, que apareció ante varios miles de testigos durante 2000 y 2001. De ella también se encuentran una gran cantidad de fotos y pequeños videos en Internet. Sus apariciones empezaron un día en plena misa, cuando las imágenes de la Virgen y una paloma –pintadas en un cuadro al fondo del templo– empezaron a iluminarse. De la paloma emanó una gran cantidad de luz, que descendió sobre los presentes. Al mismo tiempo, personas que estaban fuera de la iglesia reportaron ver luces sobre el techo. En las demás apariciones, el fenómeno de Assiut fue exactamente igual al de Zeitun: la Señora aparecía sobre el techo de la iglesia, silenciosa, en una luz blanca y dorada y acompañada de «palomas» de luz, que podían vislumbrarse a millas de distancia.

Otra aparición profética, muy por fuera del círculo geográfico usual, ocurrió en Kibeho, Ruanda, en 1981, el mismo año en que empezaron las apariciones de Medjugorje. El contexto político y cultural era el de una creciente tensión entre las etnias Hutu y Tutsi, que más tarde protagonizarían uno de los más cruentos genocidios del siglo XX (en este punto se acerca también a Nuestra Señora de Medjugorje, que apareció en un clima de tensiones étnicas nacionalistas similares).

El 28 de noviembre de 1981, en una escuela secundaria para niñas, la Señora se apareció ante Alphonsine Mumureke, una adolescente que estudiaba allí, y un par de meses más tarde ante Anathalie Mukamazimpaka y Marie Claire Mukan-gango.<sup>47</sup> La Virgen –que desde luego era negra– se presentó con el nombre de *Nyina wa Jambo*, que traduce exactamente «Madre del mundo». El apelativo es bien diferente de los que usualmente usa la Señora, y se asemeja más a la visión que han tenido las tradiciones orientales de la Diosa. El *Tao Te Ching*, por ejemplo, la llama la *Madre de los diez mil seres*.<sup>48</sup> Para los shaktistas de la India –y para los hinduistas en general–, la energía creativa primordial es llamada Shakti y se representa usualmente en la forma de Kali, Madre del Cosmos. Kali, por otra parte, es «la Oscura, el tiempo que todo lo devora...»<sup>49</sup>. Su nombre proviene de *kala*, el tiempo, y por eso se

---

47 Cada una de ellas fue testigo de la aparición en diferentes lapsos: Anathalie la vio durante dos años, Marie Claire durante seis meses y Alphonsine durante ocho años, hasta el mismo 28 de noviembre de 1989. Esta característica asemeja, una vez más, las apariciones de Kibeho con las de Medjugorje, en donde los videntes han tenido una relación diaria con la Madre durante períodos diferentes.

48 LAO-TSE, *Tao Te Ching*, ed. Tecnos, Madrid, 1996, p. 21.

49 ZIMMER, Heinrich, *Die indische Weltmutter*, en NEUMANN, Erich, *La Gran Madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*, p. 155.

le ha llamado también «la negritud del tiempo», imagen que la acerca a la egipcia Nut, que no solo era la Madre del cielo nocturno, sino de la oscuridad que consume la tierra y las aguas, así como la diosa del renacimiento...

En las primeras apariciones de Kibeho, la Madre del mundo les dio a todas las jóvenes el mismo mensaje: rezar para prevenir una guerra. La Virgen era muy insistente al respecto. En agosto 18 de 1982 todas las videntes tuvieron, en el mismo instante, la misma visión: violencia, destrucción y cuerpos desmembrados. Tristemente la visión profética se cumplió, pues apenas algunos años después de la última aparición, más de un millón de pobladores de Ruanda fueron desmembrados con cuchillos y machetes. Kibeho fue escenario de dos de las más crueles masacres de la historia reciente de la humanidad. En una de ellas murió Marie Claire.



Y es que la figura de la Virgen, incluso antes de su nacimiento histórico, está signada por la profecía. Y la profecía, valga decir, no es otra cosa que la penetración de la mente humana en el tiempo mítico. Erróneamente hemos creído que el profeta es aquel que puede ver, literalmente, lo que va a pasar en el futuro, pues ignoramos que la profecía es mucho más honda que la simple videncia. El profeta no solo *ve* otra realidad u otro tiempo. El profeta –como el chamán o el poeta– es quien puede *entrar* en el mundo arquetípico, la dimensión en la que los mitos tienen lugar, que está por fuera del tiempo terrenal. Así, el profeta *conecta* los temas arquetípicos que –como veremos en el siguiente capítulo– perviven en el fondo del inconsciente colectivo humano, con la conciencia temporal del ego humano. Puede ver muy lejos en el tiempo porque los

procesos míticos que atañen a la especie obedecen a otras leyes temporales. Y puede anunciar, en un lenguaje simbólico, hacia dónde se dirige la humanidad en tanto actualiza o realiza el mito. Su función no es, pues, predecir, sino más bien mostrar el mito que está operando a nivel de la especie, para que podamos entrar en una relación consciente con él.

Entre los profetas, la Virgen, cómo no, tiene un estatus especial. Pues no solo profetiza, al ser la Señora del tiempo y de los ciclos, sino que Ella misma *es* la profecía. No sólo anuncia –como en Lourdes, Fátima, La Salette, Kibeho o Medjugorje–, sino que actualiza su propio mito –como en Tenerife, Guadalupe o Zeitun–. Ella es la profetiza y la profecía, la mensajera y el mensaje.

## **Madre de Dios**

¿Qué pueden significar las mariofanías como un todo?, ¿cómo interpretar esta espesa trama de relatos y relaciones simbólicas? Para responder estas preguntas debemos acudir, en primer lugar, al dogma católico, pues es el marco religioso o mitológico en el que se han desarrollado las apariciones. Vale la pena aquí aclarar que el dogma, como nos dice Jung, no es inamovible. Necesita de tiempo para comprenderse pues él mismo es el fermento de siglos de contacto con estratos profundos del inconsciente colectivo. Sin embargo, está claro que no podemos limitarnos al dogma, pues como hemos visto, el modo en que aparece la Virgen guarda estrechas relaciones con la mitología pagana de la Diosa Madre anterior al cristianismo.

El primer dogma mariano fue promulgado en el Concilio de Éfeso, en el año 431. En su última línea concluía que María es Madre de Dios. Una extraña y bella paradoja, pues ¿cómo

puede existir una «Madre» de Dios, si Dios es el Creador de todo? El asunto central del Concilio, no obstante, no era la naturaleza de la Virgen, sino la de Cristo, sobre la cual se mantenía una disputa metafísica. Nestorio de Constantinopla afirmaba que María solo podía ser la madre de Cristo, en su naturaleza humana. Cristo, en ese orden de ideas, era un ser doble, pues su naturaleza humana y su naturaleza divina eran dos substancias independientes. Interactuaban a la manera en que una persona –el Cristo espíritu, digamos– se pone un vestido –el Jesús hombre– o en la que una Persona divina entra en un templo: el cuerpo humano. Cirilo de Alejandría, por su parte, sostenía que Cristo tenía, en una sola persona, las dos naturalezas. El problema fue debatido arduamente durante años y llegó hasta el emperador, quien decidió citar al Concilio en la ciudad de Éfeso. Todas las partes enviaron a sus legados: Nestorio, Cirilo y el Papa. Al final Nestorio, el dualista, fue no solo calificado de erróneo sino acusado de hereje.

En consecuencia, según el mito católico, el Verbo –es decir el Cristo espíritu–, se habría hecho hombre «de manera inefable e incomprensible»<sup>50</sup>. Sus dos naturalezas se unieron en un solo ser, en un misterio similar al de la Trinidad. Cristo fue a la vez totalmente hombre y totalmente Dios. Por lo tanto María debía ser la «Madre de Dios», en cuanto progenitora de Jesús, el Dios-hombre. La Virgen, en este orden de ideas, ostenta una dignidad superior a toda criatura terrestre, o incluso angélica. Con los siglos –y sobre todo con las apariciones– su popularidad creció tanto que en 1854 el papa Pío IX proclamó la bula papal *Ineffabilis Deus*. En ella se anunció, como un segundo dogma sobre la Virgen, que había sido

---

50 Tomado de Wikipedia: [es.wikipedia.org/wiki/Concilio\\_de\\_%C3%89feso](https://es.wikipedia.org/wiki/Concilio_de_%C3%89feso).

concebida sin mancha –al igual que Cristo–. De ahí el nombre de Inmaculada Concepción.

La proclamación de esta bula papal, como vimos, coincidió con las apariciones de Lourdes, de París –o de la Medalla milagrosa– y de Beauring, en las que la Virgen se presentó a sí misma como la Inmaculada. Su cuerpo, como el de Cristo, habría sido misteriosamente concebido sin pecado, y debía tener cualidades sobre-humanas a fin de parir al Hijo de Dios. Sin embargo, como en toda afirmación mitológica, no debemos interpretar esto de una manera literal, sino simbólica. Lo que el dogma estaba significando es que el origen de la Virgen tenía que ser divino, como el del propio Cristo. María es la Inmaculada porque es la Pura, tan pura que limpia toda mancha y cura toda enfermedad. Tiene la propiedad acuática de sustentar la vida y de purificarla, de alimentarla y de conducirla a nuevos estados de conciencia.

Pero la Iglesia aún habría de pronunciar otro dogma sobre la Virgen, el de su Asunción a los cielos. Éste nuevo dogma se debió no tanto a la voluntad de los teólogos como a la impresionante presión popular. En efecto, no habían pasado cien años desde la proclamación de la Inmaculada Concepción, cuando el papa Pío XII recibió una petición oficial firmada por 8 millones de personas. Desde luego, las apariciones de Lourdes y Fátima habían despertado un furor devoto como pocas veces en la historia cristiana. Cuando Pío XII proclamó, el 1º de noviembre de 1950, que la Virgen había sido «llevada en cuerpo y alma a la gloria de los cielos» –tal como Jesús–, en la plaza de San Pedro los aplausos se tornaron ensordecedores. Sólo cuatro años más tarde la Iglesia la reconoció como «Reina del Cielo». Este tremendo misterio, según Juan Pablo II –un mariano consagrado–, forma parte del Plan Divino para la Tierra:

De manera análoga con lo que había sucedido en el origen del género humano y de la historia de la salvación, en el proyecto de Dios el ideal escatológico debía revelarse no en un individuo, sino en una pareja. Por eso, en la gloria celeste, junto a Cristo resucitado hay una mujer resucitada, María: el nuevo Adán y la nueva Eva<sup>51</sup>

¿Qué significa realmente que la Virgen María sea la Madre de Dios, concebida de manera inmaculada y asumida en el Cielo, al lado de su Hijo, por sobre toda criatura terrestre o angélica? Según Jung, se trata de una intuición mitológica muy profunda de nuestros tiempos. Significa, en primer lugar, que la imagen misma de la Divinidad está sufriendo una tremenda mutación en la psique cristiana y occidental: está encarnando un nuevo equilibrio de los contrarios –en este caso femenino y masculino, Jesús y María–, está apareciendo una nueva y más amplia completud en la imagen de la Divinidad.

Es verdad que la Iglesia –aún demasiado patriarcal– se ha cuidado de que el público vea a la Virgen como una Diosa –lo que, por otra parte, es lícito en el caso de Jesús–. María, según la doctrina, no ha de tener el mismo estatus de Cristo, quien ostenta la potestad sobre las almas y es el mediador entre Dios y los hombres. Pero si prestamos atención a las funciones que le han sido encargadas a María, resulta fácil darse cuenta de que son prácticamente las mismas que las de Jesús. Ella es la mediadora, la intercesora y también la Pastora. Como Cristo, conduce las almas –o las ovejas– y las salva ante el Señor. Ella tiene potestad en el cielo y en la tierra –en el cuerpo y en la mente, o en los elementos y la psique–: por eso deja señales celestes y promete símbolos terrenos. Ella, con Cristo,

---

51 Audiencia General del papa Juan Pablo II (9 de julio de 1997). Tomado de Catholic.net: [es.catholic.net/mariologiatodoacercademaria/570/1423/articulo.php?id=4482](http://es.catholic.net/mariologiatodoacercademaria/570/1423/articulo.php?id=4482).

es Quien está a cargo del proceso por el que Dios se encarna progresivamente en la conciencia humana –o, dicho de otro modo, el proceso por el que alcanzamos un nuevo estado de completud psicológica–, un proceso que comenzó hace ya más de dos mil años. Como dice Jung:

Su posición basta para satisfacer las necesidades del arquetipo. El nuevo dogma significa la esperanza renovada de que se cumpla la nostalgia, que mueve lo más profundo del alma, de una paz y de un equilibrio de los contrarios, que se encuentran en una tensión peligrosa. Todos participamos de esta tensión y todos la vivimos en la forma individual de la inquietud propia, y esto tanto más cuanto menos se ve la posibilidad de acabar con ella por medios racionales. Por ello no es de extrañar que, en la profundidad del inconsciente colectivo y al mismo tiempo en las masas, surja la esperanza, más aún, la espera de una intervención divina.<sup>52</sup>

El mismo Jung había observado que la Virgen ejercía una poderosa influencia en la imaginación popular occidental, y que «corría por las masas», desde hacía siglos, el anhelo de una intercesora y mediadora<sup>53</sup>. La Virgen responde a esa fuerte petición popular de equilibrar los contrarios con una imagen femenina de la Divinidad. Desde luego, la relación con el principio femenino se remonta a la noche de los tiempos, como veremos. Aparece ya en el Antiguo Testamento como la *Sapientia Dei*, la Sabiduría de Dios, que se encontraba a Su lado desde antes de la Creación:

Cuando establecía los fundamentos de la tierra  
Con Él estaba yo ordenándolo todo;  
Y fui su consorte y su delicia todos los días...<sup>54</sup>

---

52 JUNG, Carl G., *Respuesta a Job*, FCE, México, 1998, p. 126.

53 *Ibíd.* p., 122.

54 *Proverbios* VIII, 29-30



Según la doctrina oficial católica, las revelaciones públicas de Dios a la humanidad concluyeron con la muerte del último apóstol. Todas las apariciones marianas, por ende, son definidas como revelaciones privadas. Sin embargo, no deja de ser curioso –además de evidente– que la Virgen misma quiera transmitir su mensaje a miles de personas y que incluso, como en Fátima, Medjugorje o Zeitun, haya expuesto señales claras en el cielo para que todos las vieran. Las apariciones –unas más que otras– son claramente públicas. Y el fenómeno de las mariofanías, como un todo, es sin duda un acontecimiento mítico de alcance global.

Que la Iglesia aún las defina como revelaciones privadas demuestra o bien la miopía, o bien la excesiva cautela de una institución de dimensiones colosales. O quizás, en el fondo, se trate de una actitud propia de la Sabiduría, una actitud ciertamente maternal, *al permitir que el árbol que nace de su propio seno se desarrolle según sus leyes propias*.<sup>55</sup> Al fin y al cabo, estamos hablando de procesos muy profundos que toman varias generaciones en ser comprendidos e integrados. Es verdad que los mensajes de la Virgen se ciñen siempre, rigurosamente, a las escrituras. Sin embargo, salta a la vista del observador desprejuiciado que su sola presencia es un mensaje claro y fuerte: existe una mujer –que no es de este mundo– que aparece como si fuese una Diosa, o una Reina de los Cielos, que se viste de sol y de estrellas, que hace nacer aguas curativas de la tierra, que se funde con los elementos, con los árboles y con las flores, que hace girar al sol, que escribe palabras y

---

55 *Ibíd.*, p. 126.

dibuja siluetas en el cielo, que cambia profundamente los corazones de los hombres.

Si nos tomamos en serio las afirmaciones dogmáticas de la Iglesia, y tomarlas en serio no significa verlas de una manera literal, sino –todo lo contrario– como profundas metáforas o mitos del inconsciente colectivo, entonces la Madre y Virgen, la Pura y la Sabia, habría ascendido al Cielo, de cuya corte ya formaba parte desde antes de la creación. Y ahora desciende de nuevo a la Tierra, como Madre de las Almas y Señora de los elementos, de las bestias y las plantas, como el agua de la Vida, como la progenitora y la amante de un nuevo hombre, una nueva encarnación de la Divinidad en la consciencia humana.

## **El mito de la hierogamia y el nacimiento del Niño Divino**

Para Jung, el fenómeno mariofánico nos está revelando, desde el fondo de nuestra psique, un tema mítico muy antiguo, la *hierogamia*, esto es, el matrimonio sagrado que tiene lugar en el Cielo, en el tiempo mítico de los dioses. Muchas hierogamias mitológicas son claramente incestuosas. Es el caso de Isis y Osiris (ver figura 12), de Cibele y Atis o de Bachué y su hijo. Lejos de ser algo moralmente condenable, este incesto sagrado y arquetípico, que tiene lugar en el Cielo, es la condición para el nacimiento de un nuevo mundo, que se encarna como el «hijo del sol y la luna» en la figura del Niño Divino.

La unión celestial de María y Jesús (ver figura 13), el nuevo Adán y la nueva Eva –como dice Juan Pablo II–, implica, entonces, que *nacerá el Niño Divino en el hombre*. Esta interpretación, desde luego, puede ser calificada como herética, pero se sustenta en fuentes mitológicas mucho más antiguas que la moral católica. Desde una perspectiva jungiana, este na-



Figura 12. Isis, Osiris y su hijo Horus. Estatuillas de la vigésimo segunda dinastía (entre 874 y 850 a.C.) Foto, Guillaume Blanchard. Creative Commons.

cimiento del Niño Divino es equiparable al *proceso de individuación* o surgimiento del *Self*: la personalidad completa, el hombre psíquicamente total y pleno, que encarna el equilibrio de contrarios y una consciencia con una perspectiva más integrada de la existencia. Como dicen las jungianas Anne Baring y Jules Cashford en su obra *El mito de la diosa*:

Una «nueva» encarnación del mito de la diosa y su hijo-amante parece manifestar cuando está preparada la consciencia humana para profundizar en su entendimiento, buscando una nueva revelación del significado de la vida. Es como si el carácter numinoso [o sagrado] de las imágenes diera a luz a un nuevo momento de consciencia; esto ayuda a provocar una transformación de la imagen de la deidad en una cultura determinada, en una época determinada.

La nueva revelación, que ayuda a que evolucionen los valores de la humanidad, emerge de las profundidades del alma humana, cuya imagen más antigua de sí misma es la de la diosa. El alma del mundo [...] se renueva incesantemente en la humanidad...

La Madre Virgen vendría a ser, en este drama mito-psicológico, la Anunciadora del nuevo orden. Como la estrella de la mañana, nos señala el amanecer de una existencia más plena e integrada a la totalidad, el despertar de un campo superior de conciencia, de nuevas capacidades psico-físicas, de nuevos universos y posibilidades para la especie.

Quedan pues, muchas preguntas: ¿De qué están hechos los dioses y, más concretamente, la Diosa? ¿En qué consiste el viaje iniciático hacia un estado de conciencia más integrado? ¿Qué dicen de la Diosa las profundas imágenes de las antiguas mitologías? ¿Cuál ha sido nuestra relación con la Gran Madre en tiempos remotos y qué pistas podemos sacar de esta relación?



Figura 13. La coronación de la Virgen. Gentile da Fabriano (h. 1420).

Capítulo II

# Arquetipos, las máscaras sagradas

*«No descubrirías los límites del alma  
aunque recorrieses todos los caminos;  
tal es la profundidad de su significado».*

HERÁCLITO

*«El misterio no es lo que percibimos,  
sino aquello que nos hace percibir».*

DON JUAN MATUS



Imaginemos un vasto cielo estrellado. Imaginemos que intentamos ver una constelación, digamos, Orión. Desde un cierto punto de vista, sólo estamos mirando estrellas: puntos brillantes sobre un fondo oscuro. Pero de repente podemos *ver* la figura: aparece la constelación, un hombre sostiene un arco y su flecha –algunos los ven con una espada y un escudo–. Nuestra mente une los puntos y traza un dibujo. Imaginamos, pues, una forma, un patrón. Los puntos adquieren un orden y un sentido. Es verdad que nunca *vemos* directamente una figura literal, pero intuimos –o imaginamos– que está «ahí». No podemos señalar directamente una constelación, y sin embargo, cuando la *vemos*, ella organiza los puntos sobre el espacio silencioso y misterioso. Les da sentido y significado. Y el espacio silencioso permanece al fondo, nutriendo de sustancia a la imagen, y a la vez abrazándola y trascendiéndola.

No es fácil hablar de los arquetipos. La imagen de la constelación es quizá la más cercana a lo que Jung quería transmitir. Y es que no podemos señalarlos y decir «¡ahí están!», pues no son cosas u objetos sólidos y delimitados. Se parecen más a *fuerzas* vivientes, a *entidades* autónomas con su propia

perspectiva de la realidad. Son *estados de conciencia* antes que imágenes concretas. Son *redes de experiencias y significados* antes que figuras literales. Sólo podemos aproximarnos a ellos de una manera imaginativa o metafórica. Por eso todas las culturas antiguas los han visto en forma de dioses o potencias supra-humanas.

Cuando se habla de arquetipos, se tiende siempre a usar imágenes, pues parece imposible describirlos literalmente. Ésta tendencia imaginativa –propia de los arquetipos mismos– es quizá la causante de tantas confusiones para comprenderlos cabalmente. Jung insiste en que, en esencia, son indefinibles e indescriptibles. La mente literal, que ve el mundo en térmi-

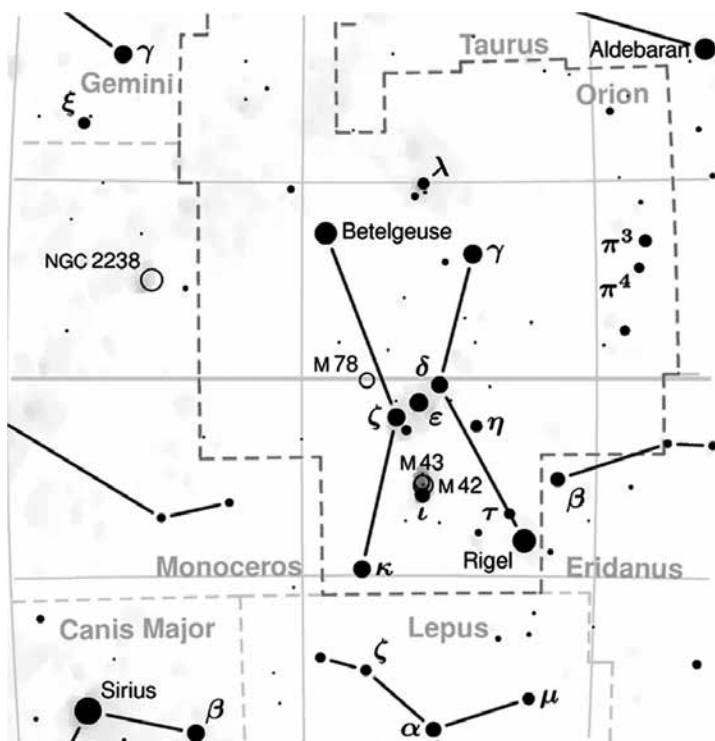


Figura 1. Mapa de la constelación de Orión. Torsten Bronger, 2003 . Wikimedia Commons.

nos de objetos sólidos y definiciones precisas, es incapaz de captarlos, aunque no puede escapar a su influjo. Esta mente puede teorizar sobre ellos, o creer que los invoca y los usa para sus propios fines, o incluso puede caer en la ilusión de desterrarlos de su dominio afirmando que son sólo proyecciones o espejismos. Lo que no capta la mente literal –pero sí la mente ancestral– es que los arquetipos son ante todo metáforas, las metáforas primordiales de la psique. Y la principal facultad de la psique, como afirma el jungiano James Hillman, es imaginar o metaforizar.

Quizá la manera más útil de comprenderlos –o imaginarlos– sea, en palabras de Hillman, como los «esquemas más profundos del funcionamiento psíquico: las raíces del alma que condicionan nuestra visión de nosotros mismos y del mundo»<sup>56</sup>. Son las imágenes primordiales en las que se mueve la psique, las «fantasías dominantes que gobiernan la conciencia»<sup>57</sup>. El alma, en este sentido, no puede salirse de los arquetipos, pues son ellos los que le proporcionan sus formas de ver y sus formas de ser. Ellos son los *modos* más profundos y poderosos de conciencia, los *campos* en los que vive y se mueve la psique. El alma continuamente imagina, y lo hace según los temas, los esquemas, las figuras y los paradigmas arquetípicos en los que ella misma habita.



Arquetipo es un nombre audaz para lo que algunos etnólogos y antropólogos sabían ya antes de Jung: que existe un conjunto de imágenes míticas comunes a todas las culturas,

---

56 HILLMAN, James, *Re-imaginar la psicología*, Ediciones Siruela, España, 1999, p. 44.

57 *Ibíd.*

unos *símbolos primordiales* que se ligan a *significados universales*<sup>58</sup>. Orión, por ejemplo, es un personaje de la mitología griega: el gigante guerrero o cazador, nacido de Zeus, Hermes y Poseidón quien, según una antigua versión del mito, prometió aniquilar a todo animal sobre la tierra. Al enterarse de su propósito, Gea –o Gaia–, la Tierra Madre, se enfadó y engendró un escorpión que lo mató. En la mitología egipcia la misma constelación corresponde al dios Sah, que era visto sobre un bote y rodeado de estrellas, aunque también se lo asociaba con Osiris, el legendario rey y padre de Egipto, quien enseñó a los hombres la civilización, las leyes y la agricultura. Algunos intérpretes de la Biblia argumentan que esa misma constelación era vista por los antiguos hebreos como Nimrod, el rey antiguo encadenado por Dios por su obstinación en construir la Torre de Babel.<sup>59</sup> Es evidente que tras todas estas diferentes interpretaciones culturales, trasluce en el fondo el *tema* del gran hombre, el guerrero o el rey, el *Héroe* mítico que emprende tareas descomunales, a veces incluso en contra de la voluntad de los dioses –o de la Diosa.

---

58 Jung cita constantemente al antropólogo Lévy-Bruhl y su concepto de *representaciones colectivas*, al referirse a las figuras simbólicas de los pueblos primigenios. Y el etnólogo alemán Adolf Bastian postulaba ya en el s. XIX la noción de *Elementargedanken* o «ideas elementales» para designar a los temas universales y recurrentes en las mitologías primitivas. Bastian diferenciaba esas ideas elementales de las *Völkergedanken* o «ideas étnicas o folclóricas». Las ideas folclóricas son las imágenes concretas en las que se representa, en contextos culturales específicos, a las ideas elementales, que son temas y motivos universales.

59 Se alude a Giovanni Schiaparelli, astrónomo italiano y erudito en astronomía antigua, y su libro *Astronomy in the Old Testament*, Clarendon Press, Oxford: 1905, p. 60. Citado en el *paper* de Roarie Starbuck: «Pleiades and Orion: two ancient Hebrew words», en [http://creation.com/images/pdfs/tj/j20\\_2/j20\\_2\\_100-103.pdf](http://creation.com/images/pdfs/tj/j20_2/j20_2_100-103.pdf).

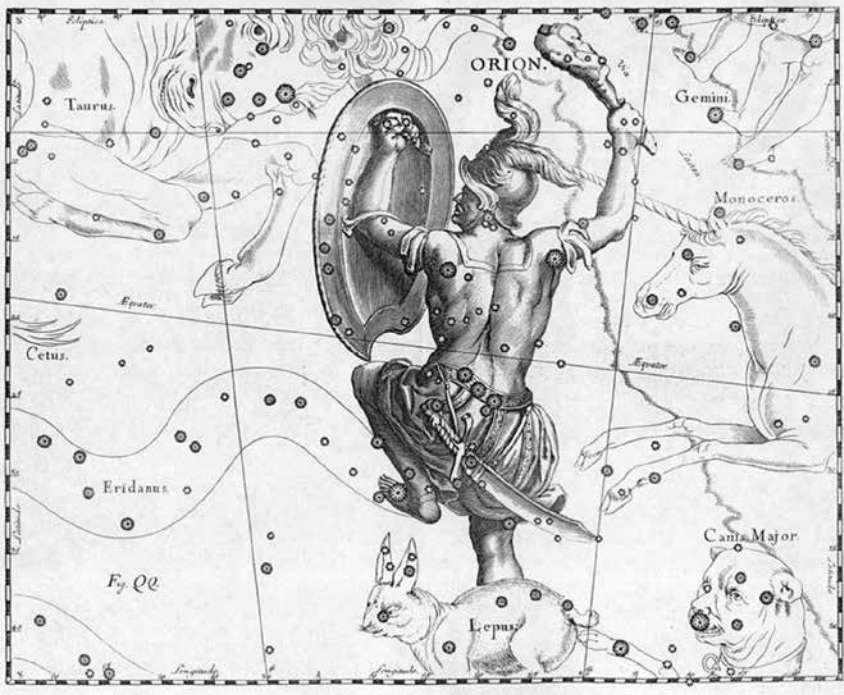


Figura 2. Constelación de Orión dibujada por el astrónomo Johannes Hevelius (1611-1687).

El provocador hallazgo de Jung —a la vez simple y extraordinario— es que esos símbolos no están enterrados en las creencias arcaicas de las culturas primitivas, sino que se encuentran vivos y operantes en el inconsciente humano. De manera que la mitología es psicología, pues los mitos están vivos en las hondas entrañas de la psique —y son capaces de manifestarse espontáneamente en cualquier tiempo, individuo o lugar—. Y la psicología es mitología, pues es una forma de re-actualizar —o re-imaginar— y traer a la consciencia la mitología primordial de la psique.

Jung observó durante décadas que los símbolos y temas que afloraban en los sueños y las fantasías de sus pacientes —especialmente cuando éstos se encontraban en procesos psico-

lógicos profundos e importantes— tenían una impresionante semejanza con las imágenes de la mitología, el arte sagrado y las religiones. Cuanto más disociada estaba la conciencia —es decir, cuanto más cercana a estados psicóticos— tanto más se asemejaban estas «fantasías» a temas míticos antiguos. Esta «coincidencia» resultaba aún más asombrosa porque los pacientes no tenían —ni podían tener— conocimiento previo de las mitologías que emergían de su inconsciente.

Un clásico ejemplo lo ofrece el mismo Jung, al contar que cierto día vio en el sanatorio a un enfermo que miraba pestañeando por la ventana, hacia el sol, mientras movía su cabeza hacia los lados en un extraño gesto...

Acto seguido me cogió del brazo, diciéndome que quería enseñarme una cosa. Según él, yo tenía que mirar, directamente al sol pestañeando, y podría entonces ver el pene del sol. También me aseguró que si movía la cabeza hacia los lados, el pene del sol se movería conmigo, y éste, según me dijo, era el origen del viento. Esta observación la hice por 1906. Cuatro años más tarde, estando yo ocupado por entonces con estudios mitológicos, vino a parar a mis manos un libro de Dietreich, la refundición de una parte de lo que se conocía como el Papiro Mágico de París. El fragmento que Dieterich se había ocupado de trabajar lo tenía él por una liturgia del culto de Mitra. Consistía en una serie de prescripciones, invocaciones y visiones. Una de estas visiones era descrita literalmente como sigue: «De modo similar, resultará también visible el que se conoce como tubo, origen del viento servicial. Pues verás pensar del sol una especie de tubo...» La visión de mi paciente del año 1906 y el texto griego, editado no antes de 1910, estarían sin duda lo suficientemente separados entre sí como para que pueda descartarse aún la sospecha de una criptomnesia por parte de mi paciente y de una transferencia de ideas por la mía. El evidente paralelismo de ambas visiones es innegable, pero siempre resultaría posible afirmar que se trata pura y simplemente de una casualidad. En ese caso, pues, no deberíamos esperar ni relaciones con análogas representaciones ni un sentido interno de la visión. Sin

embargo, esta expectativa no se ve cumplida, pues el arte medieval ha llegado incluso a representar en algunas pinturas ese tubo como una especie de manguera, que en la *conceptio immaculata* desciende del cielo hasta deslizarse bajo la falda de María. En él baja volando el Espíritu Santo en forma de paloma para fecundar a la Virgen. El Espíritu Santo fue originalmente concebido, como sabemos por el misterio de Pentecostés, como un fuerte viento, el *Pneuma*: «el viento sopla donde quiere»... del Espíritu se considera que desciende a través del círculo del sol. Esta idea constituye un bien común de toda la filosofía helenística y medieval.<sup>60</sup>

## Lo numinoso

Jung se percató muy pronto de un rasgo esencial de los arquetipos: cuando entramos en relación cercana con ellos, nos poseen mental y emocionalmente. Las experiencias arquetípicas pueden ser místicas, contemplativas y extáticas, o bien obsesivas, neuróticas y disociadas. Los arquetipos deslumbran nuestra conciencia y subyugan nuestro *modo de estar*, de manera que su influencia nos impide ver –por lo general– nuestra propia actitud. Como las lentes, permanecen invisibles a nuestros propios ojos mientras nos muestran el mundo con un determinado color. Ellos crean, o *son*, un *campo psíquico* que impregna todo cuanto experimentamos. Como dice Hillman:

Al crear un universo que tiende a dominar todo lo que hacemos, vemos y decimos en el ámbito de su cosmos, un arquetipo es más comparable con un dios. Y los dioses, dicen a veces las religiones,

---

60 NEUMANN, Erich, *La gran madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*, Trotta, Madrid, 2009, p. 29.

son menos accesibles a los sentidos y al intelecto que a la visión imaginativa y a la emoción del alma.<sup>61</sup>

Los arquetipos, nos recuerda Jung, son ante todo experiencias *numinosas*. Jung usa la expresión *numinoso* en el sentido en que el teólogo alemán Rudolf Otto la reapropió del latín. Originalmente, la palabra latina *numen* significaba dios, y solía acompañar al nombre de una deidad específica: el *Númen* de Júpiter o el *Númen* Júpiter, por ejemplo. Lo característico de lo numinoso es que fascina, remueve y «atrapa» la mente. Siempre que se experimenta lo numinoso se «siente» un especial sobrecogimiento, un asombro supremo, un estado de maravilla, un temblor o estremecimiento del alma, o en ocasiones un temor reverencial: es el *mysterium tremendum y fascinans*, como lo llama Otto. Al mismo tiempo, suele sentirse una intimidad profunda, más allá de la intimidad de las relaciones humanas, un profundo estado de reconocimiento y de empatía que trasciende al «yo». Lo numinoso es lo profundamente misterioso, poderoso, todo-abarcador y, por ende, sagrado. Es una experiencia no-racional –lo que no quiere decir irracional<sup>62</sup>– y no-sensorial: una intuición o una certeza más allá de las pruebas de los sentidos o de la razón.

---

61 HILLMAN, J. *op. cit.*, pág. 45.

62 Frecuentemente se asocia lo irracional con lo instintivo o lo animal, pero este no es el caso de lo que Otto y Jung entienden por «numinoso», que se relaciona con la experiencia mística o contemplativa. Si bien es verdad que lo animal, tal como lo vegetal y lo mineral, hacen parte del inconsciente colectivo, no debe confundirse lo irracional con lo meramente instintivo. Más adelante en este capítulo aparece una cita de Jung en la que compara lo arquetípico con las frecuencias ultravioletas del espectro cromático, y lo instintivo con las infrarrojas. Ambas experiencias estarían así «por fuera» de lo racional, que vendría a ser nuestra gama de percepción cromática. Sin embargo no son lo mismo. Lo místico-numinoso es esa experiencia contemplativa más fina y luminosa que la razón, es decir, que vibra a una

Un sinónimo de númeron es *manas*, como lo llaman en las culturas polinesias y melanesias:

El *manas* no es simplemente una fuerza, un ser, es una acción, una cualidad y un estado. En otros términos, la palabra es a la vez un sustantivo, un adjetivo, un verbo.<sup>63</sup>

Los arquetipos, pues, están cargados de *manas* o de *numen*, de poder o de espíritu. Son a la vez *entidades* sobrenaturales, *acciones* tremendamente dinámicas y *cualidades* poderosas. El *numen* es su substancia, tal como el infinito y misterioso espacio oscuro es la substancia última de la constelación. De ahí que Joseph Campbell los haya llamado *las máscaras de Dios*. Como lo dice Jung:

Tengo que destacar un aspecto de los arquetipos que salta inmediatamente a la vista para todo el que se dedica a la práctica en esta materia. La aparición de los arquetipos tiene un declarado carácter numinoso que, si no se quiere llamar «mágico», hay que llamar *espiritual*... Es cierto que su efecto no es unívoco. Puede curar o destruir, pero nunca es indiferente... Provoca visiones filosóficas y religiosas en personas que se creen muy lejos de esos accesos de debilidad. A menudo empuja con inaudito ímpetu e implacable consecuencia hacia su meta y pone al sujeto bajo su hechizo, del cual este muchas veces no puede liberarse pese a una desesperada

---

frecuencia más alta que la consciencia racional. El instinto animal, por el contrario, vibra más lento que la vigilia racional. En este sentido la experiencia numinosa sería una experiencia metaracional (más allá de la razón) o de hiperconsciencia, mientras lo instintivo o irracional sería un estado de preconsciencia (antes o por debajo de la consciencia racional).

63 Hubert y Maus, 1902 y 1903, en *Diccionario Akal de Etnología y Antropología*: [http://books.google.com.co/books?id=4lWhwlhW6u8C&pg=PA455&lp-g=PA455&dq=mana+polinesia&source=bl&ots=8q4X3ZzOWF&sig=zaFB7ugck2fdqwcHzuXUrxr2J-Q&hl=es&sa=X&ei=SS79Uq\\_cA4ajkQfaiYA-g&ved=0CC8Q6AEwAQ#v=onepage&q=mana%20polinesia&f=false](http://books.google.com.co/books?id=4lWhwlhW6u8C&pg=PA455&lp-g=PA455&dq=mana+polinesia&source=bl&ots=8q4X3ZzOWF&sig=zaFB7ugck2fdqwcHzuXUrxr2J-Q&hl=es&sa=X&ei=SS79Uq_cA4ajkQfaiYA-g&ved=0CC8Q6AEwAQ#v=onepage&q=mana%20polinesia&f=false).

resistencia; hasta que al final ya no quiere liberarse... El arquetipo representa el elemento propio del espíritu... El contenido esencial de todas las mitologías, de todas las religiones y de todos los ismos es de naturaleza arquetípica.<sup>64</sup>

## El cristal

Existen multitud de metáforas para intentar definir a los arquetipos: modelos de conducta –como el loco, la madre, el maestro o el héroe–; ideas básicas –como materia, energía, vida, Cosmos–; paradigmas de pensamiento –el materialismo, el animismo, la evolución, la teoría de sistemas–; figuras míticas o prototipos históricos –el rey, el rebelde, el mártir, el sabio–<sup>65</sup>. Jung habla de aproximadamente una docena de *figuras arquetípicas* –aunque anuncia que su número bien puede ser infinito–: la gran madre, el niño divino, el animal que ayuda, el embaucador, el médico o chamán, el viejo sabio, la doncella, etc. Y alcanza a estudiar algunos *eventos arquetípicos*: el nacimiento, la muerte, la separación, la iniciación, el matrimonio, la unión de los opuestos. También habla con mucha frecuencia de *motivos arquetípicos*, como el apocalipsis, la inundación, la elevación o la creación. Pero se detiene sobre todo en tres: la sombra, el *anima-animus* y el *Self* –o Sí mismo–, pues son éstos los que ineludiblemente encontraremos en nuestro desarrollo psicológico o camino iniciático individual.

Aunque todas estas figuras y conceptos son válidos y nos acercan a los arquetipos, hemos de recordar continuamente que no son los arquetipos en sí mismos. Los *archai* son reco-

---

64 JUNG, C., *op. cit.* p., 150.

65 HILLMAN, J., *op. cit.*, p. 44.

nocibles, pero «indescriptibles debido a su riqueza en relaciones»<sup>66</sup>. Ni la Virgen María, Kali, Avalokiteshvara o el Océano primigenio –como veremos en el siguiente capítulo– *son* ellas mismas el arquetipo de la *Diosa*. Todas ellas no son más que sus máscaras, las imágenes o los «ropajes» simbólicos con los que la *Diosa* se presenta. Sin embargo es *a través* de dichas imágenes que podemos *intuir* a la Diosa y relacionarnos con Ella. Como dice Jung:

Las representaciones arquetípicas que nos transmite lo inconsciente no deben confundirse con el *arquetipo en sí*. Son imágenes que varían de muchos modos remitiendo a una forma primordial... El arquetipo en sí [pertenece], podríamos decir, a la parte invisible, ultravioleta del espectro psíquico.<sup>67</sup>

De manera que no podemos *ver* a los arquetipos literal y directamente –tal y como no podemos *ver* a la constelación literal y directamente–. Podemos, sí, imaginarlos, es decir que nuestra psique puede formar imágenes arquetípicas, y de hecho lo hace con bastante frecuencia. Pero mientras el inconsciente elabora innumerables formas a partir de un mismo tema mítico o arquetípico, el arquetipo *en sí mismo* permanece inaccesible en el fondo nebuloso del inconsciente.

Jung usaba, entre otras metáforas, la imagen del cristal. El cristal es un sistema de ejes que le da su forma cristalina a una materia madre, muchas veces líquida. Pero ese sistema de ejes, esa estructura –el mapa o el molde de la forma cristalina–, permanece invisible y no tiene una existencia material, y sin embargo está «ahí». De un modo similar, todas nuestras ideas, conceptos o imágenes son simplemente metáforas

---

66 JUNG, C. *op. cit.*, p. 44.

67 JUNG. *op. cit.*, p. 158

para hablar de algo que trasciende y cobija a las metáforas, conceptos e imágenes mismas. Es como si el arquetipo estuviese *detrás*, o *antes*, o *debajo*, o *encima*, o *al otro lado* de sus metáforas. Ellas nos indican la presencia del arquetipo: son sus reflejos o manifestaciones. Sin embargo, sólo podemos acceder a aquél a través de éstas. Esa es su bella paradoja, y es aquí en donde reside la dificultad para comprenderlo. Todo arquetipo es como el Dios Oculto de Pascal, al que no podemos ver directamente, sino sólo a través de las cosas con las que se encubre; o como la constelación, que parece estar ahí, *entre* las estrellas, pero al mismo tiempo más allá de ellas.



La raíz griega *arche* significa «lo primero o primordial», lo que está en el principio, en el origen, la causa, el fundamento o la fuente primigenia. Pero también significa «lo que lidera», la regla superior o el gobierno, en el sentido de lo dominante – como en la música o la astrología–. *Typos*, por su parte, puede traducirse como forma o patrón: es la figura que se imprime en una moneda, la imagen o el prototipo, el modelo o el esquema. La palabra *arquetipo* significa entonces «los primeros patrones» o «las formas originales y dominantes». En sus acercamientos iniciales al concepto, Jung los llamó *imágenes primordiales*. Los arquetipos son, pues, «patrones que preexisten en la psique colectiva de la raza humana, que se repiten a sí mismos eternamente en las psiques de los seres humanos individuales y que determinan las formas básicas en que percibimos y funcionamos como seres psicológicos»<sup>68</sup>.

---

68 JOHNSON, Robert, *Inner Work*, HarperCollins, edición digital, 2009, p. 27 (La traducción es propia). Algunos teóricos, empezando por el mismo Jung, los han equiparado por analogía con los órganos del cuerpo. Pues así como

Desde luego, la noción jungiana de arquetipo está estrechamente emparentada con las Ideas de Platón, esas formas puras que determinan la manifestación del mundo físico. Como entidades psíquico-espirituales no son, desde luego, menos «reales» que el mundo físico. Todo lo contrario. Como veremos, y como insiste Hillman, *la realidad es psique*. O dicho de otra manera: cuando nos tomamos en serio la existencia de la dimensión psíquica, entonces eso a lo que llamamos «realidad objetiva» se transforma radicalmente. Los arquetipos o las Ideas –y con ellas su *ámbito* psíquico o espiritual– se revelan entonces como aquellas fuerzas o modos de consciencia que determinan nuestra percepción del mundo, aquellos moldes que dan forma a la realidad.

## El espejismo materialista

Los arquetipos no son, como usualmente afirman los antropólogos materialistas, meras representaciones simbólicas de fenómenos físicos –como la trayectoria de los astros– o fisiológicos –como la procreación–. No los creamos ni los proyectamos. Es más bien al contrario: son ellos los que ordenan

---

los órganos son partes corporales compartidas por todos los individuos de la especie, los arquetipos vendrían a ser una suerte de «órganos psíquicos» humanos. La analogía es iluminadora, pero a mi juicio los arquetipos son más que simples «funciones» que puedan ser descifradas y utilizadas. Representárselos como simplemente órganos anímicos de la especie –y quedarse preso en esa definición– sería caer de nuevo en el error de objetualizar algo que no puede reducirse a los límites de un objeto. Recordemos, como insiste Jung –y sin perder de vista la analogía–, que se trata ante todo de entidades con un dinamismo y potencia supra-humanas, que muestran maneras, muchas veces imprevisibles, de interpretar e incluso de actuar sobre la realidad. O mejor, que tienen la capacidad de «generar» realidades o estados de conciencia.

nuestra percepción y nos hacen ver al sol como un carro de fuego o al *lingam* de Shiva eyaculando el cosmos en el infinito vientre de la Gran Madre. Es fácil seguir la tendencia del cientificismo contemporáneo y despachar la idea de los arquetipos tal y como se suele «explicar» la consciencia: como un fenómeno secundario, consecuencia de procesos físicos como las conexiones cerebrales y las reacciones electroquímicas del cerebro. Pero la hipótesis materialista –esto es, la idea de que el universo está únicamente hecho de materia–, que hoy se yergue como un dogma incuestionable en los círculos científicos, está lejos de ser un hecho y, visto de cerca, se parece más a una afirmación mitológica.

En efecto, resulta bastante dudoso, por no decir ingenuo y extraño, intentar reducir la psique a una explicación físico-química. Los neurobiólogos y los filósofos de la mente –que en su grandísima mayoría se enlistan en las filas del materialismo– se devanan los sesos intentando «resolver» lo que llaman «el problema duro», o por qué existe la conciencia, en una búsqueda obsesiva por «explicar» la mente como una consecuencia de fenómenos físico-químicos. Pero este intento reduccionista –en tanto que busca reducir la mente a la materia– está condenado al fracaso. Y esto por una sencilla razón: los materialistas buscan negar a toda costa su propia consciencia. Esta es quizá una de las negaciones más extrañas de toda la historia del pensamiento: la mente negando su propia realidad. De ahí que el problema «duro» conduzca una y otra vez a teorías extrañas y absurdas (como veremos en el capítulo IV).

Ahora bien, si nos detenemos a reflexionar sobre el paradigma materialista, repararemos en que este hace parte del tema mítico de la Madre. Pues la Madre –o la *Mater*, como se designa en latín y en inglés– no es sólo una figura femenina a

la que los devotos rinden plegarias. Ella es la *materia* misma, oscura y misteriosa, así como la energía que la transforma. Como veremos, la *Mater* es el Océano Primordial de los egipcios y los mayas, así como la infinita energía Shakti de los yoguis. Es uno de los rostros de Kali, la Madre del Mundo para el hinduismo, a la que usualmente se representa oscura e imprevisible, actuando a través del tiempo que transforma a todos los seres y las cosas.<sup>69</sup> Valga recordar que, según la cronología hinduista, nos encontramos al final de la era de Kali, o *Kali yuga*, el periodo de la lucha y del hierro, en el que Kali es representada como un demonio de piel negra, hijo de Krodha –la ira– e Himsa –la violencia.

El materialismo científico de nuestro tiempo puede verse, pues, como un paradigma nacido de la misma Diosa Madre, la dominante arquetípica de nuestro tiempo. Visto de cerca, este paradigma no es otra cosa que un culto a la Madre-materia, una fe ciega y absoluta en la existencia de la *mater* como la realidad última. Su fuerte tendencia a penetrar y analizar, a romper y descifrar en sus más recónditos pliegues el mundo físico, esa necesidad de defender que lo único que existe es la *materia* y los procesos físico-químicos es, desde el punto de vista arquetípico, el llamado de la Diosa. Y la Diosa, la *Mater*, cuando por fin abre sus pliegues y desvela sus más íntimos intersticios, cuando por fin parece ofrecernos un ladrillo fundamental, nos devuelve entonces con terrible ironía hacia el ambiguo dominio de las daimónicas ondas-partículas, hacia la mente del observador y hacia un universo aún más misterioso e incomprensible de lo que quisiera la mente literal, un universo que parece más psíquico que físico.

---

69 FEUERSTEIN, Georg, *La tradición del yoga. Historia, literatura, filosofía y práctica*. Herder, Madrid, 2013, p. 637-639.

En efecto, si nos resulta aún tan misterioso entender en qué consiste la «substancia» del alma, vale la pena notar que tampoco tenemos idea de qué es la «substancia» de la materia<sup>70</sup>. Quizás, a fin de cuentas, sean una y la misma cosa. Hasta hace no mucho tiempo la ciencia afirmaba que el elemento constitutivo de la materia eran los átomos: ellos eran la esencia y los ladrillos del universo (no se recordaba el hecho de que la idea misma del átomo es una representación mitológica que, mucho antes de Demócrito y Leucipo, ya conocían las tribus australianas que no llegaron a superar el paleolítico). Pero cuando se descubrió que aún los átomos estaban compuestos por «partículas» más elementales –los electrones y los *quarks*– la visión de la materia como una construcción de sólidos ladrillitos se desvaneció. En lugar de una bolita sólida y firme, la entidad más pequeña resultó ser una presencia ambigua, con propiedades tanto de onda como de partícula. Hoy tenemos una multitud de partículas-ondas o entidades cuánticas –de los neutrinos a los populares bosones–, cuya existencia solo se puede mostrar de «rejojo», ya que no podemos *verlos* directamente. Son tan inciertos y paradójicos como los ancestrales espíritus o los arquetípicos *daimones* que habitan el *Anima Mundi*, que aparecen al mismo tiempo sólidos e inmateriales –onda y partícula–, y que comunican a los hombres con los dioses.

Una y otra vez, Jung recalca que según la experiencia psicológica, el alma –o la psique, o el inconsciente– *es* un factor autónomo, es decir, una realidad o propiedad de la naturaleza, como la fuerza de gravedad o la luz. La psique no se deriva de procesos materiales sino que *es* un dominio natural propio. En sus obras tardías, Jung amplió la noción de los ar-

---

70 JUNG, C., *ibíd.*, p. 54.

quetipos, resaltando que se trata de patrones tanto psíquicos como físicos que se encuentran en el universo. Sugirió que no sólo dominan el comportamiento humano, sino el de los organismos vivos y el de la materia inorgánica. No se trata simplemente de «espejismos» psíquicos, sino de verdaderos puentes o mediadores entre la psique y la materia. Esta intuición, como veremos, se hace eco en la idea de los campos morfogenéticos del biólogo Rupert Sheldrake. En *Arquetipos e inconsciente colectivo* Jung habla del *Unus Mundus* (el mundo uno) como la realidad única que subyace tanto a los fenómenos físicos como psíquicos. Esta es una idea que tiene un evidente paralelismo con el «orden implicado» del einsteiniano David Bohm o con la filosofía monista de Spinoza. Los arquetipos, en este esquema cosmológico, serían no sólo los organizadores de las estructuras de la psique, sino también de las formas y los principios fundamentales de la materia y la energía. Esta idea atrajo al físico cuántico y premio Nobel Wolfgang Pauli, quien trabajó con Jung en la idea de que son los arquetipos los que «conectan» la mente del observador con los fenómenos físicos.



Una crítica que usualmente se le hace a Jung desde el gremio científico –y una de las causas de que tienda a desterrarse de las facultades de psicología– es que su definición de los arquetipos es demasiado vaga. Los arquetipos pueden usarse para observar una desmesurada variedad de fenómenos, de manera que no parecen existir límites en su definición conceptual. No puede, en este sentido, demarcarse su dominio para hacer investigaciones rigurosas y esquemáticas. Esto lleva a sus críticos a concluir que sus postulados no son falsificables –un requisito de todas las ciencias empíricas–

y por lo tanto no pueden aceptarse como un conocimiento científico válido.

Lo que esta crítica no alcanza a ver es que cuando se habla de arquetipos, se entra en el campo de los sistemas complejos: redes integradas de significados y experiencias que van mucho más allá de los conceptos sólidos y operacionalizables que gustan a la científica mente literal. Cuando hablamos de los arquetipos entramos en el reino de las metáforas primigenias de la especie, símbolos que integran una asombrosa multiplicidad de vivencias y sentidos. Un mismo arquetipo además es siempre paradójico, pues se manifiesta de maneras contrarias. El ejemplo lo tenemos a la vista en el arquetipo de la Madre, que a la vez es la Virgen María –el llamado a una comprensión espiritual– y Kali –la oscura voracidad de la materia–. Los arquetipos son paradójicos y complejos y trascienden nuestra mente racional y su tendencia a delimitar los objetos y los conceptos. La manera de aproximarnos a ellos no puede ser, entonces, con métodos esquemáticos lineales, sino apelando a las cualidades intuitivas y metafóricas de la psique. Lo que nos demandan los arquetipos –y especialmente el arquetipo de la Madre– es que trascendamos –integrándolo– el literalismo de la mente científica actual y alcancemos un nuevo entendimiento del mundo.

Cuando intentamos entrar en una relación consciente con los arquetipos, cuando realmente queremos comprender lo que nos quieren decir, nuestro conocimiento debe moverse más en forma de red que de línea recta, más con una actitud exploratoria que explicativa, más por un impulso intuitivo de apertura que con una actitud inquisitoria y violenta, como la que a menudo usa la ciencia contemporánea en su relación con la materia. Pues son Ellos –los arquetipos– los que buscan comunicarse de nuevo con nosotros de una manera

abierta y consciente. Si somos capaces de escuchar lo que nos dicen en esta época, si permitimos que las míticas redes de significados se integren a nuestro entendimiento actual, entonces los arquetipos actuarán como fuerzas guía y transformarán nuestro estado de conciencia.

Hoy, quizás más por una intención propia de los arquetipos mismos que de nuestros méritos científicos, somos capaces de reconocerlos de nuevo y de establecer una renovada relación con ellos. Hoy podemos comprender que ni siquiera nuestras más avanzadas teorías sobre el mundo escapan al mito. Pues no podemos asegurar nada del mundo en sí mismo que no sea ya, desde antes, una imagen psíquica. Al fin y al cabo, como insiste Jung, es la psique la que provee las imágenes que hacen posible nuestra percepción y nuestro conocimiento del mundo.

## El héroe

Un arquetipo organiza una multitud de hechos y les da un sentido –o mejor, una red compleja de sentidos–, como cuando *vemos* la constelación de Orión: un conjunto difuso de puntos de repente adquiere una forma y un significado –aunque quizá sea más preciso decir varios significados–. Un buen ejemplo es, justamente, el arquetipo del *héroe*. Como explica Hillman, en primer lugar el héroe aparece en determinadas *conductas* humanas: el impulso de explorar, de actuar, de superar retos, conquistar, dominar, etcétera. En segundo lugar, se manifiesta en *imágenes* análogas en todas las mitologías: Hércules o Aquiles para los griegos, Sigfrido para los escandinavos, Arjuna o Mitra para los indios y los persas. Nuestra cultura cuenta hoy con infinitos referentes cinematográficos del héroe –de Schwarzenegger a Neo, o de Lassie a Frodo–,

pues se trata del tema más representado en una cultura aún poseída por el paradigma heroico. Esto ocurre, por supuesto, como un modo de reforzar, en tercer lugar, un determinado *estilo de conciencia*, una manera específica de estar en el mundo en la que se valoran los sentimientos de independencia y éxito, las acciones asertivas, la planificación estratégica, el dominio –sobre la naturaleza, sobre la animalidad, sobre el más débil–, el pensamiento calculador y unilateral, la idea de la lucha y la victoria. Finalmente, o entre tanto, el arquetipo deviene una *actitud* heroica ante los acontecimientos, «una actitud ahora tan habitual que hemos dado en llamarla “ego”, olvidándonos de que se trata de otro estilo de arquetipo»<sup>71</sup>.

Vale la pena aclarar que el héroe no es bueno o malo en sí mismo, como tampoco lo es el *anima* o el niño. El efecto de un arquetipo sobre la conciencia humana puede curar o destruir, como decía Jung: «El que en definitiva se ponga de manifiesto de un modo o del otro depende de la actitud de la conciencia humana»<sup>72</sup>. Un arquetipo puede resultar peligroso cuando el grado de conciencia de quien entra en relación con él no es lo suficientemente claro ni está lo suficientemente integrado. Por eso los antiguos temían la ira de los dioses. Por el contrario, puede resultar de inmensa ayuda y guía cuando la conciencia individual es amplia y tiene un intercambio fluido entre los niveles consciente e inconsciente. El arquetipo del héroe se ha convertido en una amenaza perturbadora para la vida sobre la tierra, no porque sea «malo» o peligroso, fálico, masculino y estratégico, sino porque estamos inconscientes de su poder y de su rol. «El peligro principal –dice Jung– consiste en sucumbir al influjo fascinador de los arquetipos. Las

---

71 HILLMAN, K., *ibíd.*

72 JUNG, C., *op. cit.*, p. 150.

mayores posibilidades de que esto suceda se dan si uno no toma conciencia de las *imágenes arquetípicas*»<sup>73</sup>. Es decir que, cuanto más nos hacemos conscientes de los arquetipos que están operando en nuestra vida, tanto más éstos actuarán como fuerzas guías y curativas que como peligros o enfermedades. Y es nuestra responsabilidad cultivar una relación consciente con ellos.

## **La sombra, o el comienzo del camino iniciático**

Así pues, lo primero que encontraremos en nuestra excursión psíquica personal, más allá de nuestro propio ego –o nuestro propio héroe, al que visitamos constante y cotidianamente–, será nuestra *sombra*, que es el nombre que dio Jung al inconsciente freudiano. Para Jung, la sombra constituye un arquetipo en sí mismo, y corresponde a nuestra naturaleza «oscura» o «inferior»: es el rostro oculto que no mostramos al mundo, pero que, no obstante, nos muestra el espejo. De ella dice Jung:

Es la primera prueba de coraje en el camino interior; una prueba que basta para asustar a la mayoría, pues el encuentro consigo mismo es una de las cosas más desagradables y el hombre lo evita en tanto puede proyectar todo lo negativo sobre su mundo circundante. Si uno está en situación de ver su propia *sombra* y soportar el saber que la tiene, sólo se ha cumplido una pequeña parte de la tarea: al menos se ha trascendido lo *inconsciente personal*.<sup>74</sup>

---

73 JUNG, *ibíd.*, p. 45.

74 JUNG, *ibíd.*, p. 26.

La sombra es el conjunto de aspectos –instintivos, animales, «oscuros» si se quiere– que vamos dejando ocultos de nuestra conciencia para adaptarnos al proceso de la civilización: las fuerzas que dejamos de lado o reprimimos, a fin de encajar en las exigencias culturales. La sombra es la consecuencia de haber comido del fruto prohibido del árbol del conocimiento del bien y el mal. Lentamente la educación, la familia y toda una serie de dispositivos culturales dividen el mundo en bueno y malo. Y así dividimos nuestra conciencia original, que es completa, y nos escindimos internamente. La conciencia y el orden social tienen un precio psicológico, y es el de lanzar al sótano una buena cantidad de instintos e impulsos que, tarde o temprano, tendremos que hacer conscientes e integrar nuevamente a nuestra personalidad. Todo el proceso vital, desde este punto de vista, tiende a *completar* de nuevo el ámbito de la conciencia con el inconsciente. La vida en su conjunto sería pues una tarea religiosa, la de reunir, o re-ligar lo que ha sido separado (recordemos que la palabra «religión» viene de *religare*).

Una investigación más a fondo de las características oscuras o inferioridades que constituyen la sombra –continúa Jung– da como resultado que éstas poseen una naturaleza emocional, o una cierta autonomía y son, como consecuencia, *obsedientes*<sup>75</sup> o –mejor– *posedientes*. Porque la emoción no es una actividad, sino un acontecimiento que le ocurre a uno. Los afectos se producen en los puntos de menor adaptación, y revelan al mismo tiempo la razón de la adaptación reducida, a saber: una cierta inferioridad y la existencia de un cierto

---

75 La palabra «obsedientes» significa que aparecen como obsesiones, con un fuerte tinte emocional. «Posedientes», por su parte, implica que pueden llegar incluso a poseer nuestra personalidad por algún período de tiempo.

nivel inferior de la personalidad. En este nivel más profundo, con sus emociones apenas controladas o no controladas en absoluto, se comporta uno más o menos como un primitivo, que no sólo es víctima de sus afectos, carente de voluntad propia, sino que muestra además una notable incapacidad de juicio moral.<sup>76</sup>

El problema es que la *sombra* o el inconsciente personal es una parte constitutiva y viviente de nuestra personalidad, y no podemos rechazarla o superarla sin más, a fuerza de voluntad, como héroes. No es posible esquivarla o «vencerla». Como ya sabía Freud, estamos a merced de las fuerzas del inconsciente. Simplemente no podemos saltar sobre nuestra propia sombra. Lo mejor –y quizá lo único– que podemos hacer es *tomar consciencia* de ella: llevar luz a la oscuridad, ser capaces de *ver* y reconocer la parte oculta de nuestro ego.

Y en este punto del camino se requiere de una actitud específica: hemos de ser capaces de confesarnos a nosotros mismos que necesitamos ayuda. El solo hecho de ser capaces de observar nuestro lado oscuro implica ya una buena dosis de decisión y humildad. Y sólo desde una actitud abierta y receptiva pueden sentarse las bases para lo que Jung llamó «una reacción compensatoria de lo inconsciente colectivo»<sup>77</sup>. Son estas actitudes –humildad, apertura, receptividad– las que nos disponen a estar atentos a las señales, las sincronías, los mensajes de los sueños, las ideas que no tenían antes espacio para aparecer.

---

76 JUNG, C., *Aión. Contribuciones al simbolismo de sí mismo*, Obra completa Vol. 9/2, Editorial Trotta, Madrid, 2011, p. 14.

77 JUNG, *ibíd.*, p. 27.

La ayuda, desde luego, viene. Pues un nivel más profundo y amplio de consciencia está siempre disponible cuando nos disponemos a escuchar. Y en tanto logramos establecernos en la actitud correcta, somos capaces de despertar y captar fuerzas muy útiles que aguardan en la psique profunda, fuerzas que no han sido elaboradas por nuestro ego, sino que provienen del inconsciente colectivo. Poco a poco encontramos la manera de «conversar» con nuestra sombra, de observarla y mantenernos neutrales y receptivos a nuevas respuestas.



*Figura 3. Laberinto de Troya, labrado en una piedra de Visby (Suecia).*

Valga recordar que Jung tiene una visión iniciática del proceso psicológico humano. Esto quiere decir que concibe el desarrollo interior como un camino en el que el hombre pasa por distintas fases y «pruebas» antes de alcanzar una plenitud psicológica. Desde luego, no debemos pensar el camino como una evolución lineal. Puede entenderse mejor como un laberinto (ver figura 3), un nudo complejo en el que circunvalamos alrededor del centro –o la meta– y muchas veces, cuando creemos estar llegando, es sólo para darnos cuenta de que un giro inesperado nos lanzará de nuevo a la periferia.

Pero incluso la imagen del laberinto puede resultar insuficiente, pues el camino se recorre en varios niveles a la vez, y por lo general sus etapas se solapan y se entrecruzan. No se trata de una carrera en la que se van superando logros y alcanzando posiciones (como le gustaría al héroe), sino más bien de una serie de conjuntos –o *campos* de experiencias– que se intersecan los unos con los otros. Eventualmente completamos buena parte de las experiencias de un *campo*, y entonces nos damos cuenta que, en efecto, existe algo parecido a una senda interna de evolución de la conciencia. Como dice Rudolf Steiner, otro gran pensador del camino iniciático:

No es absolutamente necesario que... [los] grados [de la iniciación] se sigan en un orden riguroso; no hace falta que el primero sea franqueado enteramente antes que el segundo, y éste antes que el tercero. En ciertos aspectos, se puede participar ya en la iluminación, inclusive parcialmente en la iniciación, mientras que en otros se encuentre uno todavía en la etapa de la preparación. Sin embargo, es necesario haber consagrado un cierto tiempo a la preparación antes de que pueda apuntar siquiera una iluminación. Y esta iluminación debe haberse producido por lo menos sobre ciertos puntos si se quiere abordar la iniciación.<sup>78</sup>

---

78 STEINER, Rudolf, *La iniciación o cómo adquirir el conocimiento de los mundos superiores*, La tabla de esmeralda, España, 1988. Dos aclaraciones sobre los

La sombra, en el proceso de este camino interior, representa la puerta estrecha, el ojo de la aguja, la puesta a punto. Es en el contacto con la sombra que nos damos cuenta de la terrible realidad de que no somos los amos de nuestra propia casa, como diría Freud. Comprendemos que por debajo o por detrás de nuestra vida consciente bullen fuerzas, se tejen complejos e incluso actúan personalidades enteras que de tanto en tanto toman dominio de nosotros sin nuestro consentimiento. Pero es aquí donde ganamos la certeza de que la psique es real, y de que es preciso emprender un trabajo interior y encontrar una nueva plenitud de sentido y un más profundo nivel de integración psicológica, un campo más amplio de consciencia. Pues una vez que logramos atravesar su portal, vislumbramos la chispa de la vida resguardada por el *anima*.

Si la discusión con la sombra es la prueba que consagra oficial al aprendiz, la discusión con el *anima* es la prueba que consagra maestro al oficial. Porque la relación con el *anima* es una prueba de coraje y una ordalía del fuego para las fuerzas morales y espirituales del hombre<sup>79</sup>

---

términos de esta cita: en primer lugar, no confundir el término iluminación con la idea budista o hinduista de la iluminación. Estas se refieren a la plena realización interna de identificación con la Divinidad, y la consecuente liberación del karma humano. Para Steiner la iluminación es apenas la segunda etapa del camino iniciático, en la que nacen los órganos de la percepción interior y brota apenas la luz espiritual. En segundo lugar, el término iniciación, dentro del universo steineriano, significa tanto la totalidad del camino interior como la fase final del mismo. En Jung este concepto puede equipararse, como veremos, con su idea de la individuación.

79 JUNG, *Arquetipos*. . . p. 35.

## La mariposa, la ondina y la bruja

Uno de los arquetipos más complejos, que ejerce una poderosa influencia sobre el ser humano, es el que Jung denominaba el *ánima*. El *ánima*, si es que su experiencia se puede apresar en un concepto, representa nuestra relación con la psique o el inconsciente: ella es la mediadora entre nuestro ego –o identidad personal– y el *Self* –nuestra identidad completa–. De ahí que su experiencia sea la experiencia de toda una vida, ya que Ella *es* la relación con nuestra propia alma, la guía hacia la totalidad. Sus múltiples figuras no son otra cosa que las máscaras con que el «alma» se presenta ante la consciencia.

Cuando Jung hablaba del *anima* no se refería a la idea cristiana de alma. El alma católica, dice, «es una representación dogmática que persigue el fin de conjurar y atrapar algo inquietantemente espontáneo y vivo»<sup>80</sup>. Tampoco debe interpretarse el alma bajo ninguno de los conceptos que de ella ha hecho la filosofía. Justamente, Jung hace uso del término en latín porque se refiere a una noción anterior al dogma católico o a la filosofía moderna. Su experiencia es mucho más antigua, universal y primordial.

Los griegos la llamaban *psyché*, que en sentido literal significa aire frío, soplo, hálito o aliento. Es una entidad tremendamente viva, móvil y a la vez sutil, de cuya presencia nos enteramos por el movimiento que genera. Otra manera de representar el alma o *pschyké* es como un lago, una piscina o el mar. De hecho, el agua es uno de los símbolos favoritos del *anima* y de lo inconsciente para presentarse a sí mismo, como símbolo de la profundidad de la vida psíquica. Así, cuando miramos el agua

---

80 JUNG, *ibíd.*, p. 32.

lo primero que vemos es nuestra propia imagen. Pero pronto aparecen detrás seres vivientes, inofensivos peces habitantes de la profundidad. A veces –dice Jung citando a Paracelso– cae en la red del pescador *una ondina, un pez femenino, semihumano*.

Así pues, la vitalidad y la movilidad, así como la profundidad o la sensación de interioridad, son aspectos esenciales del alma, que, como veremos, suele manifestarse a través de imágenes femeninas –entre ellas, cómo no, la misma Virgen, que como vimos tiene una profunda relación con el agua y con la vida–. Como explica Jung:

Entre los primitivos es hábito de vida (de allí *anima*) o llama... Un ser animado es un ser vivo. El alma es lo vivo en el hombre, lo vivo y causante de vida por sí mismo; por eso insufló Dios un hábito viviente en Adán para hacerlo vivir. El alma, con astucia y juego engañoso, arrastra a la vida la inercia de la materia que no quiere vivir. Convence de cosas increíbles para que la vida sea vivida. Está llena de trampas para que el hombre caiga, toque la tierra, y allí se enrede y se quede... El *anima* es un arquetipo natural que subsume de modo satisfactorio todas las manifestaciones de lo inconsciente, del espíritu primitivo, de la historia de la religión y del lenguaje... No es posible crearla, sino que es el *a priori* de los estados de ánimo... y de todo aquello que es espontáneo en la vida psíquica. Es algo viviente por sí, que nos hace vivir...<sup>81</sup>

Para los chinos, el *anima* –llamada *po* o *gui*– es la parte femenina de la psique, a la vez que la fuerza que proviene de lo profundo de la tierra. En la visión feérica europea el alma aparece como ondina –el espíritu elemental del agua–, como sirena o melusina. Las Gracias de los griegos –las diosas del encanto, la belleza y la naturaleza– o las hijas del rey en las leyendas y fábulas populares, son representaciones su-

---

81 *Ibíd.*

yas más cercanas a nosotros y aún no tocadas por el dogma católico. Se presente como se presente, sin embargo, tiene un rasgo fundamental: siempre están en su constelación los afectos profundos, los *estados del ánimo*, no ya las emociones primitivas del ego, como en la sombra, sino los modos profundos –los *moods*– con que encaramos la existencia.



El *anima* también suele manifestarse en los temas míticos antiguos como una *syzygia*, es decir, como una unión o apareo de contrarios. Es la pareja de los dioses, que en el hinduismo se representa como la unión entre Shiva y Shakti (o Shiva y Parvati), en el antiguo pensamiento mítico chino como el par *yin* (femenino) y *yang* (masculino), o en la alquimia como el andrógino, del que ya Platón habla en *El banquete*. El Talmud dice que el primer ser humano fue un hermafrodita, lo que concuerda con el mito del Génesis, en el que Eva nace de la costilla de Adán, el cual, en el principio, contenía en sí mismo los polos masculino y femenino. También Jesús y María, como vimos respecto al mito de la hierogamia, pueden ser vistos como una manifestación más de la polaridad del *anima* en la mitología católica. Son estos paralelos mitológicos los que nos conducen a percibir el *anima* como un arquetipo en esencia mucho más antiguo que cualquier representación religiosa o cultural. Se trata de un esquema primigenio de la especie.

De ahí que Jung hable con frecuencia de la pareja *anima-animus*. Mientras las figuras femeninas del *anima* tienden a aparecer con mayor frecuencia en los hombres, las imágenes masculinas –*animus*– se manifiestan por lo general en las psiques de las mujeres. Jung solía decir que el inconsciente en el hombre es femenino y en la mujer masculino, como una ley

de compensación psíquica: si mi vida consciente se identifica con una biología masculina, entonces mi vida inconsciente se personificará en forma femenina, y viceversa. Sin embargo, todos tenemos un *anima* y un *animus*. De hecho, en un nivel profundo de la psique, *somos* una compleja interacción de *anima* y *animus*. Pues el alma, en el fondo, es un ser andrógino.<sup>82</sup> Lo que debe quedar claro aquí, sin embargo, es que el *anima* no es una cuestión de género<sup>83</sup>: es el principio psíquico y acuático, y sobre todo el principio vital que anima la materia y que proviene de las profundidades más hondas de la Tierra; ella es la representación que la *psyché* hace de sí misma, y que quizá aparece mayoritariamente como mujer para compensar el acento desmesurado que hemos puesto históricamente en el ego heroico masculino en nuestra conciencia de vigilia.



Psicológicamente, en su estado luminoso, el *anima* se muestra como el encanto, la creatividad, la confianza y la vitalidad. Pero en su estado sombrío es lo lunático, la adicción, la atracción del abismo. Es el súcubo, el demonio femenino que seduce al joven ingenuo y le absorbe la sangre y la vida por vía del deseo. O bien el íncubo, el demonio lascivo que busca tener relaciones sexuales con mujeres dormidas. Es la arpía

---

82 Esto no excluye que el *anima* pueda manifestarse ante una mujer como un ser femenino, como tampoco el que se manifieste a un hombre como un ser masculino. De hecho, puede manifestarse en infinidad de formas: como un animal, como un objeto mágico, como agua. Su manifestación depende de la psicología individual, de las circunstancias particulares de la persona y, en última instancia, de la autonomía propia del arquetipo.

83 HARPUR, Patrick, *La tradición oculta del alma*, Atalanta, 2013, p. 71.

con garras, la bruja emponzoñada que prepara su veneno mágico, el macho cabrío, o el fantasma blanco y frío.

Desde luego hoy experimentamos el *anima-animus* como estados de ánimo, adicciones o fascinaciones espontáneas antes que como ondinas, Gracias o brujas. Esto se debe a que la psique, según Jung, se ha complejizado por una serie de actos de introyección. Lo que antes correteaba alegremente en el bosque espeso en forma de seres mágicos, hoy lo experimentamos en forma de contenidos y fuerzas psíquicas interiores<sup>84</sup>.

[La complejidad de la vida psíquica] ha aumentado proporcionalmente a la desespiritualización de la naturaleza. Una inquietante gracia de antaño se llama hoy «fantasía erótica», y complica penosamente nuestra vida anímica... muestra una insoportable autonomía, impropia de un contenido psíquico. A veces provoca fascinaciones, que pueden hacer frente al mejor exorcismo, y estados de angustia más intensos que los que cualquier aparición del diablo podría causar. Es un ser bromista que con múltiples transformaciones y disfraces se nos cruza en el camino, nos da todo tipo de chascos, nos causa ilusiones felices y desgraciadas, depresiones y éxtasis, pasiones incontenidas, etcétera.<sup>85</sup>

Si al hombre antiguo el *anima* se le aparecía como diosa o como bruja, al hombre desimbolizado contemporáneo se le manifiesta como sentimentalismo o ansiedad, pero sobre todo como un estado de desequilibrio en las relaciones de pareja o en las relaciones con la profesión. En efecto, el *anima-animus* es continuamente proyectada sobre el sexo contrario, lo cual tiende a complicar las relaciones, cargándolas de intriga, celos y autoengaños. El *anima* entra en escena cuando

---

84 JUNG, C., *Arquetipos...*, p. 31.

85 *Ibíd.*, pp. 31-32.

sentimos la fascinación del enamoramiento, cuando vislumbramos –o proyectamos– cualidades divinas en el otro. Pero también está allí cuando la diosa o el príncipe se desvanecen y la relación corre el grave peligro de romperse dolorosamente. Ella, dice Jung, «fortifica, adultera y mitologiza todas las relaciones emocionales que se establecen con la profesión y con gente de ambos sexos». <sup>86</sup>



El *anima*, no debemos olvidarlo, es una fuerza numinosa que torna peligroso, tabú o mágico lo que toca. Es una entidad sobrehumana que nos enseña que somos personas con profundidades impersonales<sup>87</sup>. «*Anima* –dice Jung– es vida más allá de todas las categorías»<sup>88</sup>. Al ser la vida en su estado puro, está más allá de toda norma y de toda moral, es «tanto buena como mala», o mejor: ni buena ni mala. De ahí la voluntad católica de conjurarla y atraparla en el dogma. Todos los conflictos y dilemas morales provienen del *anima*. Pero de ella viene también el más genuino y originario sentimiento religioso.

Como cualquier otro arquetipo, aparece como un complejo de vivencias, o como un escenario inesperado y dispuesto irónicamente por el destino. Y muchas veces el destino parece cruel. El *anima* ordena –o constela– las situaciones que nos ponen frente a nuestros equívocos y dilemas vitales –y morales– más profundos. El efecto dominante del *anima* se manifiesta, por ejemplo, en el hombre mayor que abandona a su familia por una joven que podría ser su hija, o en

---

86 *Ibíd.*, p. 67.

87 HARPUR, *op. cit.*, p. 70.

88 JUNG, *Arquetipos...*, p. 35

la madre que abandona a sus hijos en busca de una mejor oportunidad en la vida. Sin embargo, este arquetipo también puede dar lugar a los mejores atrevimientos y a las osadías vitales más sorprendentes: es el príncipe que besa a la bella durmiente y la despierta para casarse con ella; es Orfeo que encanta a los poderosos habitantes del Hades con su lira y rescata a su amada Eurídice, su alma.

El *anima*, en resumidas cuentas, es el origen del profundo drama humano. Es «la madre de todo sinsentido y de toda tragedia»<sup>89</sup>. Es Eva, la causante de la caída a la materia. Pero es también María, el deseo profundo e irrefrenable de unión mística y de retorno. Recordemos que la palabra religión proviene del latín *religare*, que significa religar o reunir. Este es exactamente el mismo sentido del vocablo sánscrito *Yoga*, que significa «unir». De *yoga* –o *yug*– provienen las palabras yugo y conyugal. El *anima*, como bien intuye el dogma católico, es la que cae en la tentación, pero es también la que se redime buscando la unión. El alma es la semilla de todo problema y sentimiento religioso: «El cielo y el infierno –dice Jung– son destinos del alma y no del hombre civilizado»<sup>90</sup>.

## La Sabiduría

Y es que el *anima*, cuando tenemos el coraje de entrar conscientemente en su ámbito y atravesar sus largas y paradójicas pruebas, empieza a aparecer como algo más que un puro impulso vital o un drama que nos pone frente a nuestras más profundas dudas. Cuando el ser humano se toma en serio su

---

89 *Ibíd.*, p. 35

90 *Ibíd.*, p. 33

material inconsciente –sus esperanzas, sus sueños, sus ánimos– entonces Ella –el ánima– aparece como una guía que lo conduce hacia la totalidad de su potencial interno. Pues Ella, dice Jung, tiene en su interior «algo así como un saber secreto o sabiduría oculta, en notable oposición con su naturaleza élfica irracional»<sup>91</sup>. El *anima* deviene, pues, la *sabiduría* de los antiguos filósofos, los amantes de *Sophia*. Los cabalistas llaman *Chokhmah* a esta sabiduría, nombre que corresponde a una de sus más importantes *sephirah*, o atributos de lo Infinito, y ocupa un lugar muy especial en su árbol místico. Es la misma Sabiduría –o *Sapientia*–, la consorte oculta de Yahvé de la que habla misteriosamente el Antiguo Testamento. Es la *Sophia* de los gnósticos (ver capítulo III) y, desde luego, la Virgen María.

La Sabiduría es pues, el aspecto superior –o más profundo– del *anima*, que se manifiesta a quien se ha tomado el largo trabajo de conversar con ella por el tiempo suficiente. Como ya nos lo había dicho Jung, «la relación con el *anima* es una prueba de coraje y una ordalía de fuego para las fuerzas morales y espirituales del hombre»<sup>92</sup>. Es un «pesado trabajo», no por su peso, sino por la perseverancia, la fuerza interna y el carácter que forja. Atravesar esta discusión con el alma es el trabajo de toda una vida, y equivale, en la psicología profunda, a la larguísima comunicación con los contenidos del inconsciente:

Solo ese pesado trabajo deja ver en medida creciente que por detrás del juego cruel con el destino humano hay algo así como una secreta intención que parece corresponder a un conocimiento su-

---

91 JUNG, *op. cit.*, p. 37.

92 *Ibíd.*, p. 35.

perior de las leyes de la vida. Hasta lo que es al comienzo inesperado, caótico, inquietante, oculta un sentido profundo. Y cuanto más se reconoce ese sentido, tanto más pierde el *anima* su carácter impulsivo y compulsivo. Poco a poco se van levantando diques contra el caudal del caos; porque lo que tiene sentido se separa de lo sinsentido... Surge entonces un nuevo cosmos.<sup>93</sup>

Este proceso, vale decir, es totalmente individual y dependiente de las circunstancias internas y externas de cada persona. Puede presentarse de una manera paulatina, muy lenta, conforme la prueba de fuego del *anima* se supera lentamente a través de las dificultades propias de la vida. O bien puede presentarse luego de una enfermedad. O incluso puede sobrevenir tras una larga experiencia de pérdida de sentido, una profunda laguna en la que se vive sin objetivo –aún después o durante un largo proceso de trabajo interior–, un lapso de «derrumbe» o hundimiento final, que se siente como impuesto, y en el que se ponen a prueba final las fuerzas espirituales del hombre, pues el peligro de la desmoralización está más presente que nunca. San Juan de la Cruz llamó a esta vivencia la noche oscura del alma.

En cualquier caso, lo que se abre paso, poco a poco, es la experiencia del *Self* o sí mismo, que corresponde a la totalidad de la psique o a la plenitud psicológica. Es solo tras un conocimiento íntimo con el *anima* que aparecen la Sabiduría y el *Self* –que comúnmente se manifiestan en las figuras del anciano o la anciana sabia–, arquetipos que finalmente dan un sentido y significado profundos al proceso vital. Recordemos que Jung tiene una visión iniciática del proceso psicológico humano. Nos recuerda que nuestra evolución interior tiene la forma de un camino, aunque no un camino recto o

---

93 *Ibid.*, p. 37.

lineal. Muchas de sus fases se solapan unas con otras, y la senda parece estar llena de giros equivocados y vueltas atrás. En el fondo, sin embargo, gobierna un movimiento hacia la expansión y la unificación de la conciencia, como una fuerza gravitatoria que nos lleva, querámoslo o no, hacia el centro.

## El camino descendente

Como la fuerza de gravedad, el camino iniciático es, en principio, un camino descendente. Se dirige en primer lugar hacia las profundidades del inconsciente o del *anima*, para luego emprender su ruta de ascenso hacia las cimas del Espíritu. Cuando soñamos que hundimos la cabeza en el mar o en una piscina podemos tener certeza de que estamos entrando en el extraño y extenso valle del alma. En *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Jung recuerda el caso de un teólogo protestante, que soñó que descendía por una pendiente que daba a un lago pero no podía llegar a él. Era un sueño recurrente, y el teólogo sabía que hasta ese momento algo le había impedido acercarse al lago. En esta ocasión, sin embargo, decidió llegar hasta abajo, hasta el agua. A medida que se acercaba todo se tornaba inquietante y oscuro. Pero cuando alcanzó el agua, una ráfaga de viento sopló con fuerza y tocó la superficie del lago. En ese momento el pánico se apoderó del soñador y despertó.<sup>94</sup>

El sueño es de una extraña pureza simbólica y nos da pistas muy valiosas del camino interior. Nos muestra que el agua —el alma— solo puede vivificarse con el soplo del espíritu una vez se ha descendido a las propias profundidades. El espíri-

---

94 JUNG, *ibíd.*, p. 23.

tu sólo puede entrar en acción y revelar su presencia cuando tenemos el coraje de sumergirnos en el fondo del lago. Desde luego la experiencia es inquietante, al punto de llevar al soñador al pánico, pues lo que se revela es un *numen* –o un Dios–: una presencia poderosa e invisible que vive por sí misma. Y cuando el espíritu se manifiesta espontáneamente por primera vez, el entendimiento humano solo puede caer presa de un miedo primitivo. Es entonces cuando el estremecimiento sagrado asalta al hombre<sup>95</sup>.

El sueño le resulto incomprendible al teólogo. Sin embargo, Jung bien sabía que el tema del descenso era arquetípico. Aparece, por ejemplo, en el pasaje de la Biblia sobre el «estanque» cuyas aguas son removidas por un viento repentino y en el que se sumerge a los enfermos: el estanque de Bethesda, en donde un ángel desciende y toca el agua que por ello adquiere facultades curativas.



Este sueño recuerda también al *Himno de la perla* o *Himno del alma*, un antiguo texto gnóstico que describe el camino del alma en el mundo. Cuenta el *Himno* que un gran rey y una gran reina de Oriente prepararon a su hijo para un largo y peligroso viaje. Le quitaron la túnica purpúrea que había sido tejida especialmente para él. Lo ataviaron con oro, rubíes y una armadura de acero, y lo enviaron al mundanal Egipto con un pacto escrito en su corazón: traer la Perla única que está en el fondo del mar, muy cerca de la serpiente sibilante. Únicamente si lograba cumplir su misión podría vestir de nuevo su túnica y reinar junto a su hermano en el Reino. Pero el hijo

---

95 *Ibíd.*

olvidó. Al comer los alimentos de los egipcios y vestir sus ropas, perdió la memoria del pacto, de la perla y de ser hijo de reyes, y cayó en un profundo sueño. Sus padres se enteraron y le enviaron una carta en la que le pedían que recordara su misión, su túnica y su linaje. Entonces el hijo despierta y recuerda, pues las palabras de la carta son las mismas grabadas en su corazón. Encanta a la terrible serpiente y la hace caer en un sueño profundo. Le arrebató la Perla única del fondo del mar. Emprende su retorno a casa y se quita su vestido impuro. Atraviesa las tierras peligrosas de Babel y de Sarbug y encuentra su túnica brillante, de colores y oro y piedras preciosas, en la que inmediatamente se reconoce a sí mismo. En un momento de gloria la túnica canta, sacudida por el Conocimiento —o la *Gnosis*—. El hijo extiende sus manos y la recibe, y entonces es elevado al Reino.<sup>96</sup>

El agua, como veíamos, es el símbolo más común del inconsciente —y un elemento recurrente en la apariciones de la Virgen—. Psicológicamente hablando, «agua quiere decir espíritu que se ha vuelto inconsciente»<sup>97</sup>, nos dice Jung. Así, para que el espíritu se revele a la conciencia hemos de entrar en el agua y rescatar la perla. El descenso a la profundidad de las aguas es la condición para el posterior ascenso. Desde luego se revela aquí una sorprendente relación con la Virgen, que nace de las aguas, o que hace brotar de la tierra las aguas curativas, es decir, las aguas que se han hecho conscientes y que por lo tanto tienen la facultad de sanar.

---

96 Tomado de: <http://escritosdelcristianismoprimitivo.com/El-Himno-de-la-Perla/>

97 JUNG, *op. cit.*, p. 24.

## El viaje chamánico de Jung

El mismo Jung tuvo una impresionante experiencia iniciática en su propio descenso al inconsciente, que en su estructura y tema es muy similar al *Himno de la perla* o al sueño del teólogo. En octubre de 1913, a sus 38 años, tuvo una «poderosa visión»:

Vi una espantosa inundación que cubría todos los países nórdicos y bajo el nivel del mar entre el mar del Norte y los Alpes. La inundación comprendía desde Inglaterra hasta Rusia y desde las costas del mar del Norte hasta casi tocar los Alpes. Cuando llegó a Suiza vi cómo las montañas crecían más y más, como para proteger a nuestro país. Tenía lugar una terrible catástrofe. Veía la enorme ola amarilla, los restos flotantes de la obra de la cultura y la muerte de incontables miles de personas. Entonces el mar se trocó en sangre. Esta alucinación duró aproximadamente una hora, me confundió y me hizo sentir mal. Me avergoncé de mi debilidad.<sup>98</sup>

A esta visión le siguió un pesado estado de zozobra y un flujo de potentes fantasías que no podía controlar:

Me encontraba desamparado en un mundo extraño... A menudo sentía como si me cayeran encima enormes piedras. Una tormenta desencadenaba otra... la sensación de estar sometido a una voluntad superior, cuando hacía frente a las embestidas del inconsciente, era innegable...<sup>99</sup>

Más de una vez sintió con horror que estaba entrando en una psicosis. Recurrió a ejercicios de yoga y a su pura y bruta fuerza de voluntad para resistir las embestidas del inconsciente. Registró fantasías absurdas y, sobre todo, dio voz e imagen a las potentes emociones que lo embargaban. Hasta que, por

---

98 JUNG, C., *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Seix Barral, Buenos Aires, p. 209.

99 *Ibíd.*, p. 211.

fin, se rindió. Sentía que estaba siendo parte de un experimento con el inconsciente. Y no un experimento que él mismo realizara por voluntad propia, sino uno que las tremendas potencias del inconsciente estaban realizando con él, o en él.

Dos meses después de la visión de la inundación, Jung se encontraba sentado en su escritorio, sopesando sus temores y al borde de un ataque de pánico, y entonces se abandonó. «Fue como si el suelo cediera literalmente bajo mis pies, y como si yo cayese en un oscuro abismo...»<sup>100</sup>. Cayó a poca profundidad en una oscuridad crepuscular. Entró en una cueva aún más oscura y pasó junto a un gnomo que parecía hecho de cuero. El agua helada le llegaba a las rodillas. Atravesó la cueva hasta llegar al otro extremo, en donde había un cristal rojo y brillante sobre una roca saliente. Lo levantó y encontró un hueco, por donde se asomó. Observó que un río subterráneo corría al fondo. En el río flotaba el cadáver de un joven rubio con un golpe en la cabeza. Al joven le siguió un enorme escarabajo negro y entonces, del fondo de las aguas, amaneció un sol rojo. Cegado por el sol, quiso poner de nuevo en su lugar el cristal, pero empezó a manar el grueso chorro de un líquido. Sintió náuseas cuando se dio cuenta que era sangre. El flujo de sangre fue insoportablemente largo, pero finalmente se extinguió. Así terminó la visión.<sup>101</sup>

Naturalmente, Jung quedó profundamente impresionado por su incursión al inconsciente. Sabía, por las imágenes, que la visión hacía referencia a un mito del héroe, una historia de muerte y resurrección. Pero no alcanzaba a comprender su significado. Seis días después tuvo un sueño:

---

100 *Ibíd.*, p. 213.

101 *Ibíd.*, p. 214.

Me encontraba con un joven moreno desconocido, un salvaje, en una solitaria montaña rocosa. Era antes del amanecer, el cielo del este era ya claro y las estrellas se extinguían. Entonces resonó por las montañas el cuerno de Sigfrido y supe que debíamos matarle, íbamos armados con fusiles y le acechábamos en un estrecho acantilado. De pronto apareció Sigfrido en lo alto de la cumbre de la montaña, con el primer rayo del sol naciente. En un carro de osamenta descendía rápidamente por la pendiente rocosa. Al doblar él una esquina, disparamos sobre él y se desplomó, herido de muerte. Lleno de asco de mí mismo y arrepentimiento por haber destruido algo tan grande y bello, intenté huir, impulsado por el miedo, pues podían descubrir el crimen. Entonces comenzó a llover copiosamente y supe que todas las huellas del crimen quedarían borradas. Había escapado al peligro de ser descubierto, la vida podía continuar, pero quedaba un insoportable sentimiento de culpa.<sup>102</sup>

Cuando despertó, intentó meditar sobre el significado del sueño, pero le resultaba imposible comprenderlo. Intentó dormirse nuevamente, pero una voz interna le ordenó: «¡Tienes que comprender el sueño inmediatamente... Si no comprendes el sueño tendrás que disparar sobre ti!». Jung miró el revólver cargado que tenía en su mesa de noche. Sintió miedo, pero volvió a meditar y después de un rato finalmente comprendió todo: la visión de la inundación, la incursión al inconsciente y el sueño de Sigfrido. El problema que se le planteaba era el mismo que a Europa en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Sigfrido, el héroe mitológico que había matado al dragón —y cuyo paralelismo con el Aquiles griego es evidente—, representaba lo que los alemanes querían en ese momento histórico: imponer su propia voluntad de manera heroica. Era en el fondo lo mismo que quería Jung, pues estaba identificado inconscientemente con la figura arquetí-

---

102 *Ibíd.*, pp. 214-215.

pica del héroe. Lo que el sueño le estaba mostrando es que su actitud psicológica, esa actitud que hemos descrito como asertiva, exitosa, estratégica, masculina, dominante, etcétera, ya no se adecuaba a su situación. Por eso era que Sigfrido debía ser «eliminado».<sup>103</sup>

## El mito del héroe y el dragón

El mito de fondo que está operando en todo este proceso es el conocido *mito del héroe*. Como lo mostró Joseph Campbell, y como bien lo sabía Jung, este «tema» es común a todas las culturas: es un arquetipo. Su tema es simple –aunque tenga infinidad de variables–: primero, el héroe *se separa* de su tierra –o de su madre–; después, en su aventura, sufre muchas pruebas, hasta que finalmente llega a la máxima de ellas: debe morir ante un peligro que no puede vencer, peligro que casi siempre es representado como un gran dragón o un animal de dimensiones monstruosas (que valga decir, es una de las sombrías imágenes del arquetipo de la Madre). Es entonces que el héroe *es iniciado*, pues muere a su naturaleza anterior. Pero muere para, finalmente, *renacer con otra naturaleza*, y retornar a su tierra o a su hogar.

Podemos ver ahora cómo el experimento que la psique realizó con Jung tiene profundas resonancias para nuestros días. Pues representa un motivo mítico en plena vigencia y en íntima relación con el arquetipo de la Diosa o la Gran Madre. El mensaje es claro y simple: el *héroe* debe morir. O en palabras psicológicas: la parte de nosotros que se define como una entidad separada, y con la que usualmente estamos plena-

---

103 *Ibid.*, p. 215.

mente identificados –es decir el ego–, debe ser trascendida, o integrada en un nivel superior, a fin de alcanzar la Sabiduría y un estado de mayor completud e integración. Así pues lo que está teniendo lugar, en un nivel muy amplio, es una *iniciación* de la especie. Y toda iniciación es una muerte metafórica. Para ser iniciados en otro estado de consciencia, para *pasar* al otro lado y aprehender una nueva realidad, hemos de «morir» a nuestra identidad como ego-héroe y, de una manera simbólica, dejarnos matar por el dragón.

Una vez más volvemos sobre la imagen de Orión, que prometió aniquilar a toda criatura viviente sobre la Tierra. Esta imagen es la del *héroe* en la cima de su soberbia, ante la cual Gaia –madre de la tierra y todas las criaturas– decide convertirse en escorpión y envenenarlo para darle muerte. En nuestra cultura heroica solemos alabar las grandes hazañas, que muestran cómo el héroe es capaz de «matar» al dragón: es lo que hacen el Sigfrido nórdico, el Hijo del *Himno de la perla* o el San Jorge católico. Es lo que todo ego en pleno desarrollo cree estar haciendo: vencer al monstruo. Y es lo que la empresa científica ilustrada busca hacer con la materia: penetrarla para vencerla y dominarla.

Pero hemos olvidado que el *héroe*, como le dice el sueño a Jung, y como narran buena parte de los mitos ancestrales de la humanidad, *debe morir*. Si no muere no podrá renacer. Su muerte, valga decir, no tiene que ser una muerte literal. Puede, y en nuestro caso debe ser, una muerte metafórica. La aparente amenaza que la voz le hace a Jung: «¡Si no comprendes el sueño tendrás que disparar sobre ti!», no es en realidad una amenaza sino es una protección. Pues lo que le está diciendo es que si no es capaz de comprender la muerte metafórica de su ego-héroe, la muerte lo alcanzará física y li-

teralmente. Como dice Patrick Harpur, «debemos “morir para nosotros mismos” para renacer como un nuevo sí-mismo»<sup>104</sup>.

Si no somos capaces de afrontar una iniciación interna, si no somos capaces de superar al héroe y permitirnos trascenderlo, corremos el grave riesgo de morir literalmente. En otras palabras: si no somos capaces de *ver* que estamos enlazados como un gran organismo a la red de la vida, que la ilusión de un ego separado y vencedor es sólo un espejismo de la conciencia, entonces el *héroe* morirá literalmente a manos de la Diosa.

Cuando Jung entendió su sueño, experimentó una gran compasión, pues el disparo a Sigfrido era «como si hubiesen disparado sobre mí»<sup>105</sup>. En efecto, una parte de él mismo había disparado sobre otra. El moreno salvaje, a juicio de Jung, representaba la imagen de su *sombra* primitiva, un remanente instintivo y astuto que le había dado la fuerza y la iniciativa para acabar con el *héroe*. La lluvia al final del sueño mostraba que la tensión entre la conciencia y el inconsciente se estaba disolviendo. Más profundamente, Jung comprendió que la muerte no es más que el paso a un estado más amplio de conciencia, que abandonamos la pequeña voluntad del ego heroico para dar paso a una Voluntad mayor. Como dice el propio Jung: «había que dar fin a esta identidad con el ideal del héroe; pues existe algo más alto que la voluntad del yo y a lo cual hay que someterse».<sup>106</sup>



---

104 HARPUR, P., *op. cit.*, p. 163.

105 JUNG, *Recuerdos*, *op. cit.*, p.215

106 *Ibíd.*, p. 215.

Si hay algo fundamental en la obra y en la experiencia vital de Jung, es el descubrimiento de que la conciencia del ego, la conciencia individual, es un producto del inconsciente colectivo. En otras palabras: que nuestra mente individual nace de una gran mente de la especie. O como dirían los filósofos neoplatónicos, que nuestra ánima –o alma– es una parte del Alma del Mundo, o *Anima Mundi*. Esta Alma colectiva es un tejido sutil que enlaza todos los fenómenos, es la verdadera trama de la realidad, el principio que anima, transforma y ordena al Cosmos. Todo camino interior pasa, necesariamente, por una relación con este gran arquetipo. Este es el paso necesario para alcanzar la completud. ¿Cuáles han sido entonces los ropajes de la Madre a lo largo de los siglos? ¿Qué símbolos han estado ligados desde el principio de los tiempos a esa Gran Alma del mundo a la que se ha llamado también Sabiduría? Estas son las preguntas necesarias que debemos intentar dilucidar ahora. Pues únicamente entendiendo lo que nos ha dicho la Diosa a lo largo de la historia de la especie, podremos comprender, en su sentido más amplio y urgente, lo que nos está diciendo ahora.



Capítulo III

# Los mil rostros de la Diosa



En el principio, Eurynome, la Diosa de todas las cosas, emergió desnuda del Caos, pero no encontró nada substancial sobre lo cual posar sus pies. Entonces dividió el mar del cielo, danzando solitaria sobre sus olas. Danzó hacia el sur, y el viento que había puesto en marcha tras de sí devino algo nuevo y aparte con lo cual comenzar un trabajo de creación. Danzado y girando, atrapó a ese Viento del Norte, lo frotó entre sus manos y ¡oh, contempla!, la gran serpiente Ophion. Eurynome danzó para calentarse, de manera cada vez más salvaje, hasta que Ophion, entrado en lujuria y arrollado en esas caderas divinas, fue llevado a copular con ella. Ahora, el Viento del Norte, que también es llamado Boreas, fertiliza; por eso las yeguas suelen tornar sus ancas al viento y procrear potros con la ayuda de un semental. Del mismo modo Eurynome tuvo a sus hijos.

Luego Ella asumió la forma de una paloma, taciturna sobre las olas, y a su debido tiempo depositó el Huevo Universal. Ophion decidió dar siete vueltas alrededor del Huevo, hasta que rompió el cascarón en dos. Salieron entonces todas las cosas que existen, sus hijos: el sol, la luna, los planetas, las estrellas, la tierra con sus montañas y ríos, sus árboles, hierbas y criaturas vivientes.

Eurynome y Ophion hicieron su casa en el Monte Olimpo, donde Él la enfadó al decirse autor del universo. De inmediato Ella le ma-

gulló la cabeza con su talón, le quitó los dientes y lo desterró a las cuevas oscuras bajo la Tierra...<sup>107</sup>

Este es uno de los más hermosos y antiguos mitos de creación. Se atribuye a los pelasgos, un pueblo neolítico que presumiblemente llegó a Grecia desde Palestina alrededor del 3.500 a.C. y que debió ser muy cercano a los habitantes pre-helénicos del Peloponeso. En este mito encontramos una gran cantidad de referencias a otros arcanos relatos sobre la Madre. De hecho, en él se anudan prácticamente todas las imágenes arquetípicas de la Diosa Madre: el caos u océano primigenio, la serpiente, la paloma, las bestias, el huevo universal, la montaña, el mundo ctónico o subterráneo.

Tomemos el símbolo del océano primordial, la substancia de la cual, en última instancia, todo surgió. En la versión de Homero del mismo mito, todos los dioses, así como las criaturas vivientes, nacieron de la corriente de Océano, quien rodea al mundo; pero Tetis, al ser la madre de todas las criaturas, reina sobre el mar.<sup>108</sup> Simbólicamente, Tetis y Océano tienen la misma función, son la misma figura, dividida en dos imágenes.

Otra preciosa referencia a la Madre como el gran océano la encontramos en la mitología hinduista, aún más antigua que la prehelénica. Para el hinduismo, Brahma es el creador del universo, y descansa sentado en un resplandeciente trono de loto. El loto nace del ombligo de Vishnú, dios durmiente de cuyo sueño emerge el mismo Brahma. El universo y su creador son, pues, la emanación de un dios superior, o bien de un estrato más profundo del cosmos. Pero Vishnú, por su parte, surge de seres aún más primordiales: duerme sobre Ananta, la gigantesca cobra de siete cabezas cuyo nombre significa

---

107 GRAVES, Robert, *The Greek Myths I*, The Folio Society, Barcelona, 2001, p. 35.  
Traducción propia.

108 *Op. cit.*, p. 38.

«interminable». Y la serpiente, a su vez, flota sobre «el Océano de Leche cósmico que es la madre de todo cuanto existe»<sup>109</sup> (ver figura 1).



*Figura 1. Vishnú, acompañado de su consorte Lakshmi, sueña a Brahma, mientras descansa sobre la serpiente Ananta, que flota en el océano cósmico. Autor anónimo.*

Las distintas versiones del mito egipcio, el más antiguo de que se tenga noticia (aproximadamente del s. XXV a.C.), y que está escrito sobre los muros internos de las pirámides, también formulan la existencia del océano primigenio, al que llaman Nu<sup>110</sup>. Nu es una masa infinita e informe de aguas en

<sup>109</sup> CAMPBELL, Joseph, *Las extensiones interiores del espacio exterior*, Atalanta, Girona, 2013, p. 63.

<sup>110</sup> Algunas versiones hablan del huevo primordial en reemplazo del océano.

tinieblas, las aguas del caos, en las cuales existen ya, en potencia, los dioses creadores de todo. De las aguas de Nu surge un monte en forma de pirámide, y de la pirámide una flor de loto, y de la flor el Sol, al que los egipcios llamaban Ra. Algunas versiones dicen que Ra nació en forma de escarabajo, o de halcón, o de niño.

Y el mito egipcio guarda a su vez una relación estrecha con los relatos maya y azteca. El *Popol Vuh*, la más antigua recopilación de mitos y leyendas de los maya-k'iche', cuenta que en el principio solo existía el mar silencioso, oscuro e inmóvil, y el espacio del cielo. Todo estaba quieto, incluso los dioses que, en estado latente, habitaban ya en este espacio. Entonces sus palabras crearon al mundo y al hombre. Según una versión de la mitología de los nahuas, predecesores de los aztecas, existía en el origen solo un mar inmenso, en el que habitaba el monstruo de la tierra. El dios Tezcatlipoca le ofreció su pie como carnada y cuando el monstruo lo mordió, él y Quetzalcóatl lo atraparon y lo extendieron para darle forma a la tierra: sus ojos se convirtieron en lagunas, sus lágrimas en ríos, sus orificios en cuevas...<sup>111</sup>

Todas las grandes madres nacen del océano primigenio o los abismos de agua, el útero primordial de la vida del cual emerge toda criatura –nos dicen Baring y Cashford–. El mar era el ideograma de Nammu, la diosa sumeria; Isis era «nacida de todo-lo-que-es-agua»; Hathor es «el abismo de aguas del cielo»; Nut, diosa del cielo, deja caer su leche bajo forma de lluvia; afrodita nace de la espuma del mar<sup>112</sup>

---

111 Tomado de: [http://es.wikipedia.org/wiki/Mito\\_de\\_la\\_creaci%C3%B3n](http://es.wikipedia.org/wiki/Mito_de_la_creaci%C3%B3n).

112 BARING y CASHFORD, *op. cit.*, p. 631.

En efecto, podrían escribirse libros enteros sobre las asombrosas coincidencias simbólicas que ligan a los diferentes mitos de la Diosa Madre Primigenia.<sup>113</sup> En este capítulo, sin embargo, me interesa resaltar únicamente los símbolos más relevantes del arquetipo de la Diosa Madre. El objetivo es esbozar el complejo de relaciones que dicho arquetipo ha tejido en el inconsciente colectivo desde los albores de la humanidad. El mito, vale recordar, no es una fábula ingenua o lineal: es una gran red de antiguas intuiciones y relaciones. Es un relato abierto que ha sido formulado de muchas maneras por las diferentes culturas humanas. Para echar mano de la metáfora musical, es como un gran tema con infinitas variaciones, o un gran sistema cabalístico con interminables permutaciones entre sus elementos.

Si es que el arquetipo de la Gran Madre está retornando, como sugiere este libro, hemos de escuchar algo del gran repertorio que sobre Ella han dicho las culturas anteriores a la nuestra. Jung recomendaba, a una cierta altura del proceso psicoanalítico, que sus pacientes exploraran la mitología propia del arquetipo que estaba ejerciendo influencia sobre ellos. Al fin y al cabo, no podemos «salirnos» del mito. De alguna manera siempre estamos actualizando algún tema mitológico en nuestra vida: siempre estamos representando algún mito del inconsciente colectivo de la humanidad. La clave del asunto es tomar consciencia de cómo nos estamos relacionando con los mitos y arquetipos activos en nuestra psique, de manera que éstos puedan actuar como fuerzas guías en nuestro pro-

---

113 Para tal efecto, remito al lector a la completa investigación mitológica de Anne Baring y Jules Cashford, *El mito de la diosa*, op. cit. También recomiendo el erudito estudio *La gran madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*, escrito por el jungiano Erich Newmann, Trotta, Madrid, 2009.

ceso vital. De lo contrario, los arquetipos hacen su aparición como desequilibrio psíquico y enfermedad.

Permítaseme dar un breve ejemplo. Es posible ver la imagen mítica del océano primordial operando hoy en día como un elemento clave de la teoría de la evolución. Los científicos lo llaman el «caldo primigenio» –incluso su nombre es sorprendentemente similar a la imagen mítica–. Se trataría, para la teoría evolutiva contemporánea, de una solución líquida rica en moléculas de carbono, nitrógeno e hidrógeno que existió en la Tierra hace millones de años (ver figura 2). Según la hipótesis, la exposición de esta sopa primordial a rayos ultravioleta y descargas eléctricas de la atmósfera habría dado origen a las primeras estructuras de ARN, una primera versión del ADN. Esas primeras moléculas habrían desarrollado algunas funciones bioquímicas y pronto se habrían autoreplicado, empezando así el proceso evolutivo que dio origen a la vida sobre la Tierra.

Aunque los científicos insisten en diseñar complejas y problemáticas pruebas de laboratorio para *demostrar* la realidad de la teoría, es evidente que en esta hipótesis está operando la imagen mítica de la Madre de la Vida como un Océano Primordial. Desde luego no hay nada malo en la hipótesis del caldo primigenio, pues el mito se permite a sí mismo formularse en infinidad de maneras y con multitud de nombres. Sin embargo, como todas las teorías insertas en una perspectiva materialista, ésta también adolece de un elemento fundamental: el vínculo sagrado. Y es justamente ese vínculo numinoso el que resguardan los antiguos mitos de Eurynome o Nu. Cuando la ciencia contemporánea se relaciona con la materia como si fuese solo un objeto inerte, pierde de vista la dimensión sagrada de las fuerzas cósmicas que está intentando comprender. Entonces acecha el peligro, pues los ar-



*Figura 2. Los científicos suponen que el ambiente de este lago de elevada temperatura sería muy similar al caldo primordial, el medio en que se originó la vida. Foto, Jim Peaco, Creative Commons.*

quetipos no pueden desaparecer, pero al no ser reconocidos retornan en formas indirectas y patológicas, como las neurosis, las complicaciones psicológicas o las adicciones. Sin duda, el desequilibrio ecológico que vivimos hoy en día —que ha sido causado directamente por la acción humana de los últimos quinientos años— tiene como causa la pérdida de una relación emotiva y sagrada con el arquetipo de la Madre.

El paradigma materialista es el epítome de la actitud heroica en la ciencia. En nuestro tiempo este paradigma se ha atrincherado en una actitud literal y dogmática, buscando penetrar y «vencer» a la materia, a un precio quizá demasiado alto, pues ha perdido su relación sagrada con la vida. Sin embargo, si en un acto de apertura intelectual e intuitiva nos disponemos a explorar algunas imágenes y temas míticos sobre la

Diosa, quizá consigamos establecer una nueva relación con esa Vida que nos rodea. ¿De qué nos hablan, pues, los mitos sobre la Diosa Madre?

## **El orden cósmico y el número mágico**

Según el mitólogo Joseph Campbell, es posible encontrar a la figura de la Diosa Madre oculta incluso en el Génesis<sup>114</sup>, cuya mitología patriarcal es bien conocida. Pero para encontrarla es preciso antes dar un breve rodeo. Cuenta el Génesis que fueron diez los patriarcas que vivieron desde la Creación del Edén hasta el Diluvio: Adán, Set, Enós, Quenan, Mahalalel, Yéred, Henok, Matusalén, Lámek y Noé. Todos conocemos, más o menos, este relato. Lo que no es tan conocido es que se trata prácticamente de la misma historia que escribía un sacerdote babilonio, llamado Beroso, en el siglo III a.C. Decía Beroso que entre la creación de la primera ciudad, Kish, y la inundación de Babilonia –de donde se tomó la idea del Diluvio Universal– transcurrieron exactamente 432.000 años, durante los cuales reinaron diez reyes. Justamente son diez los patriarcas judíos anteriores al diluvio. La diferencia de los relatos está en el número de años transcurridos. Pues si sumamos las edades de los diez patriarcas al engendrar, tenemos que, según la Biblia, habrían transcurrido 1656 años entre el nacimiento de Adán y el año del Diluvio. Beroso, como vimos, sostenía en cambio que los años habían sido 432.000.

---

114 Las ideas que sobre el número nueve se exponen a continuación son tomadas del último libro de Campbell, *Las extensiones interiores del espacio exterior*, *op. cit.*, pp. 46-48.

La verdad es que no hay nada extraño en la coincidencia de los relatos, ya que el pueblo de Abraham vivió exiliado en Babilonia por casi cincuenta años, entre el 586 y el 539 a.C. Allí, con certeza, fue permeado por la provocadora cosmología babilónica. Lo sorprendente es que en esta historia hay una referencia oculta a la Madre. El secreto está, justamente, en el número de años de ambas versiones, aparentemente diferentes. En efecto, si hacemos la suma interna de esos 1656 años que según el Génesis transcurrieron entre la creación de Adán y el Diluvio, obtenemos el número nueve:  $1 + 6 + 5 + 6 = 18$ . Y  $1 + 8 = 9$ . Y nueve es el mismo resultado de la suma interna del número de años que Beroso había asignado al mismo período de tiempo: 432.000 años, es decir:  $4 + 3 + 2 = 9$ . Así pues, la aparente discrepancia de los relatos se disuelve en unas simples operaciones numerológicas que, valga recordar, eran muy frecuentes entre los sabios babilonios —y luego entre los cabalistas judíos—, que tenían una fascinación por los números. ¿Y qué con el número 9?, se preguntará el lector.

Pues bien: el nueve es un número que tradicionalmente se ha asociado a la Diosa Madre. La razón de esto es, quizá, una curiosa propiedad suya —que todo el que ha incursionado en la numerología conoce—: las sumas internas de sus múltiplos dan siempre nueve. Así, 18 ( $1+8$ ), 27 ( $2+7$ ), 36 ( $3+6$ )... Esta propiedad de «ocultarse» en sus hijos —o sus múltiplos— seguramente se asoció en las mentes antiguas con la intuición primaria de que el macrocosmos es igual al microcosmos: como es arriba, es abajo, decía Hermes Trimegisto. El nueve probablemente fue visto como un código o una matriz, que gobernaba tanto los ciclos macrocósmicos como los microcósmicos.

Lo sorprendente es que el número mágico no solo fue usado por los babilonios. Los *Puranas* y otros textos épicos sagrados de la India indican, igual que Beroso, que el número de años

del presente ciclo de tiempo, llamado *Kali Yuga*, es de 432.000, mientras que el del «gran ciclo» o *Mahayuga* es de 4.320.000. Y las *Eddas*, los libros de relatos mitológicos de Islandia, cuentan que en el salón de los guerreros de Odín hay 540 puertas, por cada una de las cuales pasarían 800 dioses guerreros al finalizar el actual ciclo.  $540 \times 800 = 432.000$ .

Y las coincidencias no paran ahí. En la India, siempre que se le canta o recita un mantra a la Madre se lo hace por 108 veces. Y  $1 + 0 + 8 = 9$ . Además,  $108 \times 4 = 432$ . En ocasiones especiales se recitan los 1.008 nombres que según algunas escuelas hinduístas tiene la Madre. «En la antigua Grecia, nueve eran las musas, diosas patronas de las artes, hijas de Mnemósine (memoria), la fuente de la imaginación, que es quien lleva las ideas elementales, arquetípicas, a su materialización artística en el ámbito espacio-temporal»<sup>115</sup>. Nueve veces –tres veces tres, en la mañana, al mediodía y a la noche– tocan las campanas del Ángelus de las iglesias católicas, cuando celebran la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Luego tocan nueve veces más. Y nueve, desde luego, es el número de meses de gestación de un embrión humano en el vientre de su madre.

El número nueve, velado entre las líneas del Génesis, no es pues una simple coincidencia. Implica que quien haya escrito esas líneas tenía un perfecto conocimiento de la Diosa y de su significado para los babilonios, y que fue su intención dejar oculto –y a la vez a la vista de todos– un mensaje para la posteridad. Pero, ¿cuál era concretamente el significado del nueve y de la Diosa para los sumerio-babilonios?

---

115 *Ibid.*, p. 49.

Sus sacerdotes, entre los cuales estaba Beroso, tenían una cosmología muy sofisticada para su época, producto de su rigurosa observación de los astros. Habían descubierto, en el IV milenio a.C., que existía una regularidad matemática en los tránsitos de las siete esferas visibles –el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno– a través de la ruta del Zodíaco<sup>116</sup>. En otras palabras: descubrieron que los ciclos de los astros celestes eran muy definidos, al punto que podían preverse matemáticamente. Existía, pues, un orden cósmico cíclico y muy preciso.

De hecho, fueron las observaciones astronómicas de los sacerdotes babilonios las que dieron origen a la «precesión de los equinoccios»: el lentísimo desplazamiento de los puntos equinociales dentro de la franja del Zodíaco. Antes de Cristo, el equinoccio de primavera –es decir, el punto por donde sale el sol el 21 de marzo– se encontraba en el signo de Aries (esto quiere decir, con la constelación de Aries como trasfondo en el cielo nocturno). Pero desde allí, a lo largo de unos dos mil años, ese punto equinoccial se desplazó hacia Piscis, en donde aún se encuentra. Actualmente, el equinoccio de primavera va rumbo a Acuario, en donde entrará en unos doscientos años. El círculo completo, esto es, el paso por los doce signos zodiacales, se completa cada 25.920 años. Este gran ciclo cósmico se conoce como el «gran año platónico». Aunque su descubrimiento suele atribuirse al astrónomo griego Hiparco, en el siglo II a.C., Campbell sugiere que el cálculo puede provenir de una fecha anterior, y que fueron los babilonios quienes muy seguramente dieron con él. Recordemos que nuestra medida del tiempo, basada en un sistema sexagesimal –es decir, con base en el número seis–, proviene

---

116 *Ibid.*, pp. 44-45.

de los babilonios. De manera que, si dividimos 25.920 entre  $60^{117}$ , obtenemos 432. Y 432.000 años, como vimos, es el lapso que según Beroso habría transcurrido entre el florecimiento de la ciudad de Kish y el Diluvio. Además,  $2 + 5 + 9 + 2 + 0 = 18$ , que es dos veces 9, y cuya suma interna resulta también en 9.

Así pues –concluye Campbell–, el misterio del cielo nocturno, ese movimiento lento y enigmático, pero constante, de ciertas luminarias celestes sobre el fondo de las estrellas fijas, condujo, una vez quedó matemáticamente trazado su recorrido, a la revelación de un orden cósmico; lo que evocó, como respuesta, un sentido recíproco de reconocimiento en las profundidades de la imaginación humana: cobró forma la idea de un vasto universo como un ser viviente, a semejanza de una gran madre en cuyo seno existían todos los mundos...<sup>118</sup>

De momento, quisiera resaltar que esta visión de la naturaleza como un gran ser viviente, esa profunda intuición de que existe una armonía oculta de la cual somos parte, es compartida por los neo-platónicos en su concepto de *Anima Mundi* –o Alma del mundo–, por los taoístas de la China antigua y por el hinduismo en su concepto del *dharma* o «virtud».

---

117 Sesenta es una unidad de medida a la que los babilonios llamaban *soss*, y es la base de todo el sistema sexagesimal para medir los círculos, tanto espacial como temporalmente. Tomado de CAMPBELL, *op. cit.* p. 49.

118 *Ibid.*, p. 51. Nótese aquí como la mitología de la Madre precedió al descubrimiento científico de una regularidad matemática en los movimientos celestes. Desde Jung sabemos que de no existir el arquetipo, la conclusión no habría tenido lugar, pues el mito precede a la idea, o mejor: en las ideas están ya, implicados, los mitos. Así pues, no es que los hombres hayan descubierto un nuevo dato del universo. Quizás la Madre misma decidió presentarse ante ellos con un nuevo ropaje: el ropaje de los cálculos científicos, el de una matriz matemática, cíclica y fundamental. Que el universo puede expresarse matemáticamente es aún un axioma fundamental de la física, la madre de las ciencias, esa rama de nuestra mente que se ha dedicado a estudiar la materia, la *mater*.

En su significado original, dharma es vivir y actuar según las leyes de la propia casta que, valga decir, no corresponden a leyes inventadas por los hombres, sino a las creadas por la naturaleza –a semejanza del comportamiento de los animales–. *Dharma*, como recuerda Campbell, proviene de la raíz sánscrita *dhri*, que significa sostener, soportar o apoyar. De manera que ajustándose a su propio *dharma*, a su propia ley o naturaleza, el hombre ayuda a sostener el universo, tal como los astros, los animales y las plantas, actuando según su propia ley natural, sostienen el Cosmos, a la vez que son sostenidos por él.<sup>119</sup>

Estas filosofías, que resuenan cada vez con más fuerza en nuestras psiques contemporáneas –y que son la base de todo pensamiento ecológico–, son tributarias de un modo de ser mucho más antiguo en la historia del hombre. La visión del universo como un gran ser vivo es, de hecho, muy anterior al descubrimiento de los sacerdotes babilonios. Si tenemos la osadía –o la humildad– de pensar de modo mitológico o arquetípico, podemos aventurar que el descubrimiento mismo de los babilonios de un orden cósmico solo pudo nacer en el ámbito de una mitología matriarcal que provenía de tiempos muy, muy remotos.

## **El lenguaje de la Diosa Madre**

La idea y la experiencia del universo como el cuerpo viviente de una Diosa Madre de todas las criaturas se remonta a la noche de los tiempos. Bien puede ser uno de los primeros recuerdos que guardemos en el fondo de nuestro inconsciente colectivo. Y sin duda es la fuente de la ideología primigenia

---

<sup>119</sup> *Op. cit.*, p. 51.

de la humanidad. Esa es la tesis de la mito-arqueóloga Marija Gimbutas, quien demostró, con más de 2000 piezas arqueológicas extraídas de Europa y Medio Oriente, que los pueblos que transitaban entre el paleolítico y el neolítico en el Viejo Continente –del 8000 al 3500 a.C. aproximadamente–, cultivaban una religión centrada en la figura de la Gran Diosa. Dicho de otra manera: en el principio Dios no era Él, sino Ella.

La religión centrada en la Diosa existió por un tiempo muy largo –dice Gimbutas–, más largo que la indo-europea y la cristiana (que representan un periodo relativamente corto de la historia humana), y dejó una huella indeleble en la psique occidental.<sup>120</sup>

Según Gimbutas, la vida en el ámbito de la Diosa no era lineal –no había que llegar a ninguna meta, ni superar ningún límite innecesario–: era cíclica, es decir mítica. Todo retornaba eternamente en la espiral serpenteante del tiempo.<sup>121</sup> La percepción del mundo era holística e integrada: todo hacía parte de todo. «[La] naturaleza no estaba clasificada como en las universidades modernas... los humanos no estaban aislados del mundo circundante y... era normal sentir el poder de la Diosa en el pájaro o la piedra, o en sus ojos o pechos, o incluso en sus jeroglíficos»<sup>122</sup>. Existía para el hombre antiguo todo un código de símbolos extendido en varios grupos de temas míticos estrechamente interrelacionados: el nacimiento, la muerte y la renovación, así como el despliegue y el movimiento perpetuo de la energía, según muestra Gimbutas en su obra *El lenguaje de la Diosa*.

---

120 GIMBUTAS, Marija, *The Language of the Goddess*, Thames & Hudson, Hong Kong, 2001, p. xvii.

121 *Ibid.*, p. xix.

122 *Ibid.*, p. xxiii.

A lo largo de décadas de excavación, investigación e interpretación de las piezas arqueológicas, Gimbutas llegó a la conclusión de que la Diosa representaba, ante todo, la renovación de la vida. Pues la Diosa es el misterio mismo del nacimiento, la muerte y el renacimiento. Ella crea y recrea incansablemente el cosmos que Ella misma *es*. Ella se auto-genera, pare los diez mil seres, se los lleva y los vuelve a gestar. Ella es la Madre Tierra que contiene y que sostiene todo, la *fuentes* de la que cada ser toma la vida. En este aspecto –el de *fuentes*–, era representada como el nacimiento de agua, el pozo y la laguna –de manera idéntica a la simbología que usa la Virgen–, pero también como el mar, la tierra negra, la montaña o el Útero Cósmico. La Gran Madre era también, al mismo tiempo, la *fuerza* que nace y muere con cada planta, cada animal y cada humano; esta infinita dinámica era re-



*Figura 3. Venus de Willendorf, una de las primeras imágenes de la Diosa. Se estima que fue esculpida entre 22 y 24 mil años a.C. Foto Matthias Kabel, Creative Commons.*

presentada en «espirales giratorias y arremolinadas, serpientes ondulantes y bucles, círculos, lunas crecientes, cuernos, brotes y semillas germinantes»<sup>123</sup>. En este segundo aspecto –el de *fuera*–, el símbolo más importante de la Madre era la serpiente, imagen que representa la energía vital, la regeneración y, como veremos, la transformación espiritual.

Como *dadora de la vida*, sus símbolos pertenecen a la esfera acuática –tal como en los mitos de creación vistos más arriba–. Los más importantes y recurrentes eran los zigzags, las franjas onduladas y las redes. Muchas veces la Diosa aparece como un híbrido entre mujer y aves acuáticas como patos o gansos. En sus versiones más esquemáticas y antiguas, provenientes del paleolítico, la Diosa podía estar representada únicamente por unos pechos o unas nalgas exageradas. También sobresalen inmensas barrigas embarazadas y vulvas protuberantes.

El embarazo y el nacimiento debían ser, según Gimbutas, momentos de un altísimo impacto en la psique primitiva. Así, las figuras más recurrentes en las cuevas de los hombres de Cro-Magnon son las de una madre dando a luz, con el feto aún ligado a ella por el cordón umbilical. Los neanderthales enterraban a sus muertos en posición fetal, como si al reentrar a la Tierra –en la tumba como imagen del útero– debieran prepararse para nacer de nuevo. Las primeras imágenes conocidas de la Diosa son las Venus del alto paleolítico (entre 35.000 y 10.000 años a.C.), figuras mágicas y poderosas esculpidas en piedra, marfil y hueso, y que representan el embarazo y la abundancia, el misterioso poder de lo femenino para crear la vida dentro de sí y sostenerla (ver figuras 3 y 4).

---

<sup>123</sup> *Ibid.*, p. xix.

Como *dadora de la muerte*, la Madre puede aparecer temible: como un rígido desnudo o como un hueso con un triángulo púbico sobrenatural –pues el pubis, desde luego, es el lugar en el que ocurre la transformación de la muerte en nacimiento–. Es curioso que el color representativo de la Muerte no fuera el negro, sino el blanco. De hecho, el negro era el color de la fertilidad: de las cuevas, la tierra y el útero; blanco, de manera opuesta, era el color de los huesos y de lo que ya no vive. Las máscaras de la muerte (del quinto milenio a.C.) muestran a veces la figura de un ave de presa, o de una serpiente, o de una boca grande con colmillos y una lengua colgante<sup>124</sup>. Esta



*Figura 4. Venus de Dolní Věstonice, probablemente esculpida entre 29 y 25 mil años a.C. Foto Petr Novák, Wikipedia, Creative Commons.*

---

124 *Ibíd.*, p. xxiii.

última imagen bien pudo ser la antecesora de las gorgonas griegas, los monstruos que convertían a los humanos en piedra. La muerte, como veremos, es una de las características principales de la oscura Kali de la India.

Pero la muerte y la vida no estaban separadas: eran una y la misma Diosa. Usualmente las imágenes de muerte se combinaban con los símbolos de la regeneración: cabezas de cuervo y cuernos de jabalí –la muerte– aparecen así adornados con grandes pechos; la Diosa Lechuza exhibe senos y vulvas en las tumbas del séptimo milenio a.C. El útero, como vimos, asumió gran preponderancia como símbolo de renovación, junto con los animales de forma análoga: el pez, la rana o la tortuga. Ya en pleno periodo neolítico, «las tumbas y los templos asumieron la forma del huevo, la vagina y el útero de la Diosa»<sup>125</sup>

Quizás el aspecto de la Madre que más imágenes generó en la psique neolítica es el que Gimbutas clasifica como *símbolos de energía y despliegue*. Aquí hacen gala espirales, cuernos, lunas crecientes, semicírculos o formas de «U», garfios, el árbol de la vida, la serpiente, líneas y zigzags (ver figura 5) o la misma Diosa en forma humana. Uno de los motivos más hermosos e impactantes es la transformación del uno en miles, como las frecuentes imágenes de cráneos que se convierten en abejas, mariposas o plantas. Al respecto nos dice Gimbutas:

Serpientes o cabezas de espirales antitéticas llenan las pinturas de los jarrones de la Vieja Europa con giros y movimientos. Remolinos, cruces y una variedad de diseños de cuatro esquinas son símbolos del dinamismo en la naturaleza que asegura el nacimiento de

---

125 *Ibid.* p. xxiii.

la vida y gira la rueda del tiempo cíclico de la muerte a la vida, para que la vida se perpetúe.<sup>126</sup>

Por supuesto, estas categorías o subgrupos –dadora de vida, dadora de muerte, energía y despliegue– están íntimamente entrelazados, pues constituyen, como hemos dicho, un amplio *sistema* de experiencias, representaciones y símbolos. Como todo arquetipo, la Gran Madre no se agota en una ima-



*Figura 5. Esta figura neolítica, en cerámica, data de 5500 a 2750 a.C. Es una típica representación del movimiento y la fertilidad de la Diosa. Foto Cristian Chirita, Creative Commons.*

---

<sup>126</sup> *Ibíd.*, p. xxiii.

gen: Ella es un *complejo*, una *red*. A semejanza del cráneo que se convierte en una mirada de abejas, sus imágenes son legión, todas apuntando como máscaras a una entidad tremendamente viva y poderosa. Recordemos que la función de los símbolos en el inconsciente es la de *abrir* el significado, no la de cerrarlo en definiciones limitadas –como usualmente busca la mentalidad literal–. La operación de la psique es metafórica y abierta, pues remite a realidades intuitivas, o mejor, a experiencias que trascienden el ámbito de la mente racional. Nos acercamos más fácilmente a los dioses –y a la Diosa– con el corazón fértil y la imaginación activa que con un intelecto cerrado, árido y lineal.

Si pudiéramos resumir o esquematizar los temas simbólicos con los que el arquetipo de la Diosa se manifestó desde el paleolítico hasta el descubrimiento de los babilonios, deberíamos resaltar: el océano primordial –o caldo primigenio– como la *f fuente* original de la vida; la *muerte* como una boca negra, una tumba en la tierra o un animal inmenso; el Cosmos como un *gran organismo*, una inmensa mujer cíclica y armónica que gesta, sostiene y renueva continuamente a toda la vida; y la *energía* que se despliega y transforma a los seres, representada en prácticamente todas las culturas como la gran serpiente.

## La serpiente cósmica

Para la etnia Yaruro en Venezuela, la serpiente Puana fue quien vino primero y creó el todo de la nada. Creó también a Kuma, la primera mujer, que pobló la tierra tras quedar embarazada. A la Diosa sumeria se le conocía como la Gran Madre Serpiente del Cielo, posiblemente en referencia a la Vía Láctea. En Australia la diosa aborígen Una, creadora de la tierra, era frecuentemente representada como tres hermanas

con un arco iris en forma de serpiente entre sus manos. En Egipto Ella era la Diosa Cobra. También Isis, esposa de Osiris y madre de Horus –a quien concibió virgen– era también representada como serpiente. De hecho, la imagen de la serpiente precede a los nombres de todas las diosas del panteón egipcio, de manera que su jeroglífico se traduce como «Diosa». Con certeza el uso de la serpiente en rituales y ceremonias era usual y muy antiguo.

En las islas del sur del Pacífico, en donde no hay serpientes, se mitologizó a la anguila, la serpiente marina. Las Diosas celtas y teutonas antiguas estaban envueltas en serpientes. Los chinos celebraban el poder del dragón [la serpiente con plumas y patas] y los aztecas y mayas de México y Centroamérica imaginaron la serpiente emplumada, o voladora, una forma de dragón. Tanto el monumental Karnak de Egipto como el misterioso alineamiento de piedras verticales llamado Carnac en Bretaña son alineamientos de la serpiente mágica; ambos nombres significan «Monte de la serpiente».<sup>127</sup>

Se puede afirmar sin temor al error que prácticamente en todas las mitologías del mundo, la Diosa Creatriz estaba acoplada con la serpiente, o Ella misma era la serpiente. En su origen la serpiente es energía pura y tiempo cíclico: espiral, círculo, bucle, remolino, luna creciente o cuernos de animal. Se trata de figuras del movimiento: imágenes de la vida que pulsa en una corriente en continuo despliegue, y del tiempo que gira en círculo o en espiral.

De acuerdo con los hallazgos de Gimbutas, los vestigios más antiguos de la espiral provienen de antiquísimas vasijas de barro de la segunda mitad del séptimo milenio a.C. en el su-

---

127 Söö, Mónica y Mor, Barbara, *The Great Cosmic Mother*, Harper One, 1991, p. 58.

deste de Europa<sup>128</sup>. Desde entonces su despliegue en una miríada de motivos da testimonio de un fuerte lazo de la psique neolítica con el símbolo de la serpiente-espiral. La serpiente seguramente aparecía ante el hombre neolítico como inmortal: la muda de su piel –y en Europa sus cíclicos períodos de hibernación y reaparición– garantizaban su continuidad y eran el símbolo mismo de la renovación. Y como era continua o inmortal, representaba a la vez la conexión entre los vivos y los muertos, como por otra parte también lo hacía el pájaro (ver figura 6). Quizá por la forma serpenteante de



*Figura 6. Mujer-pájaro. Figura egipcia neolítica, tallada en cerámica. Brooklyn Museum.*

---

128 GIMBUTAS, *op. cit.*, p. 277.

su cuello o por sus reapariciones periódicas, el símbolo del pájaro está entrelazado con el de la serpiente. «Ambos son encarnaciones de energía vital y son el asiento de las almas de los muertos», dice Gimbutas<sup>129</sup>. La síntesis entre serpiente y pájaro aparece en la magnífica deidad maya Quetzalcoatl, la serpiente emplumada que resucita a los muertos, al igual que en el dragón chino con su plumaje ígneo. Y también se manifiesta en la diosa griega Atenea, a quien se representaba con la serpiente y el pájaro.



Sin duda, una de las elaboraciones metafóricas más bellas de la serpiente es la que desarrollaron durante milenios las escuelas de tantra-yoga de la India, que dieron a esta energía vital el nombre de *kundalini*. Al respecto nos dice Joseph Campbell:

Kundalini (de *kundalin*, «circular, anillado, enroscado»; *kundalini* es voz femenina que significa «serpiente»): es la energía espiritual esencial, que se representa como una serpiente blanca enroscada y dormida en el *muladhara* [el centro energético o chakra de la raíz, situado entre el ano y los genitales] de cada persona. Las serpientes mudan la piel, al igual que la Luna lo hace con su sombra, como una forma de renacer; y así, simbólicamente, son la analogía terrestre de la Luna celestial, significando, como ésta, la luz de la conciencia inmortal adherida, incluso atrapada, en el ámbito del espacio-tiempo.<sup>130</sup>

Así pues, kundalini es la manifestación, dentro de los límites del cuerpo humano, de la Energía Creadora Primordial, a la

---

129 *Ibíd.*, p. 317.

130 CAMPBELL, J., *op. cit.*, p., 95.

que los tántricos llamaron Shakti<sup>131</sup>. La serpiente kundalini es el nervio que conecta la materia con un nivel superior de energía y vitalidad, y que en su ascenso a través del canal central del cuerpo sutil (*sushumna*), genera un éxtasis –o éns-tasis, como lo llamó Mircea Eliade– psicoenergético, cuyo análogo cristiano solo puede ser la *Unio Mystica*.

El indólogo y erudito del Yoga, Georg Feuerstein, nos dice de la *kundalini-shakti*:

Constituye el Poder universal conectado con el cuerpo-mente finito. En ocasiones, se concibe erróneamente como «Fuerza» y entonces se la contrapone, por conveniencia, al principio del amor. Sin embargo, según John Woodroffe observó hace mucho, Shakti es el Poder o la Capacidad cósmica y, en cuanto tal, es Dicha (*ananda*), Supra-conciencia (*cit*) y Amor (*prema*). Algunos expertos la llaman «Inteligencia Divina».<sup>132</sup>

*Kundalini-shakti* es una fuerza consciente e inteligente, latente como potencial psico-energético y espiritual en el ser humano. En tanto símbolo de transformación, la cercanía de *kundalini* con la Virgen María es evidente, tal como para los neolíticos estaban emparentados los símbolos de la serpiente y el ave.

Según la tradición yóguica, tan antigua como la milenaria cultura india, *kundalini* es una serpiente que da tres giros y medio en la base de la columna vertebral, en algún lugar entre el recto, el triángulo del sacro y el ombligo. Con su boca bloquea el canal energético central del cuerpo humano, conocido como *sushumna*, indicando que normalmente se encuentra en estado latente. Puede despertarse espontáneamente, bien

---

131 Feuerstein, Georg, *La tradición del Yoga*, Herder, Madrid, 2013, p. 655.

132 *Ibíd.*

ante la presencia de un maestro o Gurú, o bien por medio de técnicas muy concretas de concentración y respiración. Son estas técnicas de respiración (*pranayama*) las que se han usado con mayor frecuencia en las tradiciones del tantra y del hatha yoga, pues a través de la regulación del flujo del prana, o energía vital, se conduce a la *kundalini* a entrar en el canal central y ascender por él. Es entonces que la serpiente despierta.

Mucho se ha dicho sobre el proceso de despertar de la *kundalini*, pero normalmente se la explica como un calentamiento o una increíble explosión interna. El *pandit* Gopi Krishna, uno de los más reconocidos estudiosos del fenómeno de la *kundalini*, dice en su testimonio:

De repente, con un estruendo como el de una cascada, sentí una corriente de luz fluida penetrando en mi cerebro desde la columna vertebral. No estaba en absoluto preparado para este acontecimiento, que me agarró totalmente por sorpresa. Sin embargo, recuperé al instante el autocontrol y permanecí sentado en la misma posición, manteniendo mi mente en el punto de concentración. La luz se volvía cada vez más brillante, el estruendo más ensordecedor, tuve una sensación de tambaleo y entonces sentí que me deslizaba fuera de mi cuerpo, enteramente envuelto en un halo luminoso.<sup>133</sup>

Por su parte, el místico indio Ramakrishna describe diferentes formas en las que experimentaba el flujo de la *kundalini*:

En ocasiones la Corriente Espiritual sube por la espina dorsal como los pasos menudos de una hormiga. Otras veces, en el *samadhi*<sup>134</sup>,

---

133 FEUERSTEIN, *ibíd.*, p. 656.

134 Se traduce usualmente como «absorción meditativa». Es el último estadio de la meditación, en el que la mente se torna totalmente quieta, se experimenta el éxtasis o incluso se sale del cuerpo durante algún periodo de

el alma nada gozosa como un pez en el océano del éxtasis divino. A veces, cuando me recuesto de lado, siento la corriente espiritual empujándome, jugando conmigo, como un mono. Me mantengo quieto y la corriente, como un mono, alcanza de una vez y en un salto el *sahasrara*<sup>135</sup>. Ésa es la razón por la que a veces me verán dar un repentino salto. Hay otras veces en que la Corriente Espiritual sube como un pájaro, saltando de rama en rama; y el lugar donde queda posada se siente arder... Y a veces la corriente espiritual asciende como una serpiente, zigzagueando hasta llegar a la cabeza, y entonces experimento el *samadhi*. La conciencia espiritual del hombre no se despierta hasta que despierta su kundalini.

Gopi Krishna consideraba a la *kundalini* como el motor de la evolución psíquica y espiritual de la humanidad y decía que, por su experiencia, podía afirmar que todo el proceso de ascenso de la energía y expansión de la consciencia ligado a su despertar era dirigido por «una Super-Inteligencia invisible».

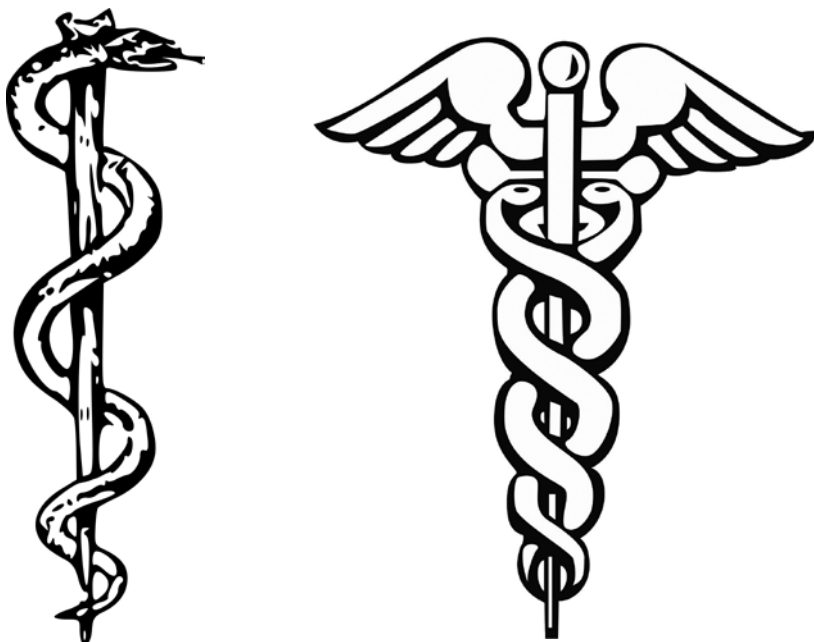
Si el lector ha visto alguna vez a una serpiente andando o reposando en su hábitat natural, comprenderá por qué se la asocia a una fuerza supra-humana. Sus escamas brillantes, su velocidad, su inquietante postura de apareamiento, su extraña habilidad para deslizarse mágicamente sobre la superficie de la tierra, la dotan de poder. Su movimiento ondulante es una clara imagen de energía y movimiento puros, como el de las olas o las ondinias; su adhesión a la Tierra y el hecho de que viva tanto sobre su superficie como en hoyos en su interior seguramente hizo sentir a los antiguos que se trataba

---

tiempo. Patanjali, el más importante sistematizador de las enseñanzas yóguicas, define varios tipos de *samadhi*.

135 Es el séptimo y último de los *chakras*, según la anatomía sutil del tantra y del yoga. Se representa como un loto de mil pétalos que cubre invertido la coronilla y que resplandece como mil soles. Cuando *kundalini* llega a este *chakra*, o vórtice energético, se alcanza un éxtasis más allá de todo nombre o forma.

de una manifestación directa de la energía de la Gran Madre. La serpiente es un ser numinoso, un símbolo vivo de energía ondulatoria pura, una guardiana del secreto de la transformación espiritual.



*Figura 7. El caduceo y la vara de Asclepio. Imágenes de Rama y Eliot Lash, y Andrew Pontzen y Fabio Governato, respectivamente. Creative Commons.*

Por todo esto, no es casual que la Diosa se manifieste a través de imágenes de serpientes en casi todas las culturas. Sin embargo, no deja de ser asombroso el que se la vea de formas exactas en muchas figuras míticas de alejadas partes del globo y de la historia. Ese es el caso del caduceo, la imagen de las dos serpientes entrelazadas ascendiendo alrededor de un eje vertical. La imagen (ver figura 7) aparece de manera exacta en copas rituales de Mesopotamia del año 2000 a.C., en códices aztecas, en cruces celtas de la Edad Media europea, en *crop circles* y, desde luego, en la imagen de las dos

serpientes ascendiendo alrededor del canal *sushumna* de la mitología yóguica y tántrica de la India.<sup>136</sup>

Como lo muestra Campbell y como lo deduce con aguda intuición Erich Neumann en su libro *La gran madre*, la potente imagen de las dos serpientes en cópula son representaciones del arquetipo de la transformación espiritual, sin duda uno de los aspectos más importantes de la Diosa. Es aquí donde la imagen de Kali, la oscura, nos da la clave para la comprender la profunda alquimia de dicha transformación.

## **La Madre Terrible y la transformación espiritual**

Al igual que la imagen de la *kundalini*, en India se desarrolló un aspecto del arquetipo de la Diosa muy poco explorado en occidente: la Madre Terrible. Como bien sabían los humanos neolíticos, la Gran Madre no solo sustenta, protege y da la vida. Ella también despedaza, aniquila y descompone los cuerpos de sus criaturas. En un sentido muy literal, la Tierra se alimenta de la sangre de sus hijos y destruye continuamente sus formas. Si observamos con atención, la misma Virgen, cuando anuncia catástrofes y guerras, está aún haciéndose eco de este aspecto iracundo de arquetipo de la Gran Madre.

---

136 Existen, además, multitud de imágenes análogas, como la vara de Asclepio, Dios griego de la medicina, pero también la imagen de la tradición oídica y gnóstica que representa a Cristo como una serpiente; templos budistas cuyas puertas son resguardadas por dos feroces dragones; pinturas de arena de la tradición navajo sorprendentemente similares al recorrido de la *kundalini* o el árbol de Yggdrasil, en el que el dios Odín de los escandinavos se colgó durante nueve días y cuyas raíces están custodiadas por tres dragones y su copa coronada por un águila. Tomado de Campbell, *op. cit.*, p. 83 a 133.

En India, desde antiguo, llamaron Kali a este aspecto de la Diosa, en relación con *kala*, el tiempo que devora en sus fauces la vida de los seres. Sobre ella nos dice Campbell:

[Es] la inocente voracidad de la vida, que se nutre de la propia vida, y constituye el interés primario del niño hacia la madre que lo alimenta. La quietud del sueño se troca en horrorosa pesadilla ante la aparición del ogro, el enorme caníbal o el acechante cocodrilo, que son criaturas también de los cuentos de hadas. El punto culminante de frenesí con las orgías dionisiacas es todavía, en algunas partes del mundo, un despiadado festín caníbal de toros vivos. La más expresiva imagen mitológica de esta sombría premisa básica de la vida se encuentra en la figura hindú de la madre del mundo, Kali, «la negritud del tiempo», que lame, consumiendo con su larga y roja lengua, la vida de todos los seres de este mundo, creados por ella misma.<sup>137</sup>

Kali, como dice el indólogo Heinrich Zimmer, es «la Oscura, el tiempo que todo lo devora, la señora coronada de huesos humanos...»<sup>138</sup>. Su imagen es muy similar a la Gorgona de los prehelénicos, y a Nut, diosa del renacimiento de los egipcios, para quienes representaba también al firmamento nocturno y a la negrura espesa que consume la tierra y las aguas. Al igual que Kali, Nut portaba unos agudos pechos, indicando que de la misma oscuridad proviene el alimento sustentador.

Hay, según el jungiano Neumann, tres potentes imágenes de Kali en la iconografía hindú. En una de ellas aparece rodeada de llamas y con una multitud de brazos, y está sentada en cuclillas sobre un cadáver mientras come sus vísceras, que

---

137 CAMPBELL, *op. cit.* p. 16.

138 ZIMMER, Heinrich, *Die indische Weltmutter*, en NEUMANN, Erich, *La Gran Madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*, p. 155.

salen del vientre del muerto como un cordón umbilical. En otra su piel es negra y baila sobre el cuerpo sin vida de Shiva, adornada con collares de manos y cabezas humanas (ver figura 8). En la tercera imagen muestra unos ojos desorbitados y una larga lengua de tigresa. Con una de sus manos acaricia la cabeza de una serpiente, mientras otra cobra se enrosca en sus caderas como un cinturón, su caperuza apuntando al sexo de la diosa. Esta última imagen emparenta nuevamente a Kali con la Gorgona, que también porta una serpiente como cinturón, y con la diosa azteca Coatlicue (ver figura 9), cuya falda está trenzada con el cuerpo de una culebra. La imagen de la Diosa con la serpiente en el regazo, además, nos vuelve a remitir al imponente mito pelasgo de Eurynome.

En su «forma espantosa» (*ghora-rupa*), la diosa se lleva a los labios como «Kali» la «Oscura», la copa formada por un cráneo lleno de sangre todavía humeante; la imagen de ella en que el devoto ha de recogerse internamente la muestra irguiéndose sobre un bote, ataviada con vestiduras rojo sangre, en medio de un mar de sangre: en el centro de la marea vital, del jugo sacrificial de que tiene necesidad para, en su manifestación benévola (*sundara-murti*), conceder el ser como madre universal (*jagad-amba*) a nuevas formas de vida en incesante procreación, darles de beber de sus pechos como nodriza cósmica (*agad-dhatri*) y procurarles alimento como la «rica en viandas» (*annapurna*).<sup>139</sup>

Así pues, Kali es el aspecto «oscuro» del proceso de la vida: es aquella fuerza psico-cósmica que absorbe la vida y disuelve las formas, solo para volver a parir y nutrir a los mil seres. Es la tierra negra en la que se sepulta a los muertos, pero de la cual brotan las semillas de los alimentos. Es la guardiana de la destrucción como el prefacio de la creación. Es el cam-

---

139 ZIMMER, H., *Die indische Weltmutter*, en NEUMANN, *op. cit.*, 158.

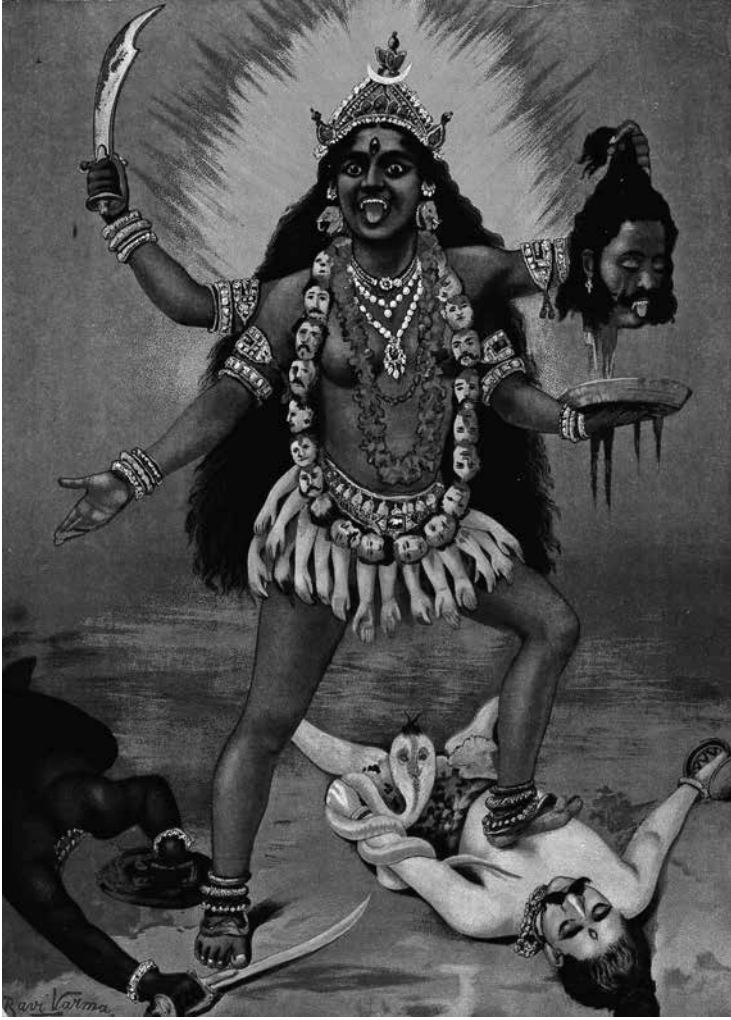


Figura 8. Kali, por el pintor indio Raja Ravi Varma, aprox. 1906.

po misterioso a donde va y de donde viene todo lo que vive: la Vida que sustenta a las vidas. Ramakrishna, quien se consideraba a sí mismo un devoto de Kali, dijo de ella:

Mi Madre es el principio de la consciencia. Ella es *Akahnda Satchitananda*; Realidad indivisible, Conocimiento y Dicha. El cielo nocturno entre las estrellas es perfectamente negro. Las aguas de las



*Figura 9. Coatlicue, diosa azteca primordial de la Tierra, madre de los dioses, del Sol, la Luna y la estrellas. Museo Nacional de Antropología de México. Creative Commons.*

profundidades del océano también; el Infinito es siempre misteriosamente oscuro. Esta oscuridad embriagadora es mi amada Kali.<sup>140</sup>

---

140 SWAMI Saradananda, *Sri Ramakrishna The Great Master*, Ramakrishna Math, 1952, p. 624. Tomado de <http://en.m.wikipedia.org/wiki/Kali>.

Kali fue adorada en su forma oscura durante milenios enteros, y aún lo es. Sin embargo, hacia el siglo XII apareció una nueva imagen de esta misma diosa, que la muestra en su carácter luminoso, en una postura pacífica y meditativa, como un Buda. Su imagen es casi idéntica a la de Tara (ver figura 11, p. 179), la diosa blanca cuya tarea es «conducir al devoto a salvo a través del océano de la existencia condicionada hacia “la otra orilla”»<sup>141</sup>. La Kali oscura se transforma a sí misma en la Kali benéfica y protectora, realizando en sí misma el proceso arquetípico de la transformación espiritual.

Hoy en día, la iconografía popular del shaktismo indio representa a Kali como una delgada mujer desnuda y con cuatro brazos: en uno porta una espada, o en ocasiones un tridente, que simboliza el Conocimiento Divino; en otro aún tiene un cráneo humano, representando al ego humano —que debe ser metafóricamente muerto por el Conocimiento Divino—; sus otras dos manos están en las posturas de la falta de miedo (*abhaya mudra*) y la bendición (*varada mudra*). Como un remanente de su forma arcaica, aún porta un rosario con 108 cabezas humanas, y su cuerpo es oscuro, como el cielo nocturno.<sup>142</sup>



Fue sin duda a través de la escuela tántrica que la antigua Diosa logró abrirse camino y realizar la transformación que Ella misma encarna. Como nos cuenta Georg Feuerstein, los primeros maestros del tantra aparecieron en escena en los primeros siglos del primer milenio después de Cristo, en res-

---

141 FEUERSTEIN, *op.cit.*, p. 638.

142 GORDON WHITE, David, *Tantra in Practice*, Princeton Press, 2000, p. 477. Tomado de: [en.m.wikipedia.org/wiki/Kali](http://en.m.wikipedia.org/wiki/Kali)

puesta al camino en la espiritualidad india de la renuncia y el ascetismo que proponían los maestros védicos y los *sannyasi* (o renunciantes espirituales). Estos creían que la realización espiritual sólo podía alcanzarse abandonando todos los asuntos mundanos y logrando, mediante prácticas extremas, el control total del cuerpo, las emociones y la mente. Su meta era trascender la condición humana, al precio de tornarse ellos mismos seres extraños, moradores de las grutas de las montañas inhabitadas. Es fácil ver en el sanyasi al arquetipo del héroe, que a fuerza de voluntad y sufrimiento logra vencer a la bestia de la naturaleza.

Pero su existencia planteaba, y plantea, una pregunta fundamental a la espiritualidad india: si la Realidad –el espíritu inmortal o *Atman*– es lo único que existe, ¿por qué empeñarse en «vencer» al mundo y al cuerpo a fin de alcanzar lo que, en última instancia, se encuentra también en el cuerpo y en el mundo? ¿Por qué considerarlos un enemigo de la Verdad? ¿Por qué habría que abandonarlos, si la Verdad, como el Dios oculto, mora también en ellos?

Esas eran las preguntas que animaban a la espiritualidad tántrica, que emergió del mar de prácticas ascéticas como una corriente subversiva. En oposición a los cultos de los dioses masculinos, los tántricos rescataron el culto a la Diosa, muy frecuentemente representada como Kali. Dicho culto existía ya desde los tiempos védicos –y con certeza mucho antes que los mismos *Vedas*, las primeras escrituras sagradas de la India–. De manera que los tántricos simplemente recurrieron al repertorio de rituales en torno a la Diosa que se practicaban en las comunidades rurales desde la remota antigüedad de la península índica.<sup>143</sup> (ver figura 10).

---

143 FEUERSTEIN, *op. cit.*, p. 632.



*Figura 10. Estatuilla india de la Diosa, quien era la principal figura de culto entre los pueblos neolíticos de India. Parece ser una mujer serpiente. Foto Denis Biette, Creative Commons.*

Sin embargo, a pesar de su remoto origen, la literatura tántrica sólo apareció poco antes del primer milenio de nuestra era. La fórmula tántrica es simple, pero profundamente revolucionaria: el *samsara* es el *nirvana*. Esto quiere decir que el mundo fenoménico, el mundo de las cosas y los objetos –o la red de Maya, la araña que teje la ilusión– no está separado, ni es diferente al «Ser», «Conciencia» o «Dicha» de la Realidad trascendente:

En consecuencia –explica Feuerstein–, la iluminación no requiere abandonar el mundo o destruir los propios impulsos naturales. Implica más bien contemplar la realidad inferior como contenida e idéntica a la realidad superior, y permitir que esta última se

transforme en la primera. Así, la clave del tantra es la integración, la integración del yo con el Yo, de la existencia corporal con la Realidad espiritual.<sup>144</sup>

El tantra –como el culto mariano– fue un movimiento popular. Sus primeros maestros y practicantes provenían de las castas bajas y eran pescadores, tejedores o lavanderas. Y es que el tantra propone un enfoque ante todo práctico: se trata de la *sadhana*, la práctica espiritual. Este acento de hecho fue propuesto en parte como una respuesta al enfoque excesivamente teórico y abstracto del Advaita-vedanta –la filosofía de la élite hindú–, pero también porque estaba dirigido y diseñado para quienes viven en el mundo y son apenas capaces de dirigir sus energías hacia la Divinidad.

Las enseñanzas tántricas son eclécticas, e integran el uso de *asanas* o posturas físicas, *mantras* o fórmulas sagradas, *mudras* o posiciones de las manos, y *mandalas* o esquemas cósmicos usados para la visualización, entre otros muchos rituales y prácticas meditativas. Más que un corpus coherente y lineal, sus prácticas constituyen un conjunto diverso proveniente de muchas fuentes. Sin embargo, su propósito es claro: acceder a lo supra-mundano a través de la vida en el mundo. Como vimos, en lugar de negar y trascender la realidad corporal y mundana, para el tantra se trata de integrarla y «trasparentarla» desde una nueva perspectiva, o una percepción renovada del mundo: el *samsara* es el *nirvana*.

Es en este contexto que las enseñanzas tántricas responden a las necesidades de la Edad Oscura: *Kali-yuga*, la era de Kali, el tiempo de la discordia y el conflicto, en el que la humanidad está alejada de la Divinidad, y en la cual aún nos encontramos

---

144 FEUERSTEIN, *op. cit.*, p. 634

según la mayoría de intérpretes de las escrituras hindúes. (Es preciso señalar que aunque el Kali del que hablan las escrituras hace referencia a un demonio antiguo –enemigo del dios Vishnu–, su parecido con la diosa Kali es evidente: su color es oscuro como el hollín, tiene una lengua larga y porta un hueso, según el *Kalki Purana*).

No es casual que el espíritu del tantra haya influenciado profundamente muchas escuelas espirituales de su tiempo: el budismo –sobre todo el Mahayana–, el jainismo, el bön tibetano y el mismo hinduismo. Pues su principio es universal y simple: usar el *prana* –o la energía que impregna el universo y fluye a través suyo– para fines espirituales. En otras palabras: encarnar el arquetipo de la *transformación espiritual* por medio del despertar de la Shakti-kundalini, en medio del mundo y de la vida.



Según algunas escuelas tántricas, el principio femenino Devi o Shakti se manifiesta en diez formas, que son conocidas también como las «Grandes Sabidurías» (*maha-vidya*), en un interesante paralelismo con la noción hebrea, gnóstica y cristiana de la Sophia o Sabiduría Divina. Éstas formas son: *Kali*, la primera y principal, imprevisible y destructora; *Tara*, la salvadora; *Tripura Sinduri*, la belleza esencial; *Bhuvaneshvari*, la señora del mundo; *Bhairavi*, la transformadora del devoto; *Chin-namasta*, la que aniquila la mente; *Dhumavati*, el humo divino; *Bagalamukhi*, la que aplasta los errores y las falsas ilusiones; *Matangi*, la patrona de las artes y la música; y *Kamalatmika*, la Diosa de la plenitud y la pureza que está sentada sobre un loto (*kamala*)<sup>145</sup>.

---

145 *Ibíd.*, pp. 637-638.

Pero a diferencia del dogma cristiano, la mitología india ha sido siempre más abierta y flexible: sus elementos se transfiguran y se extienden continuamente. Vemos pues cómo Shakti se manifiesta en una red de múltiples rostros, y cómo Kali, la madre terrible y oscura que disuelve y devora las formas, se transforma en Tara, la blanca Tara, «la que conduce felizmente al otro lado»<sup>146</sup>. Es Ella, la Diosa blanca, la que transparenta el *samsara* –la rueda de las encarnaciones–, transmutándolo en *nirvana*. Ella, la misma que en su aspecto de Maya ha tejido el velo del mundo, nos muestra que el velo es translúcido, que puede y ha de atravesarse, pues en el fondo sólo existe una sola Realidad.

Así, la ilusión (Maya) se convierte en sabiduría (Sophia). Este es el potente arquetipo de la transformación espiritual, el aspecto de la Diosa que nos habla directamente en este tiempo de profecía. El arquetipo puede verse también en la imagen de Yggdrasil, el árbol mitológico de los nórdicos, en cuyas raíces viven tres dragones –representantes de las fuerzas telúricas y terribles del fondo de la Tierra– y en cuya copa se posa un águila –símbolo de la libertad del espíritu–. Es de esta misma transformación que nos habla la hermosa imagen budista del loto, que crece y florece del lodo. Y desde luego, la misma que indica el esquema tántrico y yóguico de la kundalini que sube desde la raíz de la columna hasta el loto de los mil pétalos de la coronilla. La Madre-serpiente asciende, y en su ascenso deviene la Madre-pájaro –el águila de Yggdrasil, la paloma blanca del Espíritu Santo, el Ave María–; o bien se convierte en la Madre-flor –el loto de los mil pétalos o la *Rosa Mystica* de la Virgen. La fuerza oscura y creadora del universo se transforma en materia transubstanciada y luminiscente.

---

146 *Ibíd.*



El símbolo de la flor es uno de los más usados por la Diosa. Para los egipcios, como veíamos, el creador Ra –o el Dios Sol– nace de un loto, exactamente como Brahma para los hinduístas<sup>147</sup>. En el culto de los Misterios Eleusinos, las Grandes Diosas eran adoradas en un ambiente lleno de flores y espigas de trigo. La Isis egipcia como la Deméter griega, ambas antiquísimas Diosas Madres, eran imaginadas como una rosa. En la visión cristiana de Dante, «la sagrada rosa blanca de la Virgen es la última de las flores luminosas en manifestarse bajo el estrellado firmamento nocturno como suprema revelación espiritual de lo terrenal»<sup>148</sup>. Y no olvidemos que una de las apariciones más conocidas de la Virgen es la de la *Rosa Mystica*.

Y es que la flor es el ser más puro y sutil en que es capaz de tornarse la materia del mundo. Al contrario de los símbolos masculinos de la Divinidad, como Shiva, Zeus o Yahvé, que parecen encontrarse separados del mundo, la flor permanece vinculada a la tierra: nace de ella y, sublimando el alimento oscuro del subsuelo, transmuta la materia densa en pétalos sutiles, colores vivos, néctar dulce y perfume. Pero además la flor es un mandala: un círculo mágico, el símbolo de la totalidad psicológica. Como bien lo ha mostrado Jung<sup>149</sup>, el círculo es uno de los símbolos más importantes y potentes del inconsciente colectivo, pues representa la unión de los

---

147 Según otras versiones del mito, Brahma nace del agua, de una semilla o del Huevo Cósmico.

148 NEUMANN, *op. cit.* p. 319, 320.

149 JUNG, Carl y WILHELM, Richard, *El secreto de la flor de oro*, Paidós, Barcelona, 1995.

opuestos –masculino y femenino, sujeto y objeto, conciencia e inconsciente, cielo y tierra–, así como la concentración de la energía psíquica en «un recinto sacro interno que es origen y meta del alma, y que contiene esa unidad de vida y conciencia»<sup>150</sup>. Es, en pocas palabras, el símbolo del reordenamiento de la personalidad en un nuevo centro psíquico más amplio, en otro estado de conciencia más total y profundo, al que Jung denominó el Self.

## **Sophia, Tara, Guan Yin y Avalokiteshvara: la Madre salvadora**

En la tradición occidental, el arquetipo femenino de la transformación espiritual sobrevivió a milenios de patriarcalismo bajo el nombre de Sophia o Sabiduría de Dios (ver figura 12). Permeó no sólo la tradición hebrea –bajo el nombre de *Chokhmah*–, el gnosticismo, el cristianismo ortodoxo y el esotérico, sino también el misticismo católico en figuras como Hildegard von Binger.

Los gnósticos, en su hondo y versátil pensamiento mitológico, comprendían a Sophia como una fuerza cósmica, de una manera muy similar a como los tántricos entendían a Shakti. Fue Ella quien, por alguna razón que se pierde en la misteriosa oscuridad de los tiempos, se «separó» del Pleroma –la totalidad completa de la Divinidad–. Y al separarse de la Unidad dio origen a la «caída», es decir, a la fabricación de la materia. Sophia, al verse alejada del Uno, sintió angustia y miedo y un intenso deseo de regresar al Pleroma, al que sin duda volvió de inmediato. Pero la materia oscura y dura ya había sido fabricada por

---

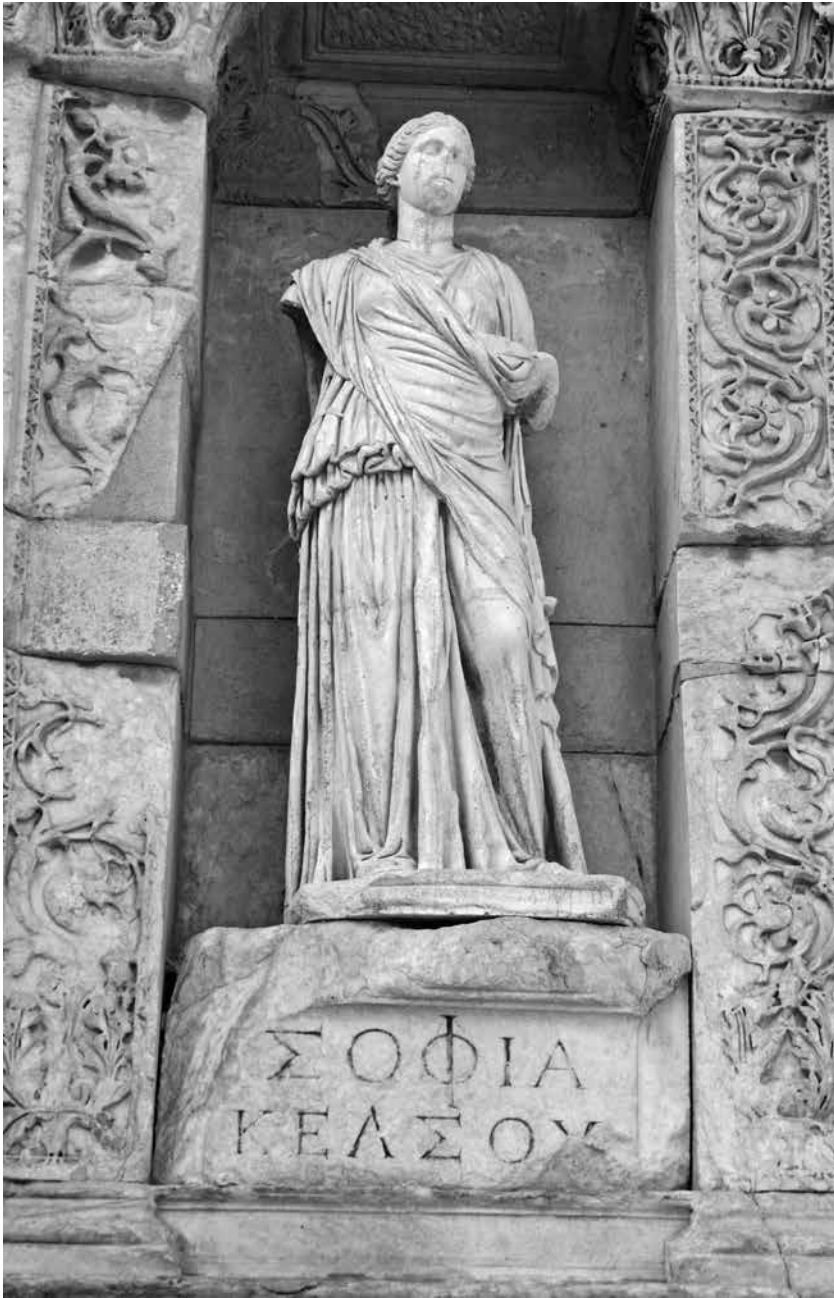
<sup>150</sup> *Ibíd.*, p. 39.



*Figura 11. Tara, la Diosa que conduce al otro lado. Estatua nepalí del siglo XIV. Metropolitan Museum of Art.*

el Demiurgo, el dios inferior del que emanó nuestro mundo. Sophia decidió entonces «infusionarse» en cada partícula material, permeando con chispas de espíritu –o de *pneuma*–, todos los átomos del mundo. De ahí que Sophia resida en cada uno como una chispa divina, y de ahí que sea Ella la fuerza que atrae a las almas al retorno a la Unidad. Su historia mítica, por otra parte, es la historia de cada alma: el drama divino de la caída a la materia y el posterior «camino de retorno» a –o el recuerdo de– la Realidad Única.

Así pues, la Sophia para los gnósticos era una divinidad por derecho propio, con una gran cantidad de manifestaciones.



*Figura 12. Estatua de Sophia. Biblioteca de Celsus, en Éfeso, Turquía. Foto de José Luiz Bernardes Ribeiro. Creative Commons.*

Se le llamaba con muchos nombres: Espíritu Santo, Madre Universal, Madre de lo Viviente o Madre Resplandeciente; Ella era el Útero, la Reveladora de los Misterios, la Santa Paloma del Espíritu, el Alma del Mundo y, desde luego, la Virgen Madre<sup>151</sup>. En su transformación mítica y en su papel como guía de la humanidad y de los diez mil seres, es evidente en la figura de Sophia un paralelismo con Kali. Ella es, al mismo tiempo, la Madre oscura de la creación, la fuerza ígnea que la transforma, y la materia sutil y sublimada. Ella es la negritud devoradora, la serpiente que asciende y la Virgen blanca, o Tara, «la que conduce felizmente al otro lado».

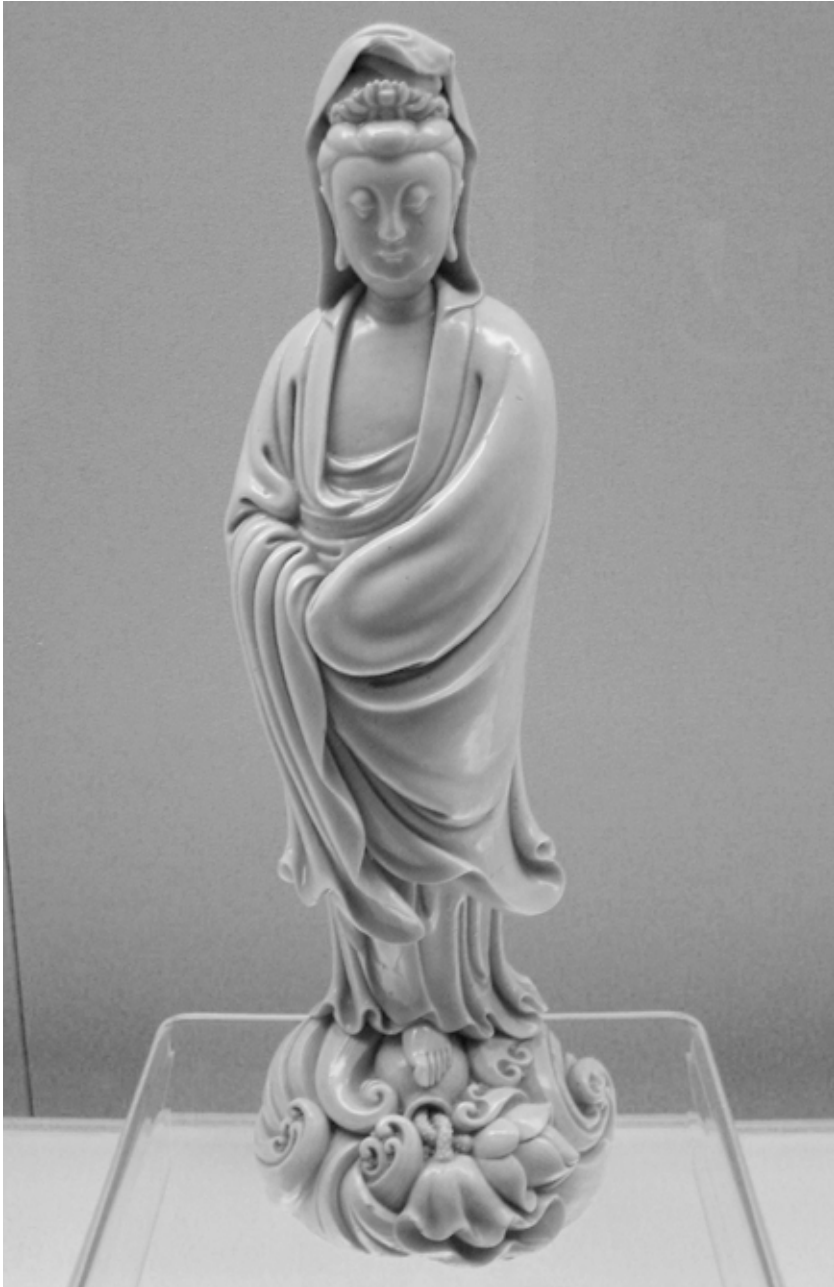


Existe aún otra forma en la que se manifiesta la Diosa. En China se la conoce como Guan Yin, «la que escucha el llanto del mundo» (figura 13). En sentido estricto no es una diosa, sino un *bodhisattva*, un ser –humano o suprahumano– que aunque podría liberarse de la rueda del *samsara* y abandonar el plano de la ilusión, decide trabajar por la liberación de todos los demás seres. Un *bodhisattva* entiende que no puede haber una iluminación completa hasta que no se haya liberado hasta el último de los seres embarcados en el drama divino. Tal es su profunda y compasiva sabiduría.

Guan Yin es el nombre chino de Avalokiteshvara, que para los budistas es el *bodhisattva* de la compasión. Según el budismo mahayana, Avalokiteshvara tiene seis atributos: una gran compasión, una gran bondad, la valentía de un león, la luz universal, ser el líder de los hombres y los dioses y ser el gran Brahma omnipresente. Según la tradición vajrayana –o

---

151 Tomado de [http://en.m.wikipedia.org/wiki/Pistis\\_Sophia](http://en.m.wikipedia.org/wiki/Pistis_Sophia).



*Figura 13. Estatuilla de porcelana de Guan Yin, por Chaozhong He de la dinastía Ming. Foto de Mountain en Shanghai Museum. Creative Commons.*

tibetana– del budismo, Avalokiteshvara tiene otros atributos: tiene mil manos, mil ojos, once rostros, y es una red que sostiene el mundo.

Según el mito budista, Avalokiteshvara hizo el voto de liberar a todos los seres del *samsara*, pero pronto cayó en cuenta de la magnitud de su tarea. Su mejor esfuerzo no era suficiente para realizarla. Al intentar entender las necesidades de los seres sumidos en la ilusión, su rostro se dividió en once partes. Entonces Amitabha, el gran Buda que es «luz infinita completamente consciente» y señor de la Tierra Pura, le dio mil ojos y mil brazos para aliviar el sufrimiento del mundo.<sup>152</sup> Si observamos de cerca este mito, saltará a la vista su paralelismo con el mito gnóstico de Sophia, que se disuelve en la materia para atraer de nuevo a sus partículas a la Realidad Única del Pleroma.

## El mito de la transformación

Así pues, la Madre del mundo es la matriz infinita de donde todo proviene. Es el Océano primigenio –como evoca el mito egipcio–, o bien el Orden implicado –como dirían algunos poseinsteinianos–. Pero también es la fuerza motriz del universo, la electricidad que «impregna» a la materia, su energía infinitamente potente. Es el sustrato o la Substancia primordial, la materia virgen, la materia prima –recordemos que materia proviene del latín *mater*, madre– o caldo primordial, así como el impulso que purifica y transforma la materia, el fuego que la perfecciona y sutaliza, el movimiento que hace emerger en nuevos estados y entidades esa substancia

---

152 Tomado de: <http://es.m.wikipedia.org/wiki/Avalokiteśvara>.



*Figura 14. Avalokiteshvara sosteniendo una flor de loto. Estatua india del siglo IX. Foto de Hyougushi, Creative Commons.*

primordial. Si damos un paso más –un paso que implica un salto imaginativo– podemos verla y experimentarla como un principio universal omnisciente y omnipresente: el aspecto infinitamente creativo y transformador de la Divinidad.

Como la Gran Compasión, es inevitable fusionar a Avalokita con la Virgen María, que acoge en sus brazos y su aura resplandeciente a todos los seres. Y también con la blanca Tara, quien según una historia budista nació de un loto que emergió del lago que se formó de una lágrima de Avalokita. Tanto la Virgen como Avalokita-Tara representan en su forma sublimada la transformación espiritual. De la Tierra oscura que devora a todos los seres, del vacío de la separación en el que cae Sophia al principio de los tiempos, la Gran Madre del Mundo y de los mil seres se transmuta en una fuerza sutil que atrae a cada partícula de la materia hacia otro estado de ser, tal como la flor transmuta los elementos del suelo en pétalos y néctar y perfume.

Pero, como veíamos arriba, la transformación que opera el arquetipo de la Madre no es una que se pierda en el vacío trascendente de la existencia nirvánica –como ocurre generalmente con la mística ligada al Dios patriarcal–. Como bien intuyen los budistas, se trata de una evolución hacia una nueva forma de vinculación con el mundo. Avalokiteshvara, como Sophia, mantiene unidas a todas las partículas mientras las atrae a su retorno hacia el Origen. Ella no es sólo «luz universal», sino una red de mil ojos y mil brazos que sostiene el mundo. Es una divinidad viva y próxima, inmanente, como un fluido eléctrico que amarra a todos los átomos y los absorbe hacia la Realidad. La Diosa es la luz infundada en la materia.

Su mensaje no está escrito en una lengua abstracta, es directo. Nos habla de una nueva forma de vinculación amorosa, un nuevo estado, más leve y a la vez más vibrante, en el que nos

hacemos conscientes en un nivel muy profundo de que somos una red, una trama luminosa e inteligente, el tejido vivo de un solo ser. Y en ese nuevo estado de consciencia se disuelve la ilusión de que existimos como entidades separadas.

## Capítulo IV

# Gaia: propósito, consciencia y la visión profunda

*Si contemplamos atentamente una hoja de hierba o un árbol, veremos que no es mera materia. La hoja y el árbol poseen su propia inteligencia. Una semilla, por ejemplo, sabe cómo crecer y convertirse en una planta con hojas, flores y frutos. Un pino no es solo materia, sino que también posee su propia inteligencia. Una mota de polvo no es solo materia, ya que cada uno de sus átomos es una realidad viva que posee su propia inteligencia... El cosmos resplandeciente y elegante que vemos es, de hecho, nuestra propia consciencia y no algo ajeno a ella.*

THICH NHAT HAHN

*El cosmos es como una red que cobra vida en el agua empapándose de ella; está a merced del mar que, al extenderse, va extendiendo la red.*

PLOTINO



## El mundo de las margaritas

En diciembre de 1981, el químico James Lovelock decidió sentarse a escribir un programa de computador en su Hewlett-Packard 9845. Lo llamó *Daisyworld*, el Mundo de las margaritas. Era un modelo matemático muy simple, casi ingenuo, pero que acabaría por revolucionar la idea que la ciencia tiene del planeta Tierra.

Hacía algunos años Lovelock había tenido una «revelación», según sus propias palabras. En su laboratorio de la NASA había «visto» que la Tierra era un organismo vivo, ya que su atmósfera estaba viva. Sabía que su revelación, fruto de años de estudio sobre las atmósferas planetarias de la Tierra y Marte, no sería bien recibida por sus colegas. De hecho, fue el blanco de duras críticas durante años. Sin embargo, Lovelock sabía que su intuición no sólo era cierta, sino revolucionaria, y que debía demostrar su teoría paso a paso, de manera que decidió esquematizarla en un modelo fácil y comprensible.

*Daisyworld* estaba conformado por apenas cuatro elementos: un sol, un planeta y dos especies de margaritas, las blancas

y las negras. Lovelock sabía, por recientes descubrimientos astrofísicos, que el calor del Sol había aumentado un veinticinco por ciento desde que la vida apareció sobre la Tierra, de manera que en *Daisyworld* la temperatura seguía ese mismo patrón de calentamiento constante. Las margaritas, por su parte, sólo podían crecer dentro de unas temperaturas específicas, y sus semillas estaban repartidas de manera uniforme sobre el planeta.

La situación inicial era el punto de congelamiento del planeta. En un momento determinado el ecuador alcanzó la temperatura adecuada para que florecieran las margaritas negras, que por su color absorbían mejor el calor y por lo tanto estaban más preparadas para sobrevivir. De manera que la primera imagen de la vida en *Daisyworld* fue la de un cinturón de margaritas negras en el ecuador del planeta simulado. Pero el planeta seguía calentándose, así que pronto el ecuador resultó demasiado caluroso para las margaritas negras, que empezaron a colonizar las zonas vecinas. Las margaritas blancas, por su parte, encontraron entonces las condiciones de temperatura adecuadas para su aparición, y florecieron en toda la línea ecuatorial, mientras las negras se desplazaban lentamente hacia las zonas subtropicales. Las margaritas blancas, al reflejar el calor del sol hacia el espacio, podían sobrevivir en zonas mucho más calurosas que las negras. Los polos, por encontrarse aún demasiado fríos, no eran un hábitat posible para ninguna de las especies de flores.

Conforme el planeta se calentaba aún más, el ecuador se tornó excesivamente caliente para albergar la vida. De modo que las margaritas blancas se desplazaron hacia las zonas subtropicales, mientras las negras colonizaron las áreas circundantes a los polos –a excepción de los casquetes polares, que eran aún demasiado fríos para la florescencia–. Más tar-

de una gran área alrededor del ecuador se tornó desierta de margaritas. Las flores blancas habitaron en su totalidad las zonas templadas y parte de los polos; las negras se vieron cercadas en los casquetes. Finalmente, el planeta resultó demasiado caluroso para sostener a ambas especies y la vida se extinguió. Ese fue el primer modelo de *Daisyworld*.

Al final del experimento, Lovelock revisó las mediciones de la temperatura a lo largo del desarrollo de la vida. El resultado fue fascinante: ¡mientras existieron margaritas la temperatura global del planeta se mantuvo constante, a pesar de que el sol incrementaba progresivamente su radiación! La sencilla simulación demostró así una propiedad fundamental de un sistema como la Tierra: que busca mantener las condiciones apropiadas para la vida. Cuando el planeta era aún demasiado frío, el mismo sistema estimuló la proliferación de las margaritas negras –que retienen el calor–, a fin de aumentar la temperatura del sistema. Cuando la temperatura aumentó, el sistema apoyó el nacimiento de las margaritas blancas, que reflejan la luz y por lo tanto «refrescan» el planeta.

Con el tiempo, Lovelock aumentó la complejidad del sistema. En nuevas versiones del modelo introdujo especies de margaritas de diferentes colores. En otras las margaritas cambiaban de color, o había conejos que se comían a las flores y zorros que se comían a los conejos. Incluso diseñó una versión en la que periódicamente una catástrofe acababa con el treinta por ciento de las margaritas. Los resultados fueron aún más sorprendentes: cuanto más se complejizaba el sistema, tantas menos fluctuaciones aparecían en la temperatura. Es decir que, cuanta más diversidad y complejidad tuviera el planeta, tanto mejor se autorregulaba a sí mismo.



Lovelock, cómo no, es el autor de la teoría de Gaia, que puede resumirse, en pocas palabras, diciendo que la Tierra es *un gran organismo vivo*. En ella los seres vivos, así como los compuestos químicos y los seres «inertes» –las rocas, el océano o la atmósfera–, conforman *un sistema complejo que se autorregula con el propósito de mantener la vida*. El nombre mitológico de Gaia –o Gea, la Gran Diosa griega de la Tierra– le fue sugerido por el novelista William Golding, y es quizás uno de los aspectos de la teoría que más irrita a los científicos ortodoxos.

La clave de la teoría de Gaia es la idea de la autorregulación. Pues la Tierra, como *Daisyworld*, ha mantenido de manera sorprendente una temperatura constante y muy confortable para la vida a lo largo de cuatromil millones de años, a pesar de que la radiación del Sol siga en aumento. No sólo eso: también ha estabilizado la composición de gases en la atmósfera y la salinidad de los océanos, entre otros indicadores planetarios esenciales para la vida. Como bien saben los biólogos, esta capacidad de autorregular la temperatura corporal y las demás condiciones para subsistir es propia de los organismos vivos. Por lo tanto, la Tierra *es* un organismo vivo, como un gran animal dentro del cual nacemos, crecemos e interactuamos una miríada de seres.

La revelación de Gaia vino a mí súbitamente, como un relámpago de iluminación –dice Lovelock en su libro *Gaia, una ciencia para curar el planeta*–. Me encontraba en una pequeña habitación del piso superior de los Laboratorios de Propulsión a Chorro de Pasadena en California. Era el otoño de 1965... y estaba hablando con mi colega Dian Hitchcock sobre un documento que estábamos preparando... Fue en ese momento que vislumbré a Gaia. Un pasmoso pensamiento vino a mí. La atmósfera terrestre es una extraordinaria e inestable mezcla de gases y, sin embargo, yo sabía que se mantenía constante en su composición durante largos periodos de tiempo. ¿Podía ser que la vida sobre la Tierra no sólo estuviese ha-

ciendo la atmósfera, sino que además la estuviese regulando, manteniéndola en una composición constante y a un nivel favorable para los organismos?<sup>153</sup>

Lovelock había sido invitado por la NASA para ayudar a diseñar herramientas con el fin de detectar vida en Marte. Pero el científico no se limitaba a un trabajo técnico. Meditaba profundamente sobre la naturaleza de la vida y las condiciones apropiadas para su florecimiento en la Tierra. Pensó que la vida necesitaba de un medio del cual tomar los recursos para su subsistencia y en el que depositar sus desechos. Ese medio era la atmósfera. Si un planeta albergaba vida, debía ser posible rastrear su huella en la composición de la atmósfera. En efecto, Lovelock encontró que la atmósfera marciana era completamente diferente a la terrestre: en Marte había poquísimos oxígeno, mucho dióxido de carbono y ningún rastro de metano; en la Tierra, por el contrario, había mucho oxígeno y metano, y muy poco dióxido de carbono. Los componentes químicos de sus atmósferas eran diametralmente opuestos. ¿Qué podía significar este hallazgo?

Significaba que en Marte todas las posibles reacciones químicas de la atmósfera habían tenido lugar hacía mucho tiempo: los componentes de su atmósfera se encontraban en un perfecto equilibrio. Dado que todos los procesos químicos se habían completado, el planeta tenía una atmósfera, por decirlo de algún modo, muerta. En la Tierra, por el contrario, la atmósfera se encontraba lejos de un equilibrio de este tipo. El oxígeno y el metano –elementos que reaccionan entre sí– se encuentran en grandes proporciones. Por lo tanto debía haber *algo* que los mantenía juntos en la misma atmósfera y en

---

153 CAPRA, F., *La trama de la vida*, Anagrama, Barcelona, 1998, p. 120.

altas cantidades. Ese algo, desde luego, es la vida: las plantas generan oxígeno continuamente, mientras los animales generan metano. La atmósfera de la Tierra es un sistema en tensión y tremendamente dinámico, en el que los materiales químicos fluyen, reaccionan y regresan constantemente a la atmósfera, gracias a la presencia de seres vivos. La atmósfera no está químicamente equilibrada: se mueve continuamente. Está viva.

Resultaba muy fácil, por ende, saber si un planeta albergaba vida, pues bastaba simplemente con observar si su atmósfera estaba en equilibrio químico o no. Lovelock predijo con muchos años de anticipación lo que la NASA descubrió en investigaciones realizadas a lo largo de varias décadas y con sofisticados y costosos aparatos en su misión *Viking*: que en el planeta rojo no hay vida. Sin embargo, en aquel entonces no resultaba claro cómo podía la Tierra regular su temperatura o la composición de su atmósfera. Fue sólo tras un largo trabajo de investigación y reflexión, así como de colaboración con varios científicos, que se fueron desvelando las maneras que tiene Gaia de regularse a sí misma.

Uno de los ejemplos más interesantes de la autoregulación de Gaia es el ciclo del dióxido de carbono. Se trata de un gas que proviene de los volcanes y que se acumula fácilmente en la atmósfera. Dado que su presencia calienta rápidamente el planeta —de ahí que se lo conozca como un gas de invernadero—, si Gaia busca mantener las condiciones para la vida —como una temperatura estable—, debe encontrar la manera de retirarlo de la atmósfera. Y lo hace de una manera muy creativa, a través de los procesos de erosión. En estos procesos el dióxido de carbono se mezcla con las rocas a través del agua lluvia, convirtiéndose así en diversos compuestos químicos conocidos como carbonatos. El gas deviene líqui-

do y es «bajado» a la tierra a través del agua. En este punto empiezan su intervención los seres vivos: microscópicas bacterias que viven en las rocas y el suelo aceleran el proceso de erosión, y los nuevos compuestos químicos son arrastrados hacia los ríos y el mar. Allí las algas los absorben y los usan para formar diminutos «caparazones» de carbonato cálcico. Cuando las algas mueren, sus caparazones caen al fondo del océano, donde componen grandes mantos de piedra caliza. Muy lentamente la caliza se hunde en el fondo marino. Cuando alcanza las capas profundas de la Tierra interviene en los movimientos de las placas tectónicas, que están íntimamente ligadas a la actividad volcánica. Así pues, luego de algunos miles de años, el dióxido de carbono es expulsado nuevamente hacia la atmósfera por medio de alguna erupción. Este complejo proceso se acelera con el progresivo calentamiento del sol, que estimula la acción de las bacterias, lo que a su vez enfría el planeta más rápidamente y mantiene las condiciones apropiadas para la vida.

El ciclo del dióxido de carbono es sólo un ejemplo entre varios. Según Lovelock, su colega Lynn Margulis y muchos otros científicos, existe una multitud de ciclos similares que regulan otras condiciones planetarias, como la salinidad de los mares o la composición de la atmósfera. Y su principal característica es que incluyen tanto a los seres vivos como a los elementos «inertes». Esa es una de las tesis fundamentales de la teoría de Gaia: que el medio ambiente ayuda al mantenimiento de los seres vivos, los cuales, a su vez, transforman el medio, incluyendo la composición de las rocas, las sales, los gases y demás elementos «no-vivos». Todo coopera en un gran sistema dinámico, tal como ocurre dentro de un ser vivo. Y si la Tierra es un ser viviente, entonces muchas ideas de la ciencia deben ser completamente reformuladas. Pues tanto la geología como

la biología o la química habían considerado hasta ahora a los océanos, la atmósfera o las sales minerales como elementos muertos que conformaban el escenario en el que aparecían los seres vivos. Pero como argumenta Lynn Margulis:

La hipótesis dice que la superficie de la Tierra, que siempre hemos considerado como el *entorno* de la vida, es en realidad *parte* de ésta. El manto de aire –la tropósfera– debe ser considerado como un sistema circulatorio, producido y mantenido por la vida... Cuando los científicos nos dicen que la vida se adapta a un entorno esencialmente pasivo de química, física y rocas, están perpetuando una visión seriamente distorsionada. En realidad, la vida hace, conforma y cambia el entorno al que se adapta. Este entorno a su vez, retroalimenta a la vida que cambia, actúa y crece en él.<sup>154</sup>



Gaia nos remite directamente a la imagen arquetípica de la Gran Madre: un organismo que nos incluye, nos abraza, nos asume y nos da la vida; un ser que alcanzamos a intuir, pero que no podemos «ver» directamente. Ella *es* la Vida misma manifestándose en los diez mil seres. En palabras de Fritjof Capra: «es la vida la que crea las condiciones aptas para su propia existencia».<sup>155</sup> Y no, como cree el materialismo, un fenómeno secundario y azaroso en un universo frío, muerto y despojado de sentido. Ella representa, en nuestros días, la intuición fundamental que tuvieron los hombres de los primeros tiempos: que vivimos inmersos *en* un gran organismo del cual hacemos parte como sus hijos.

---

154 *Ibíd.*, p. 124.

155 *Ibíd.*, p. 123.

Desde luego esta profunda –y a la vez simple– intuición no le sabe nada bien a la ciencia materialista ortodoxa, que observa con sospecha y con desdén la idea de que la Tierra sea un organismo vivo y, de alguna manera, consciente. Muchos científicos han intentado demostrar que el modelo de *Daisyworld*, y en consecuencia la teoría de Gaia, son falsos, pero ninguno lo ha conseguido. En el año 2002, un artículo editorial de la prestigiosa revista *Nature* afirmaba que ningún modelo tan simple como *Daisyworld* había irritado a tantos científicos<sup>156</sup>. En efecto, el modelo y la teoría no sólo se mantienen vivos y cada vez más actuales, sino que sus predicciones sobre el estado del planeta han sido en su gran mayoría exactas. Además, las propiedades del sencillo modelo son estudiadas por algunos de los mejores matemáticos del mundo.

Finalmente, en 2001 la hipótesis de Gaia fue acogida y aceptada por la comunidad científica. Ese año, la Unión Geofísica Europea redactó la Declaración de Ámsterdam, que fue firmada por más de mil geólogos, químicos y biólogos. En ella se lee: «El Sistema Tierra se comporta como un sistema único y autorregulado, que consta de componentes físicos, químicos, biológicos y humanos»<sup>157</sup>. Sin embargo, Lovelock aún no considera que la declaración esté completa, pues carece de un elemento básico: la idea de *propósito*. Gaia, como todo sistema complejo, tiene una meta, un objetivo, una finalidad: mantener la habitabilidad para la vida sobre la Tierra. Como todo organismo, Gaia quiere seguir viva.

La idea de que exista un propósito en la naturaleza –como la idea de que la Tierra sea un organismo vivo– tampoco gusta en la ciencia materialista. En filosofía esta idea se conoce

---

156 LOVELOCK, J., *The Vanishing Face of Gaia*, Perseus, Nueva York, 2009, p. 173.

157 *Ibíd.*, p. 179.

como teleología (del griego *telos*: finalidad o meta), y la razón de que no guste es que resulta típica de visiones religiosas, «anticuadas» o supuestamente superadas. La ciencia moderna, desde el siglo XVII, desechó la antigua idea del propósito por la del mecanismo: el mundo es para ella como una máquina, y puede ser explicado en términos de sus componentes básicos: las partículas elementales y las leyes físicas de la materia. No hay propósito ni Dios alguno para la naturaleza según el modelo mecanicista y reduccionista<sup>158</sup>: solo materia y leyes matemáticas.

Debido a que la ciencia se encuentra aun profundamente cautiva de la lógica racional cartesiana de causa y efecto –explica Lovelock–, palabras como ‘meta’ u objetivo generan obstáculos imponderables. Pero los ingenieros y los fisiólogos saben que la auto-regulación sin un objetivo es un sinsentido –imaginen un piloto automático en un avión que no tuviera idea de qué altura mantener o a dónde ir.<sup>159</sup>

En efecto, el asunto del propósito en la naturaleza es vital hoy en día para muchas disciplinas y ciencias. La biología y la ingeniería, pero también las matemáticas y la física se están dando cuenta, poco a poco, de que no es un tema de poca monta, sino un componente esencial del universo en el que vivimos. En la ciencia contemporánea, el concepto de «atractor» es cada vez más importante dentro de la concepción más

---

158 El reduccionismo, como vimos, es la doctrina filosófica que defiende que todo fenómeno puede reducirse a las propiedades y dinámicas de un orden más simple. El reduccionismo materialista argumenta que todo fenómeno natural puede entenderse en última instancia por la acción de la materia, por ejemplo que la conciencia es una consecuencia de fenómenos físicos, o una propiedad emergente del cerebro.

159 LOVELOCK, *op. cit.*, p. 179

amplia de que vivimos en sistemas complejos o redes dinámicas con propósitos. El nacimiento de este concepto nos puede ayudar a entender las hondas implicaciones, filosóficas y mitológicas, de esta nueva perspectiva.

## Atractores

Cuando Newton y Kepler formularon sus leyes de la mecánica celeste en el siglo XVII, se pensó que cualquier fenómeno de la naturaleza podía, en última instancia, ser explicado en términos matemáticos. Fue un momento fundamental para la ciencia occidental, pues de un momento a otro, guiados por simples fórmulas algebraicas, los astrónomos fueron capaces de predecir con gran exactitud el movimiento de planetas, lunas y cometas, y descifrar la danza de las mareas y los eclipses. El júbilo intelectual fue tal que llegó a pensarse que todo fenómeno natural podía explicarse con fórmulas matemáticas. La ciencia empezó entonces a imaginar al universo como un gran reloj, que podía ser desmontado en sus engranajes y explicado según ecuaciones lineales. Así las cosas, solo era cuestión de tiempo que el hombre desvelara el enorme mecanismo del universo y conociera sus leyes para predecirlo y controlarlo.

Según esta visión del mundo –mecanicista, reduccionista y evidentemente dominada por el arquetipo del héroe– la idea de un propósito intrínseco en la naturaleza, idea que venía de Aristóteles, debía ser desterrada. Para Aristóteles, todos los seres vivos tenían sus propios fines o propósitos, que les eran dados por su alma o esencia. Estos fines, a los que llamó causas finales, actuaban en los organismos por una especie de atracción. Los animales, por ejemplo, eran llevados o atraídos por sus causas finales a crecer, mantenerse con vida

y reproducirse. El propósito de la semilla era, evidentemente, convertirse en árbol. Pero según el mecanicismo que dominó a partir del siglo XVII, el universo no podía tener metas u objetivos propios. Las causas finales no eran compatibles con el espíritu de la época. Como toda máquina, el universo, así como los seres que lo habitan, debía carecer en sí mismo de propósito. Toda causa debía provenir del pasado: no podía haber metas futuras que actuaran sobre el presente. Únicamente los seres humanos tendríamos la capacidad de actuar según propósitos, pero incluso esto –dirían muchos neurocientíficos–, sería tan sólo una ilusión. La idea del universo como una máquina sin propósito, valga decir, encajó perfectamente con el crecimiento del ateísmo y el capitalismo durante los siglos XIX y XX.

El propósito fue incluso desterrado de la biología y de su paradigma dominante, la teoría de la evolución. Pues la idea de que las especies evolucionaran hacia formas de mayor complejidad y perfección podía interpretarse como la manifestación de una «meta» divina. Los neodarwinianos de la segunda mitad del siglo XX nos han convencido de que toda esa fascinante creatividad de las especies no tiene ninguna finalidad, que sólo es cuestión de mutaciones aleatorias, combinadas con la ley de la selección natural. La jirafa, por ejemplo, no desarrolló un largo cuello *con el propósito* de alcanzar las ramas más altas de los árboles. Simplemente, un buen día una pequeña jirafita nació por azar con un cuello más largo, y esa mutación resultó ser más útil para la especie. Las descendientes de la jirafita mutante de cuello largo podían sobrevivir más fácilmente que las de cuello corto, de manera que la mutación perduró. Nada de metas ni finalidades: todo en la naturaleza, según esta perspectiva, debe obedecer a un ciego azar.

Incluso muchos humanistas de finales del siglo XIX y principios del XX postularon que la teoría de la evolución predecía, o incluso exigía, un desarrollo continuo de la humanidad<sup>160</sup>. Este desarrollo era leído en términos de progreso material y económico, lo que una vez más se adecuaba perfectamente al creciente sistema capitalista y a la filosofía de la Ilustración: el hombre ha de dominar a la naturaleza y progresar a través de la ciencia material y la tecnología. O en términos míticos: el héroe no sólo podía, sino que debía vencer al dragón de la naturaleza.

### ***Poincaré y la mariposa***

Sin embargo, para sorpresa de la misma empresa científica moderna, la biología y las matemáticas del siglo XX se toparon de nuevo con el hecho ineludible y evidente de que la naturaleza alberga una infinidad de propósitos. Los matemáticos los llaman *atractores*, y curiosamente nacieron de un problema que la mecánica celeste de Newton y Kepler no podía resolver: el clásico problema de los tres cuerpos. El problema, expuesto brevemente, consistía en predecir el movimiento de tres cuerpos celestes en el espacio, teniendo en cuenta sus campos gravitatorios. Aunque los astrónomos habían logrado entender y anticipar eventos tan complejos como el movimiento de las lunas o de los cometas, no eran capaces solucionar este problema aparentemente simple, por lo que durante años se mantuvo como una curiosa excepción del mecanicismo, una singularidad de la que no debía hablarse mucho.

Tras un par de siglos de soluciones fallidas al irritante problema, el matemático Henri Poincaré dio con el *quid* del asunto.

---

<sup>160</sup> SHELDRAKE, R., *The Science Delusion*, Hachete, London, 2012, p. 152.

Poincaré no solo descubrió, sino que demostró algo asombroso: ¡que el problema no podía ser resuelto mediante una fórmula matemática! En otras palabras: no era posible predecir algo en apariencia tan sencillo como el movimiento en el espacio de tres cuerpos celestes. Y si no había una fórmula matemática para resolver el problema y anticipar el movimiento de los cuerpos en el espacio, quizá, después de todo, el universo no era como un reloj.

Poincaré, sin embargo, no se dio por vencido. Tomó una vía alterna: intentó describir las trayectorias de los cuerpos gráficamente, buscó *ver* los patrones de sus recorridos y logró captar el aspecto general de sus trayectorias. La complejidad de la figura lo impresionó:

Cuando uno trata de describir la figura formada por estas tres curvas y sus infinitas intersecciones... [uno descubre que] estas intersecciones forman una especie de red, trama o malla infinitamente espesa; ninguna de las curvas puede cruzarse a sí misma, pero se repliega de un modo muy complejo para pasar por los nudos de la red un número infinito de veces. Uno queda sorprendido ante la complejidad de esta figura que no puedo ni siquiera intentar dibujar.<sup>161</sup>

Poincaré se había encontrado con lo que hoy en día, según la teoría del caos, se llama un *atractor extraño*. Los atractores son representados como figuras que surgen de algoritmos muy complejos, como el de los tres cuerpos. Cuando el algoritmo es representado en un plano cartesiano, da lugar a imágenes o dibujos tridimensionales que describen movimientos enmarañados o en ocasiones figuras sorprendentes (ver figura 1). Lo curioso es que, aunque los fenómenos graficados no

---

161 CAPRA, *op. cit.*, 144.

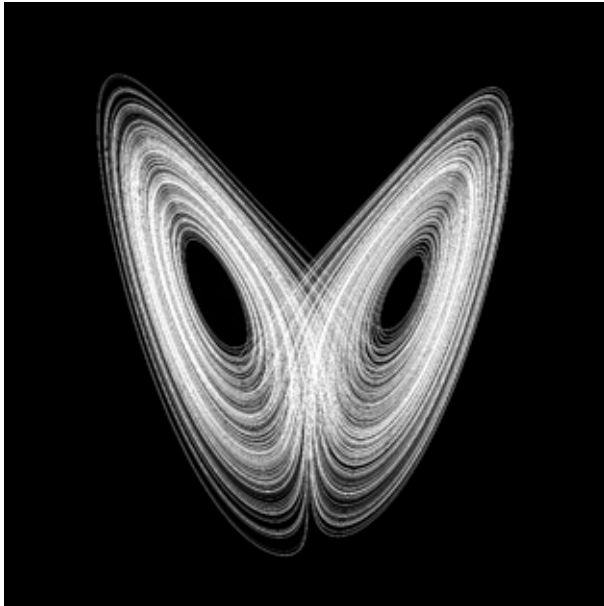
obedecen a ninguna predicción matemática, sí pueden ser «dibujados». Es como si un tipo de causalidad más profunda operara sobre estos fenómenos, una causalidad que escapa a la perspectiva mecanicista y que requiere de imágenes para ser comprendida. Es como si el universo mismo «imaginara», más allá de los cálculos matemáticos. Y es como si esas imágenes, desde un orden o dimensión más profunda del Cosmos, dirigieran el curso de lo aparentemente impredecible. Pareciera, pues, que el Cosmos mismo imaginara y significara cosas para sí mismo.



*Figura 1. Atractor extraño. Nicolás Desprez, Creative Commons.*

Con el avance de la tecnología, los matemáticos del siglo XX fueron capaces de «dibujar» el comportamiento de sistemas dinámicos de altísima complejidad. Uno de los más fascinantes atractores fue descubierto por Edward Lorenz, matemático, meteorólogo y pionero de la teoría del caos. En 1963 Lorenz buscaba un modelo matemático que describiera el comportamiento meteorológico, cuando dio con una extraña y bella forma de mariposa (ver figura 2). Hoy la famosa

mariposa es conocida como el atractor de Lorenz, y es uno de los modelos dinámicos más estudiados y populares de las matemáticas contemporáneas, además de ser una afortunada metáfora del conocido «efecto mariposa», según el cual el aleteo de una mariposa puede generar una tormenta al otro lado del mundo. El descubrimiento de Lorenz iba por el mismo camino de las reflexiones de Poincaré, a saber, que un grupo de ecuaciones aparentemente simples y deterministas podía conducir a resultados totalmente imprevisibles e indeterminables. Había, al parecer, fenómenos naturales caóticos. Sin embargo, aun cuando el comportamiento de los sistemas complejos resultase impredecible, si se graficaban sus ecuaciones, el resultado era una figura hacia la cual el sistema era *atraído*. Si usáramos aún el lenguaje de Aristóteles, no dudaríamos en calificar a los atractores como las



*Figura 2. Una de las soluciones al conocido Atractor de Lorenz, que describe el comportamiento de los fenómenos atmosféricos, entre otros sistemas.*

causas finales de esos sistemas complejos. Y si fuéramos un poco más allá y nos atreviéramos a pensar como Platón, sabríamos que esas curiosas figuras no son otra cosa que los arquetipos que determinan el mundo de los fenómenos.

### ***El huevo de la libélula***

El descubrimiento de los atractores interesó de inmediato a los biólogos. Al fin y al cabo, los seres vivos no parecían ser máquinas –como sostenía Descartes– y resultaba demasiado evidente que actuaban según propósitos y metas internas – en oposición a las máquinas, que operan según propósitos externos a ellas mismas–. Ya en 1945 una obra clásica de la biología fue titulada *La directividad de las actividades orgánicas*, y postuló algunos principios básicos de los propósitos de los organismos vivos: cuando el objetivo es alcanzado, la acción termina; si el objetivo no es alcanzado, la acción persiste; si la acción no puede ser alcanzada de la manera usual, puede ser alcanzada de otra manera; y el mismo objetivo puede ser alcanzado desde diferentes comienzos. En otras palabras: los organismos vivos *buscan* llegar a su objetivo, incluso si el medio impone obstáculos para ello<sup>162</sup>. O bien, la naturaleza quiere alcanzar sus propósitos, pues es atraída intrínsecamente hacia ellos.

Un ejemplo típico de esta actividad dirigida a propósitos es el del huevo de las libélulas. Cuando el desarrollo normal de un embrión de libélula es interrumpido –por ejemplo, cuando se destruye la mitad del huevo–, el embrión se restaura y compone nuevamente una libélula pequeña pero completa en el trozo de huevo que no es dañado. En biología esta fas-

---

162 RUSSELL, Edward, *The Directiveness of Organic Activities*, en SHELDRAKE, *op. cit.* p. 132.

cinante propiedad es conocida como regeneración: la capacidad de re-hacer un organismo –o un órgano– completo a partir de una de sus partes. Y es una propiedad que se encuentra en todos los seres vivos, de ahí que podamos plantar –o re-generar– un árbol entero a partir de una rama o un pie o que, cuando cortamos un platelminto en varios pedazos, cada trozo de lugar a un nuevo platelminto<sup>163</sup> (ver figura 3).

La capacidad de regeneración aparece incluso en organismos unicelulares. Pero sorprendentemente también está presente en moléculas, es decir, en sistemas auto-organizados que no tienen genes y que por lo tanto, en sentido estricto, no son «seres vivos». Todas las moléculas tienen estructuras definidas. El dióxido de carbono, por ejemplo, se autoorganiza de manera que el átomo de carbono está siempre rodeado a lado y lado de dos átomos de oxígeno. Cuando esta estructura es perturbada –cambiando drásticamente su medio y luego retornando la molécula al mismo medio– la molécula vuelve rápidamente a su estructura original. Esto ocurre inclusive en moléculas de altísima complejidad, como las proteínas, que están hechas de múltiples pliegues, cadenas, giros y enlaces. En el mundo de las moléculas las proteínas son gigantescas estructuras que podrían dar lugar a cientos de posibles moléculas nuevas. Pero cuando se las perturba y se las retorna a su medio original, no se deshacen ni se reorganizan aleatoriamente, sino que les ocurre lo mismo que al dióxido de carbono: se re-componen exactamente igual que

---

163 SHELDRAKE, *op. cit.* Los platelmintos son un grupo de animales invertebrados, muchos de ellos parásitos –como la planaria–, compuesto por unas 20 mil especies. Representan un paso muy importante en la evolución del sistema nervioso.

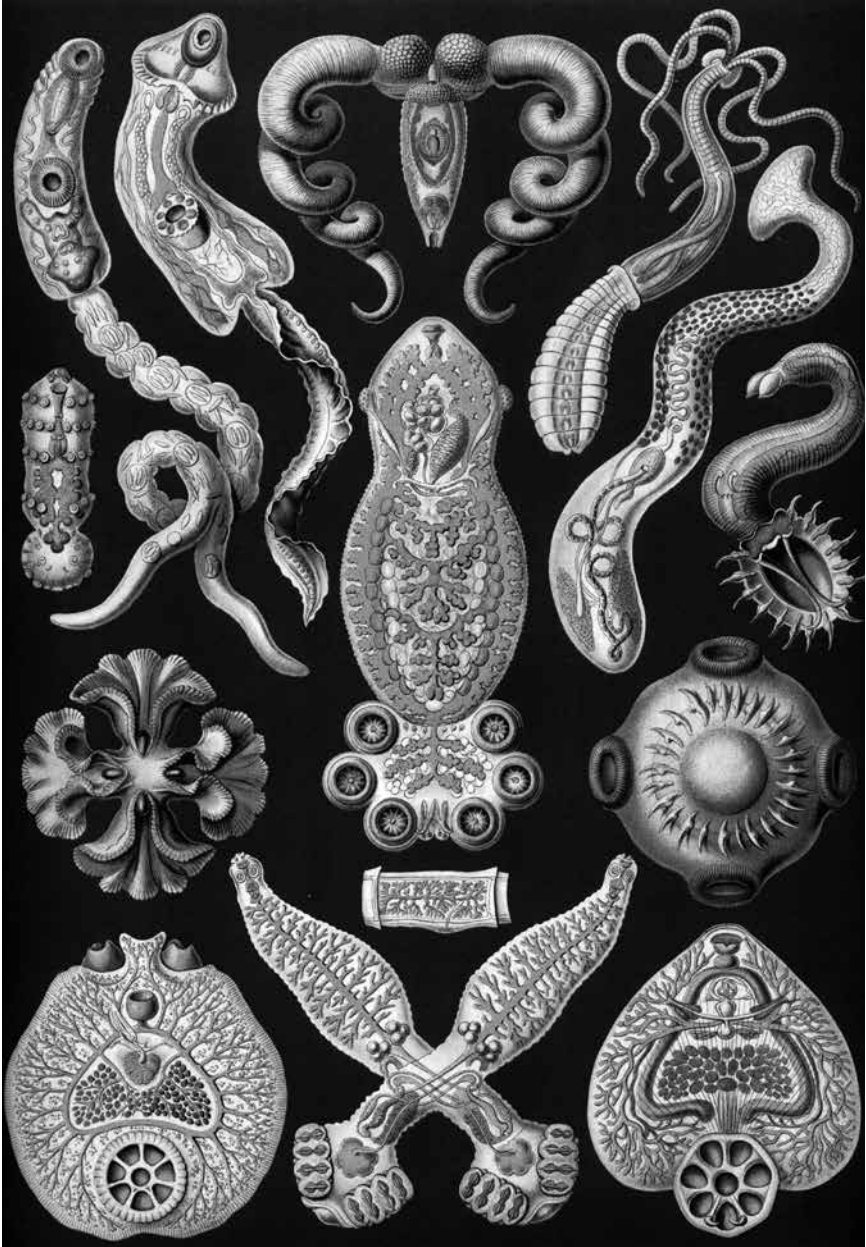


Figura 3. Ernst Haeckel, *Platodes*, 1904. Los platelmintos son un ejemplo clásico de la capacidad regenerativa de la naturaleza.

antes, como si, literalmente, fueran atraídas hacia sus formas específicas.<sup>164</sup>

El biólogo Rupert Sheldrake –basado en investigaciones de biólogos y matemáticos como Conrad Waddington o René Thom– ha propuesto la existencia de *campos morfogenéticos* para explicar estos maravillosos fenómenos de autoorganización y regeneración de la materia. Los campos morfogenéticos, sin ser materiales –explica Sheldrake–, *atraen* a la materia hacia determinadas formas, tal y como los atractores de los matemáticos «halan» a los sistemas caóticos hacia determinadas figuras en espacios abstractos. Existe, pues, según Sheldrake, una dimensión no-material que influye y atrae a la materia, un campo inmaterial que, sin embargo, determina la forma.

### ***Ondas que se mueven del futuro hacia el pasado***

Para entender más fácilmente el concepto de *atractor* pensemos en una piedra que cae. En su caída, la piedra *está siendo atraída* hacia el centro de la tierra. Es como si la fuerza de gravedad «halara» a la piedra; la gravedad actúa, pues, como el atractor de la piedra. Así, en un sentido muy literal la piedra se dirige en sentido del centro de la tierra. Su «propósito» es llegar al centro de gravedad. Si pensamos de nuevo en este simple fenómeno –una piedra que cae– y reflexionamos sobre el tipo de fuerza implicada y su relación con el *tiempo*, quizá repararemos en que no opera desde atrás hacia adelante –como usualmente entendemos la causalidad–, sino de adelante para atrás: desde el futuro hacia el presente. El fin, el futuro, actúa como una causa del presente. O bien el presente es atraído hacia el futuro.

---

164 SHELDRAKE, *ibíd.*

Pensar en una causalidad invertida –del futuro hacia el pasado– puede resultar incómodo para el sentido común, pero es un recurso usado con bastante frecuencia en la física. De hecho, muchas de sus fórmulas son reversibles: funcionan tanto desde el pasado hacia el futuro como desde el futuro hacia el pasado. Por ejemplo, en las ecuaciones con las que James Maxwell describió las ondas electromagnéticas hay siempre dos respuestas para describir el movimiento de las ondas de luz. En una, las ondas viajan desde el presente hacia el futuro; en la otra, desde el presente hacia el pasado. Maxwell llamó a estas últimas «ondas avanzadas»<sup>165</sup>. Otro caso es el de algunas interpretaciones de la mecánica cuántica, en las que se postula la existencia de fenómenos que operan desde el futuro. Por ejemplo, para Richard Feynman, uno de los más importantes físicos cuánticos, un positrón –la antipartícula del electrón– puede ser pensado como un electrón que se mueve hacia atrás en el tiempo.

Y en la interpretación «transaccional» de la mecánica cuántica, los procesos cuánticos son vistos como ondas ubicadas entre los emisores y los receptores, con ondas que se mueven hacia adelante en el tiempo desde el emisor hacia el receptor, y ondas que se mueven hacia atrás en el tiempo desde el receptor hacia el emisor –explica Sheldrake–. En el mismo momento en que tu ojo absorbe un fotón de luz reflejado de la página de este libro, emite una especie de anti-fotón que se mueve en la dirección contraria y que alcanza la página tal y como el fotón es emitido hacia tu ojo. Hay un «apretón de manos» entre la página y tu ojo con conexiones que van en ambos sentidos en el espacio y el tiempo... Otra manera de mirar a los flujos de doble vía en el tiempo en mecánica cuántica fue propuesta por el físico cuántico Yakir Aharonov... En lugar de describir un proceso cuántico de la manera usual, propagándose sólo hacia

---

165 *Ibíd.*, p. 141.

adelante en el tiempo, Aharonov y sus colegas también incluyeron estados cuánticos que se propagaban hacia atrás: «La evolución del tiempo es vista como correlaciones entre estados que avanzan y retroceden en momentos adyacentes». Aunque muchas de sus discusiones técnicas conciernen escalas de tiempo muy cortas, éstas apuntan a una implicación muy radical si el mismo principio fuese aplicado al universo como un todo. El estado final del universo –si es que habrá alguno– operaría hacia atrás, afectando los eventos en el presente.<sup>166</sup>

Aharonov es conocido entre los físicos por ser, junto con David Bohm, el descubridor del efecto Aharonov-Bohm, relativo a la superconductividad y otros fenómenos cuánticos. Una de las tesis fundamentales de su trabajo es que los efectos aparentemente aleatorios de la mecánica cuántica –como el comportamiento de las partículas subatómicas– son causados por eventos futuros que afectan el presente. El mismo Aharonov argumenta que este tipo de procesos cuánticos pueden ser la punta del iceberg de todo un universo de fenómenos que operan hacia atrás en el tiempo.

En suma, lo que se aclara poco a poco es que el principio de atracción opera incluso en los infinitesimales estados cuánticos, en los que al parecer residen las causas de los movimientos cósmicos de gran escala y los secretos de la materia oscura. La metáfora del universo como un campo de atracción –expuesta en la imagen de la piedra «halada» desde el futuro por acción de la gravedad– parece ser una de las metáforas fundamentales de nuestra comprensión actual del Cosmos, tanto en la física como en la biología o las matemáticas. El universo, tal como empezamos a comprenderlo, parece estar guiado por propósitos internos.

---

166 *Ibíd.* pp. 141-142.

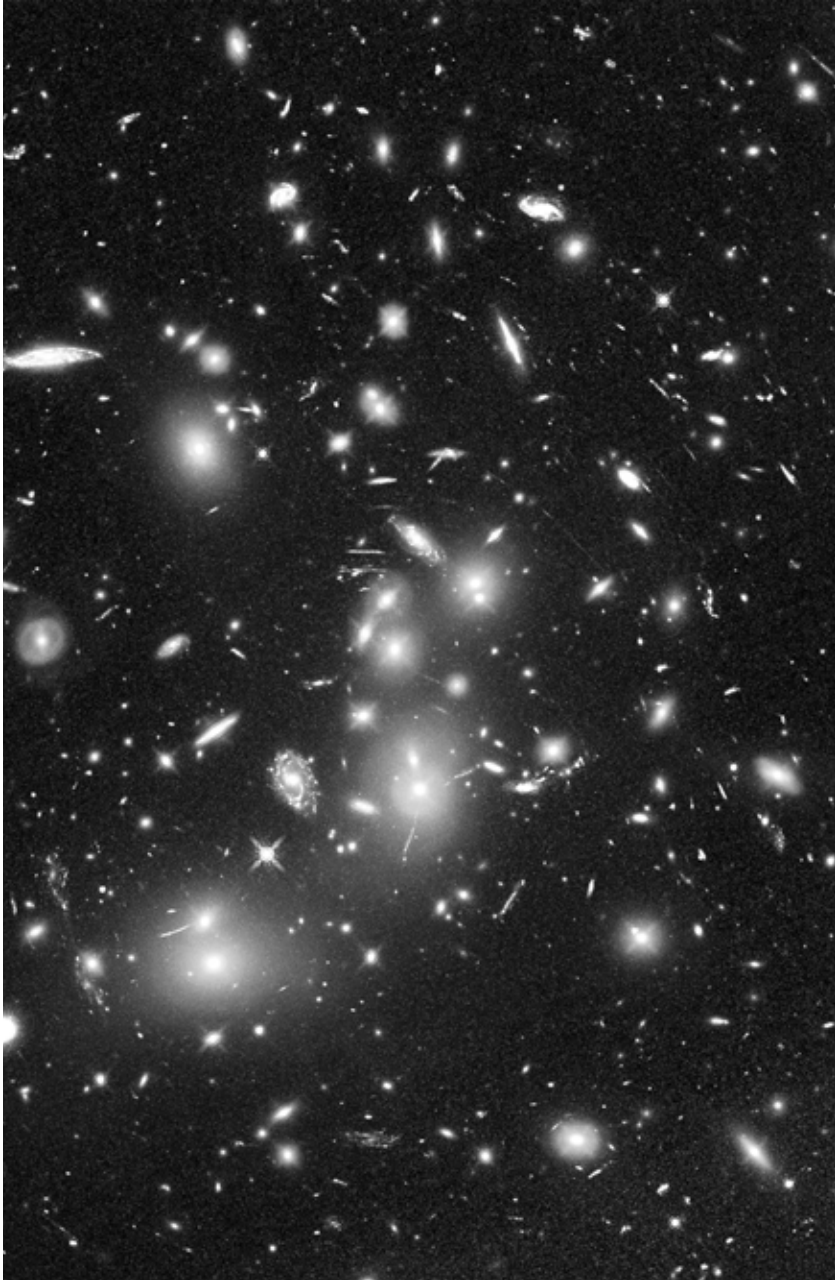
## La red cósmica

Y si la física está descubriendo que los fenómenos de atracción existen incluso a niveles subatómicos, la cosmología está empezando a «ver» que las estructuras en forma de red dan forma a los inmensos espacios del universo. Recordemos que ambos elementos –lo sistémico y lo atractivo– van de la mano, y que el propósito es una característica esencial de los sistemas o las redes. Allí donde encontramos sistemas, encontraremos propósitos, tal como ocurre en los organismos vivos. Gaia, nos dice Lovelock, es una gran red porque todos sus elementos, íntimamente ligados y «enredados», colaboran con el fin de mantener la vida.

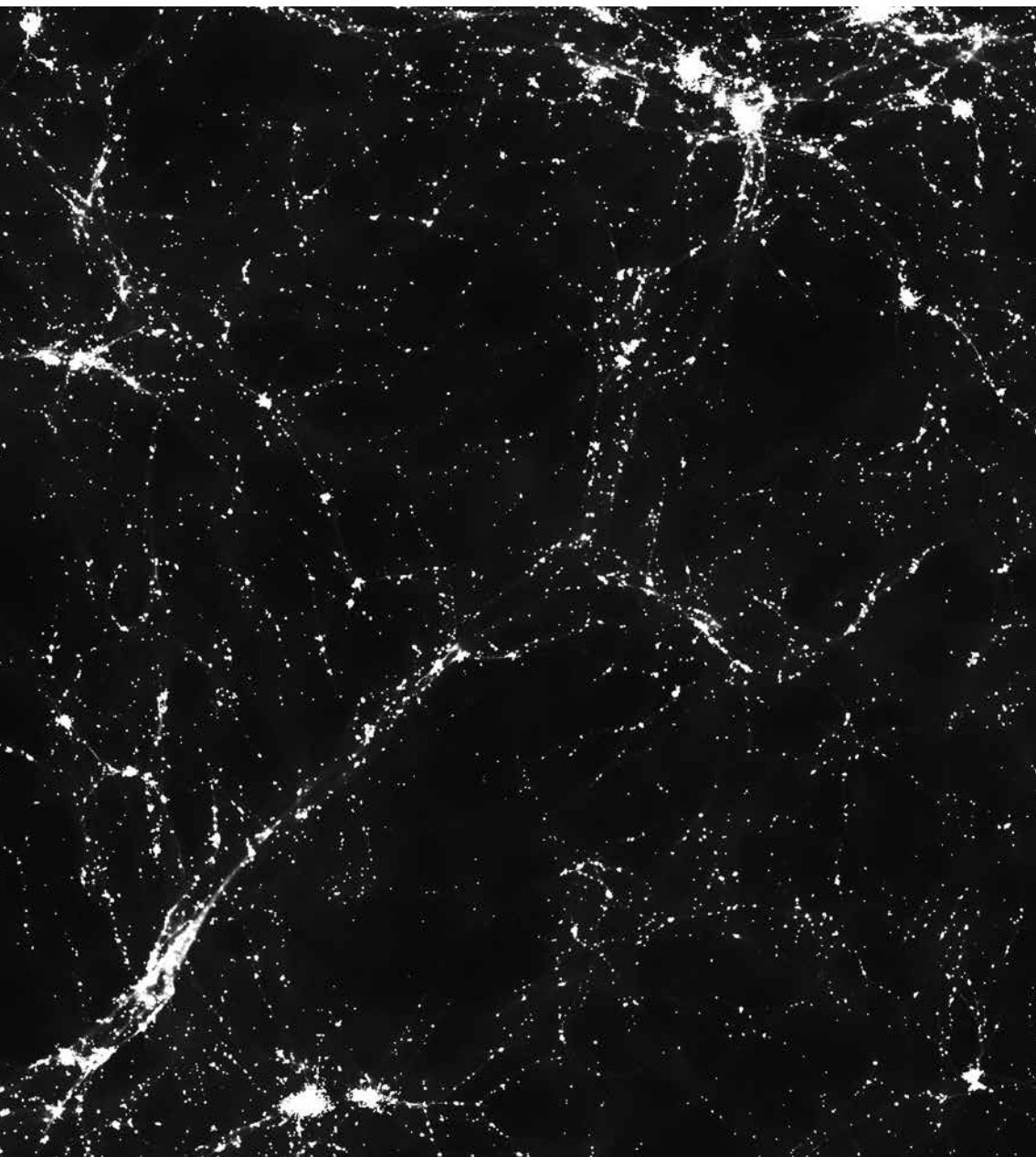
Pues bien: así como la Tierra es un complejo sistema de relaciones, asimismo el universo tiene la forma de una gran red. Los astrofísicos la llaman la Red Cósmica, y es la más grande estructura que han sido capaces de detectar, o que están empezando a imaginar. Para captar las dimensiones de esta gran red, pensemos cómo las estrellas se agrupan en galaxias, y cómo las galaxias a su vez se reúnen en *racimos* de galaxias (ver figura 4). Estos racimos son imaginados como grandes cúmulos que agrupan a cientos o miles de galaxias por acción de la gravedad. De ahí su nombre de racimos, pues las galaxias agrupadas en ellos orbitan en torno a un centro gravitacional común. El cálculo es que un racimo puede contener entre cincuenta y mil galaxias, aparte de una enorme cantidad de materia oscura, y puede medir entre dos y diez megaparsecs (mpc) de diámetro<sup>167</sup>. Estos racimos eran, hasta 1990, la mayor estructura cósmica que los astrónomos

---

<sup>167</sup> Un parsec es una medida astronómica que equivale aproximadamente a 3.26 años luz (más o menos 31 billones de kilómetros). Un megaparsec (mpc) equivale a un millón de parsecs, una distancia difícilmente imaginable.



*Figura 4. Racimo o cúmulo de galaxias. Foto tomada por el telescopio espacial Hubble en 2014. NASA.*



*Figura 5. Hoy los astrofísicos imaginan la estructura a gran escala del universo como una gran red de luz y materia oscura. Imagen simulada por computador en la que la unidad de medida es una galaxia.*

habían establecido. El universo, desde esta perspectiva, se imaginaba como una serie de esferas o racimos, dispuestos a la manera de ladrillos, unos al lado de otros.

Pero los descubrimientos de las últimas dos décadas y media de exploración telescópica demuestran que existen otros tipos de estructuras cósmicas más grandes aún que los racimos. Los cúmulos se organizan en largas hileras, a las que se llama filamentos; o bien se reúnen a manera de superficies, conocidas como muros u hojas. Asimismo los años recientes de mapeo astrofísico han desvelado la existencia de inmensos «vacíos» o burbujas cósmicas, vastas extensiones de materia oscura entre once y 150 megaparsecs de diámetro.

Como decíamos, la estructura a gran escala que hoy en día imaginan los cosmógrafos es la de una gran red (ver figura 5): una especie de espuma en la que los vacíos cósmicos se encuentran rodeados por filamentos y hojas, conformados a su vez por los cúmulos de galaxias. El cosmos estaría enlazado por una red de haces y nodos de luz que engloban grandes espacios de materia y energía oscuras. La imagen es sorprendentemente similar a una red neuronal. Pero también evoca antiguas imágenes míticas, como el védico velo de Maya o la red de Indra, en la que todos los nodos de la red tienen un ojo que observa a la totalidad de la trama.



Los grandes misterios que permean a esta vasta red cósmica son la materia y la energía oscuras, que constituyen la grandísima mayoría del universo observable. Los cosmólogos calculan que todas las estrellas y galaxias suman apenas un cinco por ciento del universo, mientras que el veintisiete por ciento estaría hecho de materia oscura, y el 68 por ciento de

energía oscura.<sup>168</sup> Aún constituyendo la mayor parte del cosmos y siendo la responsable de moldear su forma e impulsar su movimiento, nadie sabe a ciencia cierta qué pueda ser esta materia o esta energía. Se cree que miles de millones de partículas oscuras «pasan» por cada ser humano cada segundo y, sin embargo, esas partículas no pueden ser vistas ni registradas, pues no se entiende aún cómo pueda ser su masa.

Estas paradojas de la materia-energía oscura pueden, sin embargo, entenderse desde la psicología profunda. Desde Jung, es claro que todo lo que suprimimos de nuestra consciencia retorna desde el inconsciente y se proyecta como una sombra sobre el mundo. Podría pensarse que la materia-energía oscura es esa sombra proyectada al cosmos por el ego heroico-racional, como consecuencia de su voluntad de erradicar el alma del mundo. Así, en la cima de la ciencia occidental, y justo cuando el héroe había creído vencer y «explicar» la materia del Cosmos, justo cuando pensaba que desvelaría sus recónditos secretos macrofísicos y microfísicos, esa alma retornó en la forma –macroscópica– de una vasta red cósmica donde antes se creía que sólo había espacio vacío; o bien en la presencia –microfísica– de elusivos *dáimones* o partículas virtuales de energía oscura que no se pueden ver, y que sin embargo están en todas partes. Cuando el ego científico-racional creyó penetrar y dominar la materia, regresó el alma con sus antiguas y míticas imágenes. La paradoja es simple: lo que expulsamos de nuestra experiencia, retorna «desde atrás» como una sombra. El Cosmos, a fin de cuentas, no puede ser despojado de su alma.

---

168 FERRIS, Timothy, «El primer vistazo», en *National Geographic en español*, enero de 2015.

## Las falacias del materialismo

Como hemos visto, una de las metáforas fundamentales de la ciencia contemporánea es la gravedad, en contraste con la concepción mecanicista, en donde la metáfora es la máquina. Así como la piedra es atraída hacia el centro de la Tierra, así mismo la libélula es atraída hacia la forma de la libélula, o los fenómenos meteorológicos hacia el atractor de Lorenz, o los átomos de carbono y oxígeno hacia la estructura del dióxido de carbono. El problema que los atractores y la visión sistémica le ponen a la ciencia contemporánea es que implican una dimensión no-física en la realidad, una dimensión que interactúa con la materia, o que quizás es su substancia constituyente. Según Sheldrake, dicha dimensión no-física es la mente, o la conciencia.

Ésta tesis –que la mente o la psique determine a la materia– es una de las peores herejías para la ideología científicista contemporánea, que se caracteriza por su marcado y dogmático materialismo. El materialismo, valga recordar, es la idea de que la materia es la única realidad. Desde la postura materialista, la mente o la conciencia sería apenas un fenómeno secundario derivado de las leyes puramente físicas de la materia. En sentido estricto, para el materialismo científico la conciencia no existe, es una mera ilusión o un espejismo de la materia.

No es exagerado afirmar que el materialismo se ha convertido en un dogma de fe para la ciencia. Antes que un hecho, es una ideología y, como toda ideología, necesita ser defendida en contra de otras perspectivas. Esto se debe, en parte, a que surgió como reacción a una doctrina anterior, que dominó por varios siglos el pensamiento científico occidental y que es conocida como dualismo. Fue Descartes –uno de los padres de la ciencia moderna– quien en el siglo XVII propuso que la

materia era una substancia inanimada y mecánica, mientras que la mente –o el alma humana– era *otra* substancia, inmaterial, inteligente e inmortal. La realidad, pues, estaba hecha de dos substancias totalmente diferentes. Descartes, valga recordar, era cristiano y su dualismo cazaba muy bien con su fe, pues elevaba el alma a un estatus superior y la hacía diferente del cuerpo y del resto de los animales –que eran vistos por Descartes como máquinas.

Pero la ciencia se volvió atea. De hecho, uno de los objetivos de la ideología materialista que ha dominado a la ciencia durante el último siglo es el de desterrar toda visión religiosa o espiritual de la realidad. Y uno de sus argumentos más fuertes es que el dualismo no logra explicar cómo interactúan las mentes y los cuerpos, o las mentes y los cerebros. En este punto el materialismo tiene razón: dividir la realidad en dos substancias nos conduce a un extrañamiento del mundo difícil de asimilar. ¿Estamos irremediabilmente divididos, o acaso una de las dos substancias prima sobre la otra? Si la mente y la materia son dos substancias esencialmente diferentes, ¿cómo es que se encuentran en el hombre? Si acaso son paralelas, ¿no significa esto que habría una sustancia más fundamental que las asume a ambas? Estos son solo algunos de los problemas a los que nos lleva una visión dualista.

Pero si el dualismo nos pone frente a cuestiones extrañas y difíciles, lo cierto es que el materialismo tampoco se sostiene por sí mismo. En primer lugar, no ha alcanzado –ni alcanzará– una de las metas más importantes de su programa: explicar la conciencia. La pregunta de por qué somos conscientes –que en filosofía suele llamarse el problema «duro» de la conciencia– sigue devanado los sesos de una buena parte de neurocientíficos, psicólogos y filósofos de la mente. A pesar de los esfuerzos, ninguna explicación materialista

parece satisfactoria al buen sentido, y esto ocurre porque los materialistas han entrado en una extraña negación –quizá la más extraña en la historia del pensamiento–: la negación de su propia consciencia. Es por eso que las consecuencias de sus posturas rayan con el absurdo.

Una de las tesis más pintorescas del materialismo afirma que los seres conscientes no somos en realidad más que *zombies* que *creen* ser conscientes. Según esta curiosa idea, la consciencia no existe realmente: todos nosotros nos engañamos cuando pensamos que tenemos consciencia o cualquier clase de experiencia subjetiva –el aroma del pan, el sonido de un celo o el sabor del limón–. Al parecer, dicen los materialistas, alcanzamos esta extraña ilusión de la consciencia por razones evolutivas que no están del todo claras. El problema con esta postura es que presupone nuestra consciencia, no la «explica». Uno se pregunta por qué alguien habría de tomarse la molestia de explicarle a los ilusos *zombies* que no tienen consciencia subjetiva, si tan solo son *zombies* ilusos. Y quien lo hiciera, en todo caso solo sería otro *zombi* sin consciencia. Como pregunta el ensayista Gary Lanchman: «¿a quién pretende explicarle la consciencia si sus lectores, al igual que él mismo, no son realmente conscientes?»<sup>169</sup>. Si necesitamos explicarnos la consciencia es *porque* somos conscientes. Una máquina no necesita explicarse a sí misma su inconsciencia.



Una rama reciente del materialismo parece dar algo más de importancia a la mente. Se la conoce como emergentismo.

---

169 LANCHMAN, Gary, *Una historia secreta de la consciencia*, Atalanta, Girona, 2013, p. 16.

En pocas palabras, postula que la mente «emerge» del complejo sistema nervioso, de un modo similar a como el agua –con sus propiedades de liquidez y humedad– emerge de las interacciones de millones de moléculas de H<sub>2</sub>O. Así pues, según los emergentistas, la mente o los estados mentales no pueden reducirse a los estados cerebrales; sin embargo no son independientes del cerebro. La idea de las propiedades emergentes proviene de la teoría de sistemas, y afirma que *de las relaciones* entre las partes de un sistema complejo surgen propiedades globales o de «orden superior», que no pueden encontrarse en las partes, sino que pertenecen al todo. Así pues, la mente o conciencia emergería de la actividad cerebral. Su cualidad es diferente de la de un mero proceso físico, pues tiene propiedades autónomas, diferentes a las del cerebro físico. Las percepciones, las sensaciones, los deseos o las ideas no pueden explicarse analizando los componentes del sistema nervioso central, tal como la digestión no puede explicarse analizando las partes del sistema digestivo o la liquidez por la estructura de las moléculas de agua.

El problema con esta postura, como muestra el filósofo Thomas Nagel, es que de nuevo nos deja sin una explicación satisfactoria. Decir que cada estado mental emerge de un estado físico complejo del cerebro no es una explicación, sino el tipo de dato bruto que, justamente, exige una explicación. Si el emergentismo es cierto, dice Nagel, implica que los estados mentales se encuentran en el individuo...

sin ningún fundamento en los elementos que constituyen dicho organismo... El que esos elementos puramente físicos, cuando están combinados de una cierta manera, deban necesariamente producir

un estado [mental...] que no está constituido por las propiedades y las relaciones de las partes físicas todavía parece magia<sup>170</sup>.

En otras palabras, habría un «salto» que el emergentismo no sabe salvar, ¡y es justamente el «salto» que pretende explicar! Visto con calma, el problema del emergentismo es en realidad un problema lógico. Si la consciencia –tal como la comprendemos, que ya es bien poco– emerge de un sistema complejo, entonces su *cualidad* –es decir, el ser consciente– debe estar ya en las partes constitutivas de dicho sistema. No puede «salir» de la nada. Y si nosotros, en tanto seres conscientes, hacemos parte de una red de sistemas, entonces la consciencia, o la psique –el *ba*, el *spiritus*, el *anima*–, debe estar ya profundamente imbricada en esa red de sistemas. Dicho de un modo más claro: si nosotros somos conscientes es justamente porque el universo es consciente.

Los mismos materialistas no logran ponerse de acuerdo en cómo pueda derivarse la consciencia de la materia, o cómo pueda «demostrarse» que la consciencia es solo una ilusión. Todas las alternativas resultan al final insatisfactorias, porque en cualquier postura materialista la mente está intentando negar su propia existencia. Y esto es algo que intuitivamente el buen sentido no puede aceptar. La conciencia no solo existe, sino que se relaciona de muchas maneras con eso a lo que llamamos materia. O quizás la materia no es otra cosa que una perspectiva más de la psique o consciencia. La realidad, en todo caso, es mucho más interesante y misteriosa de lo que la ciencia materialista pretende hacernos creer.

---

170 Nagel, T., *Mind and Cosmos. Why the Materialist Neo-Darwinian Conception of Nature is Certainly Almost False*, Oxford University Press, Oxford, 2012.

## El no dualismo, o la comprensión profunda

Desde luego, hay otra manera de entender el problema mente-cuerpo o consciencia-materia. De hecho, es un modo de comprensión mucho más antiguo y elegante que el materialismo y el dualismo. En India se lo conoce desde hace muchos siglos como *advaita*, que traduce no-dos, no-dualismo, o no-discriminación. La comprensión profunda del no dualismo es que acepta y experimenta una sola realidad, que en última instancia es mente o consciencia. *Tat vam asim* –Yo soy eso– dice la filosofía *advaita*, intentando mostrar que no hay una separación entre el sujeto y el objeto, o entre la mente y la materia. En realidad, no hay separación de nada con nada. La idea de la separación no existe: es una ilusión o un espejismo de la misma mente.

En occidente la visión no-dualista –conocida como monismo– no ha sido del todo olvidada o desterrada; de hecho ha tenido también lúcidos exponentes, como Platón, Plotino, Bruno, Spinoza o Jung, entre otros. Un reciente filósofo occidental que ofrece una bella perspectiva del asunto es Alfred N. Whitehead. Whitehead fue uno de los pocos filósofos que comprendió las profundas implicaciones de la mecánica cuántica. Si las partículas elementales no son simplemente ladrillos materiales –como lo revela la cuántica– sino entidades ambivalentes que tienen tanto propiedades de onda como de partícula, entonces no hay algo así como «materia muerta» o inerte. Whitehead entendió que las ondas necesitan tiempo para existir. Y si la materia, en sus partículas elementales, esta «compuesta» de ondas, entonces no existe algo así como materia sin tiempo. Todos los objetos físicos son procesos que tienen tiempo, o una duración interna.<sup>171</sup>

---

171 SHELDRAKE, *op. cit.*, p. 120.

Whitehead propone que la mente y la materia se encuentran íntimamente relacionadas, al punto de formar una sola sustancia. Su relación no es una relación espacial sino temporal. El tiempo es la clave de su conexión: mente y materia se entrelazan en cada momento del proceso de la realidad. Habría, en este orden de ideas, dos tipos de causalidad en el universo: la física, que funciona desde el pasado hacia el presente, y la causalidad mental, que lo hace al contrario: desde los futuros potenciales hacia el presente –o desde el presente hacia el pasado–. Ésta última es exactamente la causación de los propósitos humanos. Cuando actuamos según una meta, la escogemos de un abanico de posibilidades futuras. Una vez elegimos, nos dirigimos hacia la meta, como si ella nos «halara» o nos «prehendiera» desde el futuro, tal y como la gravedad hace con la piedra que cae. O bien elegimos desde el presente qué aspectos del pasado decidimos traer al ahora, gracias a la memoria selectiva, como si estuviésemos causando el pasado desde el presente.

Para Whitehead, estos dos tipos de causalidad operan en todos los niveles de la realidad. Incluso en los procesos cuánticos tiene lugar tanto la causación física como la mental. Por lo tanto, de alguna manera los átomos y las partículas subatómicas tienen experiencias y sensaciones, de alguna manera «eligen» y tienen conciencia –o mente–. Estas sensaciones y experiencias subatómicas son sin duda más fundamentales y primigenias que la conciencia humana. Sin embargo, tal y como sucede con los fenómenos atractivos, es la mente, o la psique –o la dimensión no-material del universo– la que actúa «halando» la materia hacia nuevos estados.

La visión de Whitehead tiene mucho de intuitiva, mucho de poética y mucho de necesaria en un mundo despojado de alma. La materia y la conciencia no son entidades separa-

das. La consciencia no es un mero «añadido» de la materia. De hecho, podría afirmarse que es la condición para que exista «eso» a lo que llamamos materia. Luego de tantos siglos de exilio del alma, necesitamos que esa alma retorne a nuestra visión del mundo. Whitehead no es el único en postular una visión más amplia de la realidad que la del materialismo. El poeta zen Thich Nhat Hahn nos habla, como poeta, respecto al mismo punto, apelando ya no a nuestro intelecto como a nuestra intuición y percepción profundas:

Si contemplamos atentamente una hoja de hierba o un árbol, veremos que no es mera materia. La hoja y el árbol poseen su propia inteligencia. Una semilla, por ejemplo, sabe cómo crecer y convertirse en una planta con hojas, flores y frutos. Un pino no es solo materia, sino que también posee su propia inteligencia. Una mota de polvo no es solo materia, ya que cada uno de sus átomos es una realidad viva que posee su propia inteligencia.

Este conocimiento de la naturaleza profunda de las cosas se denomina, en sánscrito, *advaita jñana*, lo que significa «sabiduría de la no discriminación». Se trata de una forma de ver las cosas que va más allá de los conceptos. La ciencia clásica se basa en la creencia de que, con independencia de la mente, existe una realidad objetiva. Desde la perspectiva budista, sin embargo, hay mente y hay objetos mentales y ambos se manifiestan simultáneamente. Es imposible separarlos. Los objetos mentales son creados por la mente... El cosmos resplandeciente y elegante que vemos es, de hecho, nuestra propia consciencia y no algo ajeno a ella.<sup>172</sup>

---

172 HAHN, Thich Nhat, *Un canto de amor a la Tierra*, Kairós, Barcelona, 2014, pp. 12-13.

## La crisis del ego y final del mito heroico

El problema con nosotros, exóticos especímenes tardo-modernos, es que seguimos concibiéndonos como «entidades» separadas: como partículas en vez de como ondas; como burbujas aisladas y no como gotas de una red líquida. Nos encontramos frente al derrumbe de uno de los supuestos fuertes de la ciencia moderna y la Ilustración: que somos sujetos separados del resto de los objetos, seres escindidos del Cosmos. Este supuesto heroico y egóico, que permea la filosofía, la ciencia, la política y la técnica desde hace casi quinientos años, despojó al mundo de todo significado y propósito. Cualquier sentido quedó circunscrito a los estrechos límites del cráneo humano. Y si se llegara a notar algún rastro de propósito en el universo, sería por pura proyección, pues el universo, como reza la ciencia ortodoxa, no es más que un frío y azaroso mecanismo. ¿No es éste —se pregunta el junguiano Richard Tarnas— el más extraordinario acto de *hybris* o soberbia, el engaño final y más monstruosamente antropocéntrico? ¿No es un acto de ceguera suprema suponer que el universo del que provenimos carece justamente de lo que nosotros poseemos de modo exclusivo?». <sup>173</sup>

En su clásica obra *El héroe de las mil caras*, el mitólogo Joseph Campbell describe, basado en una gran cantidad de material mítico de prácticamente todas las culturas del planeta, el viaje arquetípico de todo héroe, que no es otro que nuestro propio viaje como individuos y como especie. Se trata de un viaje en el que el protagonista vive un proceso de progresiva separación e interiorización en varias fases, un proceso vital que termina con la iniciación o el nacimiento de un nuevo

---

173 TARNAS, R., *Cosmos y psique*, Atalanta, Girona, 2009, p. 70.

mundo. En primer lugar, el héroe se aparta de su comunidad: siente el llamado de retirarse y buscar su propio camino. En una segunda etapa, el héroe traslada el énfasis de su experiencia del mundo exterior al mundo interior, donde se encuentran las verdaderas dificultades. El héroe, pues, desciende hacia las zonas oscuras de la psique y se topa con fuerzas potentes que imponen pruebas a su trayecto: sabe que hay un peligro en su viaje, pero no puede dejar de atender el llamado. Llega después la noche oscura del alma, una crisis de sentido y de identidad que sumen al héroe en una oscuridad angustiosa. Todos los referentes que antiguamente le daban su identidad se disuelven, y el héroe conoce de frente y en crudo la experiencia del sufrimiento y la fragilidad humana. Ya es demasiado tarde para regresar a su estado de consciencia inicial: el héroe debe descender todavía más. Sólo entregándose a esa experiencia de disolución de las antiguas estructuras puede acceder a una fuente más poderosa y verdadera de sentido. Es sólo cuando se disuelven por completo sus creencias antiguas y el héroe se entrega a esa nada, que consigue finalmente establecer una relación directa y consciente con la dimensión arquetípica y numinosa del cosmos, con esa vasta red de sentido y comprensión.

Es ineludible repetirlo: nos encontramos, como especie, ante un umbral de transformación sin precedentes. Estamos frente a una nueva comprensión y experiencia de la realidad. Sin embargo, no alcanzamos a entrar aún en ella. Hoy en día, prácticamente todas las actitudes básicas del arquetipo heroico han sido cuestionadas y deconstruidas. Sabemos que el progreso material no puede ser la meta de la vida humana; que no se trata de «vencer» a la naturaleza sino de cooperar y co-crear con ella; entendemos que el individuo autónomo y «civilizado» no puede encontrar una realización vital plena en

un mundo sin significado... Y aún así, a pesar de haber criticado nuestros rasgos más marcadamente egóicos, seguimos sin abandonar nuestras arraigadas actitudes egoístas, competitivas y materialistas. Lo paradójico de la situación, como señala Tarnas, es que nuestra lúcida angustia posmoderna es hija de las cualidades y los logros más admirados de nuestra civilización<sup>174</sup>: la técnica ha conducido al desastre ecológico; el liberalismo a la angustia del individuo; el método científico a la ausencia de una comprensión del sentido de la vida. Para colmo, las grandes religiones dejaron hace tiempo de ser un mapa vital para la compleja psique contemporánea. Ya no podemos volver atrás, a un estado primitivo o mítico de existencia, pero tampoco podemos seguir como estamos.

Nos encontramos, creo, en una noche oscura en la que todas las estructuras que habían otorgado significado al mundo se están disolviendo completamente. De ahí la exasperante agitación, la desoladora fragmentación y la aguda incertidumbre de nuestro estado psíquico, como individuos y como especie. Tenemos, no obstante, algunos esbozos de la que puede ser una nueva visión y, sobre todo, una nueva experiencia del Cosmos. Poco a poco cobramos consciencia, por ejemplo, de que vivimos en una realidad multidimensional de altísima complejidad; no puede bastarnos una sola perspectiva, pues precisamos de una apertura radical a todas las relaciones y posibilidades. Poco a poco nos damos cuenta de que el sujeto nunca estuvo separado del objeto, y de que las partes nunca fueron distintas del todo. Poco a poco empezamos a captar la complejísima interdependencia y el ordenamiento

---

174 *Ibid.*, p. 19.

sutil de los sistemas vivos, así como la limitación de toda visión reduccionista u objetivista del universo.<sup>175</sup>

Sin embargo, no es suficiente con entender la teoría: el punto es experimentar plenamente esa intuición, realizarla y encarnarla. Pues lo que regresa es la certeza profunda de que el Cosmos es un gran organismo en el cual todo está enlazado –una red que cobra vida en el mar, como dice Plotino–, y la experiencia de que estamos imbricados en una íntima relación con Él, o con Ella. El arquetipo de la Madre retorna, y en su retorno nos atrae hacia una nueva interpretación de la realidad: el universo es una red, un inimaginable sistema unido a sí mismo por una infinidad de redes: una trama imbricada en la que todo se comunica con todo, y en la que todo hace parte de todo. Yo, claro está, hago también parte de ese universo interconectado y líquido. Pues bien: si yo tengo la capacidad de dar significado al mundo, si tengo la facultad de darle propósito, entonces el universo también tiene esa capacidad. No puede ser de otra manera. El propósito y el significado se encuentran no sólo en nosotros, sino en todos los organismos vivos, en el sistema planetario como en las estructuras moleculares, en los animales y en las infinitesimales dinámicas cuánticas. Si el universo es una red, entonces tiene propósito. Si tiene un propósito significa cosas para sí mismo, y yo significo cosas dentro de su vasta Mente. Podríamos imaginar que el Cosmos no sólo tiene un propósito y un significado, sino más bien una inconmensurable profusión y profundidad de sentidos y significados. Y que nuestra existencia hace parte de esa vasta red líquida de sentido.

---

175 *Ibíd.*, p. 57.

¿A qué llamamos consciencia? Me doy cuenta, con todas las fibras y dimensiones de mi ser, de que soy: sé que soy. Y al saberlo, sé inmediatamente que soy algo que está más allá y más acá de mi cuerpo físico o mi estructura mental. Sé que soy un campo de presencia y de relaciones, de intercambio de sentidos con todo lo que me rodea. «Yo soy eso», dice el *advaita*. Yo soy tú, es otra bella forma de expresarlo. Si algo podemos saber con plena certeza es que *somos*. Y a esta certeza Gaia añadiría, casi en secreto: no solo eres, sino que eres parte de algo más grande que tú. *Eres* gracias a que eso otro —que eres tú mismo— te sostiene. *Eso* está en ti y *tú* estás en eso. Somos. O como diría Thich Nhat Hahn: «intersomos». Emergemos y coemergemos dependiendo de todo lo demás.

Epílogo

# El alma del Cosmos

*Imagina por un momento que eres el universo... E imagina que eres abordado por [...] dos pretendientes, por así decir, que aspiran a conocerte. ¿A qué enfoque estarías más dispuesto a desvelar tu auténtica naturaleza? ¿A quién le confiarías tus secretos más profundos? ¿Al pretendiente [...] que te considerara esencialmente desprovisto de inteligencia y propósito, sin interioridad de la que hablar, sin ninguna capacidad o valor espiritual en absoluto, que te tuviera como fundamentalmente inferior a él mismo...? ¿O te abrirías más franca y profundamente, tú, Cosmos, al pretendiente que te considerara al menos un ser tan inteligente y noble, tan valioso, impregnado de mente y alma, imbuido de aspiración y finalidad moral y tan dotado de profundidad espiritual y misterio como él mismo?<sup>176</sup>*

---

176 TARNAS, op. cit., p. 76.



La pregunta que nos plantea Tarnas implica un cambio de perspectiva simple, pero radical. El punto es dejar de considerarnos seres separados, burbujas que sólo significan cosas para sí mismas, a experimentarnos como nodos conscientes dentro de un universo consciente. Este paso significa que mi centro de identidad y de sentido se desplaza, o mejor, se expande. Mi sensación de «yo» separado empieza a ponerse en cuestión, pues comprendo que ese «yo» encapsulado es una ficción, una burbuja. En realidad no puedo estar separado. Debo participar íntimamente de esa *substancia*, de esa red, de ese campo, de esa mente, en fin, de *eso* que anima al Cosmos.

¿Cómo pudo surgir la vida en un universo sin vida? A menos que la vida ya hiciera parte constitutiva del universo, es absurdo pensar que hubiese «aparecido» como un simple azar en un mecanismo inanimado. ¿Cómo pudo surgir la consciencia –o la mente, o la psique– de una materia inconsciente? A menos que la consciencia hiciese ya parte de esa materia, resulta imposible «explicar» la aparición de la consciencia. Si yo estoy vivo, y si soy un ser consciente, capaz de reconocermé a mí mismo y de plantearme significados y propósitos, en-

tonces, de alguna manera –o de maneras incontables e infinitamente variadas y creativas– el universo ha de estar vivo y consciente, y debe poder significar cosas para sí mismo, debe poder comunicarse consigo mismo y plantearse sentidos y propósitos. Platón lo vio y lo expresó claramente:

El Cosmos es de hecho un ser viviente dotado de alma e inteligencia... una entidad viva y única que contiene a todas las otras entidades, las cuales, por su naturaleza, están relacionadas.<sup>177</sup>

Creo que la idea positivista y materialista de un universo inerte y azaroso, frío y sin propósito no solo es aburrida y estéril, sino terriblemente soberbia y francamente depresiva. La alternativa a esta idea moderna es el antiguo reconocimiento de que el Cosmos es un ser viviente y dotado de psique, como dice Platón. Es una alternativa no sólo más interesante y preñada de posibilidades, sino más humilde y bella. El filósofo griego llamó a este reconocimiento *Psyché Tou Kosmou*: la psique o el alma del Cosmos (ver figura); los babilonios la imaginaron en los movimientos armónicos y cíclicos de los astros, y la simbolizaron en el mágico número nueve. Mucho antes, los pueblos neolíticos la representaron en una miríada de figuras femeninas de enormes vientres. Esta idea primordial –este *arquetipo*– ha regresado continuamente a la imaginación humana a lo largo de los siglos. La metáfora se ha hecho rica en símbolos y sentidos: para los taoístas es el *Tao* con nombre: la madre de los diez mil seres; para los hindúes –entre los 1.008 nombres que le dan– es Durga o Devi, la Madre cósmica, pero también Kali, la Madre oscura que devora y transforma todo en su vientre; para los tántricos es Shakti, la Fuerza o el poder que mueve el universo; para los

---

177 PLATÓN, *Timeo*, en *Diálogos VI*, Gredos, Madrid, 1992.

gnósticos es Sophia, la Diosa infundada en la materia, que atrae a sus partículas dispersas de nuevo a la unidad. Los budistas la llaman Tara, la que conduce felizmente al otro lado, o Avalokiteshvara, el gran *bodhisattva* de la compasión. Para los chinos aparece como Guan Yin, «la que escucha el llanto del mundo».

Desde luego, si seguimos la cadena simbólica, Ella es también la Virgen Madre, María. La Virgen –como Guan Yin, Avalokiteshvara, Tara, Sophia, Kali o Devi– es una metáfora: una imagen numinosa de nuestra profunda mente colectiva. Aso-

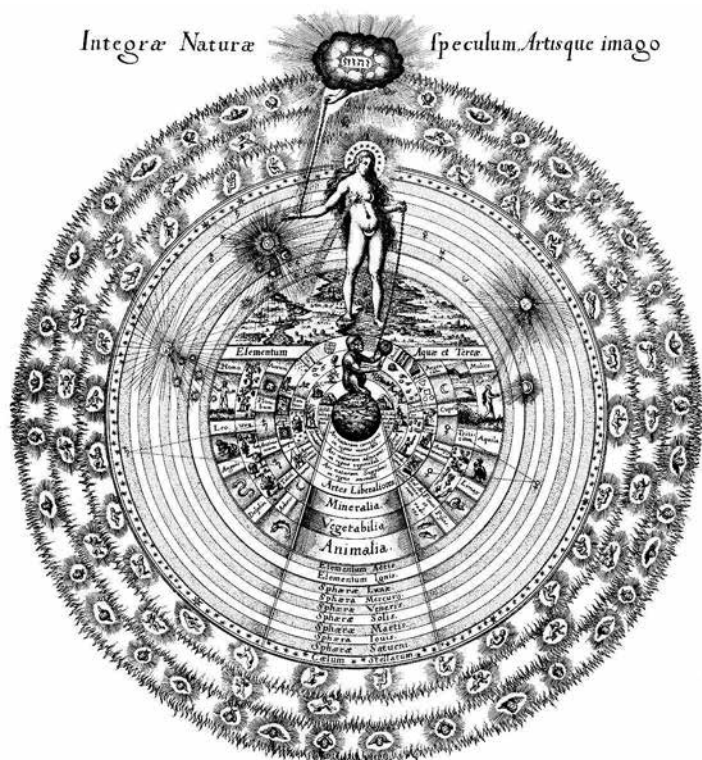


Figura 1. Una de las más bellas imágenes del Anima Mundi es «El espejo de la naturaleza íntegra y la imagen del arte» (1617), un grabado del místico, médico y alquimista inglés Robert Fludd.

ma desde nuestro inconsciente colectivo, como en un sueño, a través de los ojos del alma de los niños y los pastores, y señala con su presencia toda una constelación de significados. De un lado, si escuchamos su mensaje literal, nos dice que precisamos un cambio radical de mentalidad, una transformación espiritual: paz, fe, conversión, oración y ayuno, son sus instrucciones, como vimos. Bien entendidas, son directrices para una iniciación, una transformación de la conciencia. En este mensaje la Virgen refleja a la blanca Tara y a la potente Shakti, pero también a la negra Kali, la transformadora. Pues desde una perspectiva espiritual amplia la Madre nos está pidiendo una muerte simbólica a un cierto modo de ser, una expansión del sentido de nuestra vida: una iniciación. Nos pide directamente que crezcamos y asumamos una nueva visión de las cosas.

Pero desde una perspectiva simbólica o arquetípica, podemos «ver» que la Virgen también nos está hablando en otro registro, más sutil e imaginativo. Una mujer vestida de sol aparece en el cielo y se dirige a los indígenas, a los niños, a las monjas. En ocasiones hace milagros con los elementos: hace llover y brotar aguas curativas, hace florecer a las plantas y danzar al sol. La Virgen, vista simplemente y sin prejuicio, es también pagana: está conectada con los animales, los árboles y los elementos. María le habla a nuestro inconsciente animista y nos recuerda, como al inicio de nuestra conciencia humana, que todo está vivo dentro de un solo ser, un mar de ondas que se mueven en todas direcciones, desde todas las profundidades y hacia todos los sentidos. En esto se parece a Eurynome y las Diosas míticas que se muestran como el océano primigenio; o también a las figuras dinámicas, zigzagueantes, ondulantes y aladas que esculpían los humanos neolíticos. Ella nos recuerda que todo está unido con

todo en una red, y que la red se mueve. La red está imbuida de una sustancia dinámica: tiene alma. Esa danza cósmica está en nosotros, y nosotros en ella. La Virgen, en fin, nos recuerda que hacemos parte constitutiva de un gran ser vivo y consciente. Los indígenas Kogui llaman *Aluna* al pensamiento continuo que sostiene a la realidad y le da forma, un flujo de vida y pensamiento que es la fuente de esa malla cósmica. *Aluna* es como el agua o, como en la imagen de Plotino, «una red que cobra vida en el agua empapándose de ella». En eso se parece a la misteriosa energía oscura de los astrofísicos del siglo XXI.

¿Significa esto que debemos volver a ser animistas o regresar a un estado de consciencia tribal? De ninguna manera. No se trata de una «regresión» a una forma de consciencia anterior, o de retornar al útero materno. Tampoco se trata de «progresar» hacia adelante o hacia arriba, como quisiera el héroe. Se trata más bien de expandir el ámbito de nuestra consciencia, de un modo muy similar al movimiento de una espiral, cuyo trazo aparentemente retorna en un círculo, pero en realidad expande su propio campo de existencia en cada nuevo giro. Se trata, pues, de comprender e integrar el impulso que nos trae este retorno de la Diosa, para abrir nuestro horizonte de visión y, sobre todo, de experiencia.

¿Cómo podemos comprender la metáfora de la Diosa que retorna, cómo podemos realizar la nueva visión a la que nos abre el arquetipo, desde el fondo de nuestro inconsciente colectivo? Es este un asunto aún en despliegue, como la espiral. O un misterio, si se quiere. Sin embargo tenemos pistas. Hoy sabemos que formamos parte de sistemas altamente complejos: sistemas físicos, biológicos, sociales, informáticos, energéticos. El universo no es simplemente un conjunto de partículas y fuerzas, atornilladas y engranadas unas a otras

como en un reloj. El Cosmos está vivo: es más como un animal o un árbol o una inefable entidad animada e inteligente. En eso se parece a Gaia. De alguna manera siente y experimenta significado y propósito, desde lo imaginablemente pequeño y efímero a lo inabarcablemente hondo y grande. Hoy sabemos también, desde que fue formulado el principio de incertidumbre de la física cuántica, que nuestra acción –o nuestra observación– modifica el sistema, es decir, que de muchas maneras conversamos con el sistema y co-creamos la red de la realidad. Estamos íntimamente amarrados, conectados a esa alma del Cosmos.

Ante todo, si nos abrimos sincera y simplemente a la experiencia pura de nuestra propia consciencia, sabemos que *somos*, que estamos vivos. La vida es *eso* que sostiene y anima mi existencia, antes de todo signo y de todo concepto. Yo soy un hijo de la vida, un símbolo de esa vida, y soy esa vida. ¿Si estoy vivo y sé que estoy vivo, porqué no habría de estarlo y de saberlo el Cosmos del que formo parte? La vida es *eso* que me junta, *eso* que me une a todo lo otro, en todos los sentidos. Aquí se revela la gnóstica Sophia: todo está unido «por dentro», desde «el interior» de la vida. Todo se dirige hacia todo y retorna a sí mismo, todo el tiempo. Esa vida, esa alma está en todas las cosas, y todo está empapado de esa vida, de esa alma, de esa psique.

La ventaja que nos da una visión panpsiquista es que nos abre a una infinita gama de posibilidades imaginativas, pues en el fecundo campo de la psique todos los símbolos remiten y se reflejan unos a otros, todos los seres se comunican los unos con los otros. Si, como dice Hillman, la psique es un conjunto de perspectivas, entonces en la psique del Cosmos todas ellas son posibles. La Madre es inclusiva y acepta y transforma incluso la más cerrada perspectiva materialista.

Pues la Madre es como la tierra, de la que brotan todas las semillas. Y es como el bosque, en donde todos los seres se alimentan y retroalimentan, se intercambian y relacionan en múltiples niveles, en el ámbito fértil y lleno de la vida.

El universo es, pues, como un bosque que se comunica consigo mismo en todos los niveles. Se comunica en símbolos, signos e imágenes, de una manera metafórica. Psique es imagen, decía Jung. Ella es la Diosa de la metáfora, la que traslada de un lugar a otro, la que conduce felizmente al otro lado, como Tara, la que transforma el sentido y lo amplía. Una metáfora es un símbolo –o una imagen– que conduce hacia algo que está más allá de sí mismo. Una metáfora implica un «movimiento de la consciencia», implica siempre una *relación*. Y en la relación cada una de las partes se extiende, o se «expande», se vuelve algo más que ella misma. Cuando decimos, por ejemplo, que el Cosmos es *como* un gran organismo, no estamos igualando, literalmente, el Cosmos a un organismo. Sin embargo, al «ver» la relación entre ambos, estamos ampliando nuestra comprensión tanto del organismo como del Cosmos. Y al ampliar nuestra comprensión estamos abriendo nuevas posibilidades para establecer otras metáforas, otras relaciones, otras imaginaciones. El modo de conocimiento de la Diosa es siempre imaginativo y metafórico, dinámico y plural, relacional, expansivo y creativo, como una flor o un árbol.

Como ser que entiende de propósito y sentido, puedo entonces empezar a *ver* y a comprender, poco a poco, los sentidos y los propósitos del Cosmos, puedo entrar en nuevas relaciones con él –o con Ella–. Comprendo que no necesito imponer –como un héroe– mis propios fines al mundo o a los seres que habitan en él junto conmigo. Comprendo, de una manera vital y desde una experiencia directa y una certeza profunda,

que *puedo abrirme* a esos seres, a ese «otro» en sus múltiples formas, pues esos seres hacen parte de mí, y yo de ellos. Puedo escucharlos con unos oídos más finos, puedo disponerme a que mi relación con *eso* me transforme y amplíe mi comprensión de *eso* y de mí. Nuestra relación con el Cosmos, con todo lo «otro» que se teje y se despliega en él, deja de ser entonces la de una enemistad o una batalla: el héroe comprende que no tiene que matar a ningún dragón, ni dominar a la naturaleza. Esa relación empieza a parecerse más a una conversación, a un diálogo, es decir: a una verdadera relación. Puedo cooperar con *eso*, puedo ser amigo de *eso*. Pero más que poder –que es un verbo heroico– *quiero* ayudar a *eso*. En tanto que soy uno con *eso*, en tanto que estoy inextricablemente unido a *eso*, quiero y necesito ayudar a *eso*, que soy Yo. Entonces comprendo que no debo sujetarme ya a ninguna moral externa y coercitiva –a ningún deber impuesto–, sino que una nueva ética del cuidado y de la ayuda emerge espontáneamente de esa experiencia directa de reconocimiento, de ese nuevo modo de consciencia integrado, expandido, vital y unificado.

No olvidemos que, como toda metáfora verdadera, como toda imagen primordial, la Diosa conduce más allá de sí misma. Si no comprendemos esto y tomamos literalmente a la imagen por el significado, erraremos la señal. Es *a través* de sus imágenes que la Diosa nos transporta más allá de las imágenes. Es a través de sí misma que Ella amplía y expande nuestra experiencia de la vida y de su sentido. Ella es un camino, un viaje, un símbolo que implica un profundo movimiento del alma hacia *eso* que ya somos y que conocemos, pero que hemos olvidado. Sus imágenes, sus símbolos, sus metáforas transparentan *eso* que es a la vez profundamente conocido por nosotros –o nosotros por *eso*– y a la vez profundamente misterioso.

Conocemos el significado, pero no podemos nombrarlo. Y aun así intentamos nombrarlo, en símbolos y metáforas, pues aún necesitamos invocar a *eso* que está más allá, o más acá, de todo símbolo y toda metáfora. Todo mito, toda metáfora, todo verdadero símbolo transformador tiende a esta realización: existe una experiencia fundamental de lo que somos, y de que eso que somos es la misma substancia, la misma música de la que está hecha el Cosmos. Sólo tenemos que entrar en relación con Ella, con *eso*. Sólo tenemos que recordar.



# Bibliografía

AHARONOV, Y.; POPESCU, S.; TOLLAKSEN, J., «A time-symmetric formulation of quantum mechanics», *Physics Today*, noviembre 2010.

BARING, Anne; CASHFORD, Jules, *El mito de la Diosa. Evolución de una imagen*, Siruela, 2005.

BLACKMORE, Susan, *Conversations on Consciousness*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

BLOOM, Harold, *Presagios del milenio. La gnosis de los ángeles, los sueños y la resurrección*, Anagrama, Barcelona, 2001.

BOHM, D., *Wholeness and the Implicate Order*, Routledge & Kegan Paul, London, 1980.

CAMPBELL, Joseph, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

\_\_\_\_\_, *Imagen del mito*, Atalante, Girona, 2012.

\_\_\_\_\_, *Las extensiones interiores del espacio exterior*, Atalanta, Girona, 2013.

CAPRA, Fritjof, *El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente*, Ed. Troquel, Buenos Aires, 1992.

\_\_\_\_\_, *The Hidden Connections. A Science for Sustainable Living*, First Anchor Books, USA, 2002.

\_\_\_\_\_, *La trama de la vida*, Anagrama, Barcelona, 1998.

CASTANEDA, Carlos, *Una realidad aparte. Nuevas conversaciones con Don Juan*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

\_\_\_\_\_, *Viaje a Ixtlán, Las lecciones de Don Juan*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008.

DE CASTELLS, Juan Manuel, *Los siete rostros de María. La Virgen, la Iglesia y la mujer*, Intermedio Editores, Bogotá, 2011.

DOS SANTOS, Lucía; HAFFERT, John (colaborador), *Her Own Words to the Nuclear Age: The Memoirs of St. Lucia*, The 101 Foundation, 1993.

ELIADE, Mircea, *Mito y realidad*, Ed. Labor, Barcelona, 1991.

FEUERSTEIN, Georg, *La tradición del yoga. Historia, literatura, filosofía y práctica*, Herder, Madrid, 2013.

GANDHI, Mahatma, *El alimento del alma*, José J. de Olañeta e Índica, Madrid, 2002.

GIMBUTAS, Marija, *The Language of the Goddess*, Thames & Hudson, Hong Kong, 2001.

GORDON WHITE, David, *Tantra in Practice*, Princeton Press, 2000.

GRAVES, Robert, *The Greek Myths I*, The Folio Society, Barcelona, 2001.

Harpur, Patrick, *El fuego secreto de los filósofos*. Atalanta, Girona, 2006.

\_\_\_\_\_, *Realidad Daimónica*. Atalanta, Girona, 2007.

\_\_\_\_\_, *La tradición oculta del alma*. Atalanta, Girona, 2013.

HILLMAN, James, *Re-imaginar la psicología*, Ediciones Siruela, Madrid, 1999.

JAFFÉ, Aniela, *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Seix Barral, Barcelona, 2009.

JONAS, Hans, *El principio de responsabilidad: ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, Herder, Barcelona, 2009.

\_\_\_\_\_, *El principio vida. Hacia una biología filosófica*, Trotta, Madrid, 2000.

JOHNSON, Robert, *Inner Work*, HarperCollins, 2009.

JUNG, Carl, *Acerca de la psicología de la religión occidental y de la religión oriental*, Trotta, Madrid, 2009.

\_\_\_\_\_, *Arquetipos e inconsciente colectivo, obra completa vol. 9/1*, Trotta, Madrid, 2002.

\_\_\_\_\_, *Civilización en transición*. Trotta, Madrid, 2001.

\_\_\_\_\_, *Psicología y religión*. España, Paidós, 2011.

\_\_\_\_\_, *Respuesta a Job*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

\_\_\_\_\_, *Aión. Contribuciones al simbolismo de sí mismo*, Obra completa Vol. 9/2, Editorial Trotta, Madrid, 2011.

JUNG, Carl; WILHELM, Richard, *El secreto de la flor de oro*, Paidós, Barcelona, 1995.

LACHMAN, Gary, *Una historia secreta de la consciencia*. Atalanta, Girona, 2013

NEWMANN, Erich, *La gran madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*, Trotta, Madrid, 2009.

LAO-TSE, *Tao Te Ching*, Editorial Tecnos, Madrid, 1996.

LASZLO, Erwin, *Evolución: la gran síntesis*, Espasa Calpe, 1988.

\_\_\_\_\_, *Science and the Akashic Field*, Inner Traditions, Rochester, 2007.

LAURENTIN, René; RUPČIĆ, Ljudevit, *Is the Virgin Mary Appearing at Medjugorje? An Urgent Message for the World Given in a Marxist Country (¿Está la Virgen María apareciendo en Medjugorje? Un mensaje urgente para el mundo en un país marxista)*, The World Among Us Press, Gaithersburg (MD), 1988.

LANCHMAN, Gary, *Una historia secreta de la consciencia*, Atalanta, Girona,

LOVELOCK, James, *Gaia*, Oxford University Press, Nueva York, 1979.

\_\_\_\_\_, *Gaia: una ciencia para curar el planeta*, Integral, Barcelona, 1992.

\_\_\_\_\_, *The Vanishing Face of Gaia*, Perseus, Nueva York, 2009.

MARSHALL Govindan, *Kriya Yoga, Sutras de Patanjali y los Siddhas*, Kriya Yoga Publications, Quebec, 2002.

MERTON, Thomas, *Semillas de contemplación*, Viaceli, 2009.

NEUMANN, Erich, *La gran madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*, Trotta, Madrid, 2009.

NHAT HANH, Thich, *El sol, mi corazón*, Ediciones Dharma, Madrid, 1999.

NÖE, Alva, *Out of Our Heads; Why You Are Not Your Brain, and Other Lessons from the Biology of Consciousness*, Hill & Wang, Nueva York, 2009.

OTTO, Rudolf, *Ensayos sobre lo numinoso*, Trotta, Madrid, 2009.

PINCHBECK, Daniel, *The Return of Quetzalcoatl*, Tarcher/Penguin, USA, 2006.

PLATÓN, *La república*. Alianza, Madrid, 1999.

RESTREPO, Rodrigo, *Círculos de misterio. ¿Cuál es el secreto detrás de los mensajes en los cultivos?*, Intermedio Editores, Bogotá, 2012.

SAN PABLO, *Epístola a los Filipenses*, Reina-Valera, 1960.

SCHUCMAN, Helen, *Un curso de milagros*, Foundation for Inner Peace, California, 1999.

SHELDRAKE, Rupert, *Nueva ciencia de la vida: hipótesis de la causación formativa*, Kairós, Barcelona, 1992.

\_\_\_\_\_, *La presencia del pasado. Resonancia mórfica y hábitos de la naturaleza*. Kairós, Barcelona, 2006.

SIRUELA, Jacobo, *El mundo bajo los párpados*, Atalanta, Girona, 2010.

SLOTERDIJK, Peter, *Has de cambiar tu vida*, Pre-textos, Valencia, 2012.

STEINER, Rudolf, *La iniciación o cómo adquirir el conocimiento de los mundos superiores*, La tabla de esmeralda, Madrid, 1988.

STRAWSON, Galen, «Realistic monism: why physicalism entails panpsychism», *Journal of Consciousness Studies*, 13, 3-31.

THOM, Rene, *Structural Stability and Morphogenesis*, Benjamin Readings, Massachusetts, 1975.

VON FRANZ, Marie Louise, C. G. Jung: *su mito en nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

WHITEHEAD, Alfred North, *Process and Reality: An Essay in Cosmology*. Free Press, New York, 1978.



# Otros libros de Intermedio Editores



## ¿Cuál es el secreto detrás de los mensajes en los cultivos?

Rodrigo Restrepo Ángel  
**Círculos de misterio**

15 x 23, 224 pp.

ISBN: 978-958-757-140-0

¿Qué tienen que ver el calendario maya, la geometría sagrada y el segundo advenimiento de Cristo? La respuesta puede estar en unos bellos y misteriosos diseños que desde hace más de treinta años aparecen en los campos de cereales de varios países. Se conocen como *crop circles* o círculos en los cultivos. Aunque en su mayor parte se manifiestan al sur de Inglaterra, muy cerca del templo de Stonehenge, existen registros de ellos en al menos cincuenta países de los cinco continentes.

¿Quién y cómo los hace? Nadie lo sabe a ciencia cierta, los autores de los *crop circles* genuinos permanecen en el misterio. Científicos renombrados han encontrado en las plantas cambios imposibles de replicar por manos humanas. Cada uno de los tallos es cuidadosamente doblado y entrelazado —sin romperse— junto a los otros, de manera que formen patrones simétricos, de gran perfección y profundo significado. Se trata de un fenómeno que nos desafía en muchos niveles, pues cuestiona nuestra manera aceptada de ver el mundo. Son una hermosa y elegante manifestación del misterio, retan a la ciencia y nos devuelven a los territorios profundos de lo sagrado.

**Rodrigo Restrepo Ángel** (1980) es periodista, músico e instructor de yoga. Politólogo de la Universidad de los Andes, trabajó en la revista *Semana* en temas científicos y culturales. Fue el autor del especial *Viaje a la mente* (*Semana*, edición 1244), ganador del premio del Círculo de Periodistas de Bogotá (CPB) al mejor trabajo en periodismo científico (2007). Actualmente colabora en las revistas *Arcadia* y *Ahora Yoga* y es autor del blog *Vida Verde*, del portal [www.cienmaneras.com](http://www.cienmaneras.com).

